

BLAKE PIERCE

LA CHICA

CAZADA

UN TÍTULO DE CINE

3

© 2014 por Blake Pierce

A la agente del FBI Ella Dark, de 29 años, se le presenta la gran oportunidad de alcanzar el sueño de su vida: entrar en la Unidad de Crímenes de Conducta. Ella tiene una obsesión oculta, ha estudiado a los asesinos en serie desde que sabía leer, devastada por el asesinato de su propio padre. Ha adquirido un conocimiento enciclopédico de cada asesino en serie, cada víctima y cada caso, gracias a su memoria fotográfica. Destacada por su brillante mente, Ella es invitada a unirse a las grandes ligas. Después de que una mujer apenas logra escapar del coche de un asesino en serie, Ella recuerda detalles únicos de casos anteriores iguales a este. Pero este asesino en serie también los recuerda, y está decidido a hacer lo único que Ella nunca pudo prever: diferenciarse de sus predecesores. El juego mortal del gato y el ratón que le sigue a esto deja a Ella preguntándose si sus propios talentos tienen un límite. ¿Finalmente ha encontrado a un rival a su medida?

Blake Pierce

La chica cazada

Ella Dark - 3

LA CHICA CAZADA

Blake Pierce

PRÓLOGO

Amanda Huber se desvió hacia el carril central mientras jugueteaba con los controles del equipo de música de su coche.

Rápidamente volvió a enderezar el coche y se concentró. Encontrar una buena canción para conducir no era tan importante como seguir viva.

Se acercaba la medianoche de una fría noche de marzo y, a unos cincuenta kilómetros de distancia, la hija pequeña de Amanda esperaba a que su madre llegara a casa. El trabajo de Amanda la había llevado a un pueblo perdido a las afueras de San Diego, lo que significaba que el viaje le había ocupado la mayor parte del día y la tarde.

Lo que era aún más preocupante era la tarifa de la niñera, que aumentaba cada hora, una tarifa que una madre soltera con una niña pequeña apenas podía costear. Cada vez que el reloj marcaba una hora en punto se sumaban otros treinta y cinco dólares a la factura. Amanda subió el volumen de la música, abrió la ventanilla y pisó el acelerador. Estaba en un largo tramo de carretera rural y agradecía la libertad de conducir por encima del límite de velocidad. Si mantenía la velocidad a 130 km/h, podría llegar a su casa en veinte minutos. Lo más probable era que Chloe siguiera despierta, probablemente desplomada en el sofá con aquella cara gruñona pero cansada. Nunca se dormía profundamente cuando alguien que no fuera su madre la acostaba.

El viento le golpeaba la cara, pero la mantenía alerta. Amanda decidió dejar de mirar el reloj. Eran las once y cuarenta y tres de la

noche. Las posibilidades de que llegara a casa antes de la hora eran escasas, así que lo mejor era olvidarse de ello. En su lugar, dejó que sus pensamientos vagaran y se colocó en modo piloto automático. ¿Qué le regalaría a Chloe por su cumpleaños dentro de unas semanas? ¿Cuándo le respondería el chico del gimnasio? Si llegaba tarde al trabajo mañana, ¿podría echarle la culpa al viaje agotador y salirse con la suya?

Clac.

Un repentino sonido chirriante sacó a Amanda de sus pensamientos. Instintivamente pisó el freno. «¿Qué rayos fue eso?». Parecía venir de debajo del coche. Miró por el espejo retrovisor, pero no pudo ver nada en la oscura carretera. La falta de alumbrado público no ayudaba.

Redujo la velocidad a unos moderados 80 km/h, algo no parecía estar bien. La dirección asistida parecía estar desactivada. Se oía un sonido rasposo que provenía del lado del pasajero de la parte trasera. Amanda golpeó las palmas de las manos sobre el volante.

—Por el amor de Dios. Justo lo que necesito.

Se detuvo en un pequeño recoveco de tierra al borde de la carretera y salió del coche. El problema fue evidente de inmediato. Su rueda trasera tenía un enorme rasguño. Una pequeña columna de humo brotó hacia afuera.

Amanda no sabía mucho de coches, pero sabía que no podría volver a la carretera con aquello.

¿Qué se suponía que se debía hacer en situaciones como esta? ¿Llamar a una compañía que se encarga de las averías? ¿Siquiera tenía un seguro de averías? ¿Sería otra cantidad de dinero que no podría pagar? De todos modos, no tenía otra opción. Amanda tomó su teléfono del tablero y abrió su navegador de Internet.

La pantalla comenzó a cargarse. Luego se cargó un poco más. Un minuto después, Amanda seguía mirando una pantalla en blanco.

—Oh, tiene que ser una broma —dijo—. No hay señal. Genial.

Se recostó sobre el coche y miró en ambas direcciones de la calle. Desde que había entrado en este camino rural, solo había visto

pasar a otro coche. No estaba precisamente rebosante de vida. Sus pensamientos se dispararon hacia los extremos. ¿Y si Chloe había estado haciendo berrinches toda la noche? ¿Y si estaba confundida porque su madre no estaba allí? Amanda bloqueó el coche y, casi por instinto, empezó a caminar por el camino rural mientras se mantenía sobre la pequeña franja de hierba que se extendía de forma paralela. En el peor de los casos, tendría que volver a casa caminando y recoger su pedazo de chatarra otro día. Ya no le importaba. Además, eso le daba una excusa para no ir al trabajo al día siguiente y disfrutar de un poco de descanso.

Amanda no quitaba la vista de su teléfono. La señal seguramente volvería pronto. Lanzó insultos al aire, maldiciendo a cualquiera que eligiera vivir en zonas tan aisladas. Siendo una chica de ciudad de toda la vida, la idea de vivir en cualquier lugar que no fuera una zona urbana importante le resultaba extraña. En la ciudad, tenía todo lo que necesitaba. Si se te estropeaba el coche en Los Ángeles, alguien estaría allí para ayudarte en cuestión de segundos.

El frío empezaba a invadirla. Amanda se levantó la capucha de su chaqueta. Miró hacia atrás, su coche había desaparecido del campo visual. Quizá cuando volviera otro día, el hada de los coches lo habría arreglado, se rio. Ojalá. Alguien como ella jamás tendría esa suerte.

Entonces, la bocina de un coche la hizo saltar hacia atrás del susto. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no había oído a ningún coche aproximarse detrás de ella. Se dio la vuelta, sobresaltada al ver un par de faros que se acercaban a ella.

Amanda caminó hacia atrás hacia la hierba y agitó los brazos. Bajó la cabeza para parecer menos amenazante para un potencial salvador. Un Volkswagen plateado se detuvo frente a ella. Un modelo viejo, más antiguo que el suyo. No pudo distinguir al conductor en la oscuridad.

El conductor bajó la ventanilla y una cabeza se asomó.

—¿Está bien, señorita? —le preguntó una voz—. No veo a mucha gente deambulando sola por aquí.

El hombre parecía simpático, bastante agradable. Probablemente de unos treinta años. Llevaba una chaqueta marrón con una gorra de béisbol roja. Una elección extraña, pensó, pero no estaba en una posición en la que pudiera criticar el sentido de la moda del hombre. Podría ahorrarle un trayecto muy largo.

—Mi coche se averió —dijo—. Decidí caminar el resto del camino. El hombre se rio.

—Vas a caminar mucho, querida. ¿El Ford Focus de ahí atrás es el tuyo?

—Sí, es el mío —dijo Amanda, sin querer hacer la pregunta inevitable todavía.

—Lo he visto. Eso sí que es un reventón de neumáticos. ¿Cuándo fue la última vez que inflaste esas ruedas?

Amanda lo pensó.

—La última vez que inflé esas ruedas fue... nunca —se rio. Por desgracia, al recién llegado no le pareció muy gracioso. Él negó con la cabeza.

—Hay que echarle aire comprimido cada dos meses. O si no, bueno, eso pasa. —Señaló con la cabeza en dirección al vehículo averiado de Amanda—. Tomaste la decisión correcta. Conducir eso sería una sentencia de muerte.

Amanda asintió y se metió las manos en los bolsillos. No estaba de humor para que le dieran lecciones sobre vehículos.

—¿A dónde te diriges? —preguntó él.

—A La Mesa. ¿Y tú?

—Yo voy un poco más lejos, pero puedo dejarte más cerca de tu casa si quieres. Siempre y cuando me prometas que llamarás al servicio de asistencia técnica para arreglar el desastre que hay detrás de nosotros —respondió él sonriendo.

—¿En serio? Sería fantástico, gracias.

El hombre se inclinó hacia el lado del acompañante y empujó la puerta para abrirla. Hizo arrancar el motor.

—No hay ningún problema. Sube.

Amanda se acercó al lado del acompañante y, aunque la posibilidad de un viaje gratis era atractiva, enseguida sintió el aplastante peso de la realidad sobre ella. Era medianoche y estaba subiendo al coche de un desconocido. ¿Acaso no era así como empezaban esas historias de terror, con una joven ingenua y desesperada en busca de ayuda? Abrió la puerta del coche, con la esperanza de que, una vez dentro, encontraría algo de alivio entre la cotidianidad de dos personas que compartían un viaje en coche. Quizá tuvieran algo en común, pensó.

El coche del hombre estaba inesperadamente sucio. Amanda tuvo que contorsionarse en el asiento del acompañante para no pisar la basura. Intentó echarle un par de miradas al hombre para hacerse una idea de su carácter, pero no quería que la pillara mirándolo. Vio su Ford en el espejo retrovisor, desapareciendo como un barco que se hunde. Ahora estaban solos y ella se esforzaba por controlar su creciente ritmo cardíaco. Respiró lentamente y pensó en Chloe.

Después de un kilómetro y medio de carretera, el hombre bajó el volumen de su radio.

—¿Qué trae a una jovencita como tú por aquí a estas horas de la noche?

—He estado en un seminario de capacitación para el trabajo. Una completa pérdida de tiempo.

—Suenas sofisticado.

—Ya me gustaría. Solo soy una trabajadora administrativa para una escuela. —Amanda miró por la ventanilla y vio pasar los cúmulos de árboles. El viejo y destartado Volkswagen rebotaba al alcanzar los 130 km/h. Parecía que él era tan flexible con las reglas de tráfico como ella—. ¿Y tú? —preguntó ella.

Él respiró hondo y se ajustó la gorra. Esperó unos segundos antes de responder.

—No dejan que la gente como yo se acerque a las escuelas.

Amanda no estaba segura de haberlo escuchado bien. Lo miró, esperando una sonrisa irónica. Tal vez tenía un sentido del humor muy negro.

—Muy gracioso. ¿A qué te dedicas?

Él aumentó la velocidad, pasando la marca de 140 km/h.

—Lo digo en serio —dijo.

Amanda se removió en su asiento. Se le erizaron los pelos de la nuca. El aire acondicionado del coche soplaba caliente, pero Amanda sintió un escalofrío en lugar de las ráfagas de aire.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—A esos mezquinos de azul les parezco problemático.

«¿Qué le pasa a este tipo?», se preguntó Amanda. Llegaron a un tramo de carretera que ella reconoció, lo que la reconfortó un poco. Comprobó su teléfono y tenía la barra de señal completa. El alivio la envolvió.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —le preguntó ella.

Otro largo silencio, como si estuviera pensando en la respuesta. Sujetó el volante con una mano y se recostó en su asiento. Él pulsó la traba de su puerta.

Amanda sintió una oleada de pánico. Unos minutos antes, este tipo había parecido genuino y sensato. De repente, se había convertido en un bicho raro socialmente incómodo. Amanda se aferró a la manija de la puerta. Apretó los puños. Solo Dios sabía que bastantes hombres le habían hecho insinuaciones no deseadas en sus treinta años de vida, así que sabía cómo manejar una situación así. Tal vez era uno de esos tipos que se sienten incómodos cuando están cerca de las mujeres. Ella lo veía continuamente en los padres de la escuela. Eran muy habladores de lejos, pero una vez que estaban cara a cara, era otra historia.

—Arthur —respondió.

Amanda se limitó a asentir con la cabeza y se dio la vuelta para mirar el terreno familiar. Cuanto más se acercaba a su casa, más tranquila se sentía. Comprobó la hora en el tablero del coche. Pasaban cuatro minutos de la medianoche. Otros treinta y cinco dólares perdidos, pero no le importaba. Solo quería llegar a casa para abrazar a su hija, y alejarse de este loco.

El desvío estaba apenas a un kilómetro y medio de distancia. El camino rural se convirtió en un tramo de carretera con intersecciones y cruces. Él redujo la velocidad del coche a unos razonables 110 km/h al acercarse al cruce hacia La Mesa.

—Cualquier lugar por aquí está bien —dijo Amanda.

Arthur no dijo nada. El desvío apareció delante de ellos y, antes de que Amanda pudiera hacer algún comentario, el desvío quedó a sus espaldas.

Se le erizaron los pequeños pelos de los brazos. Sintió náuseas repentinas. Miró a su conductor que estaba concentrado en la carretera.

—¿Cómo está Chloe? —preguntó.

Amanda repasó su conversación, tratando de recordar cuándo le había mencionado el nombre de su hija a este desconocido.

No lo había hecho. Algo no estaba bien.

—¿Perdón? —preguntó y agarró la manija de la puerta hasta el punto de que le dolieron los dedos.

—Chloe. ¿Cómo está?

Amanda sintió que se le hacía un nudo en el estómago. El aire caliente la asfixiaba y lo único que podía ver en su mente era a su hijita esperándola en casa. Y de repente se le ocurrió la aterradora posibilidad de no volver a verla nunca más.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Tú me lo dijiste. Bueno, me lo dijeron tus posesiones. —Arrojó la cartera de ella sobre el tablero—. Deberías ser más cuidadosa.

—Dios mío. —Amanda se dio cuenta de su error—. ¿La dejé en mi coche?

—Sí. Y sé lo que estás pensando. No nos pasamos de tu desvío.

—¿De qué estás hablando? —espetó ella.

—No vamos a ir allí.

—¿Qué has dicho?

Amanda estiró la mano para coger su cartera, pero el hombre la detuvo extendiendo la mano. Él le agarró la muñeca, provocándole a

Amanda un pico de adrenalina en las venas. El hombre le apartó el brazo con fuerza.

—Deja eso ahí. No lo necesitarás.

El instinto de supervivencia de Amanda se activó. Cada fibra de su cuerpo le decía que ese hombre no tenía intención de llevarla a su casa sana y salva, ni de llevarla a ninguna parte sana y salva. Ella se preparó, tensó los músculos y levantó los antebrazos frente al pecho.

—¿Qué? ¿Quién diablos te crees que eres? Para el coche. Me voy a bajar —gritó.

Arthur pisó el acelerador y aumentó la velocidad.

—No vas a ir a ningún lado.

Amanda no era una luchadora. No recordaba la última vez que se había metido en un lío, si es que alguna vez lo había hecho en su vida adulta. Sabía que no podría derrotar a un hombre de su estatura en una contienda física y eso le provocó una nueva oleada de temor.

Amanda tomó su teléfono, pero el hombre se acercó y se lo quitó de las manos. Se cayó por el costado del asiento.

—Ni pienses en llamar a la policía —se rio—. Si los mezquinos de azul me van a atrapar, será mejor que despierten y hagan algo.

—¿Qué quieres de mí, cretino? —gritó ella—. ¡Déjame salir de aquí!

Le corrían muchas ideas por la cabeza. La libertad fue su primer pensamiento, atacar fue el segundo. Amanda tiró de la manija de la puerta, sin preocuparse por el hecho de que el coche estuviera acelerando. Unas cuantas cicatrices eran preferibles a pasar más tiempo con este lunático.

Pero la puerta no se movía.

Amanda tiró con más fuerza y luego probó con las ventanillas. Nada. Golpeó los cristales con las manos, rezando para que se hicieran añicos con su fuerza. No fue así. De repente, las manos del hombre le rodearon la garganta y el coche osciló a lo largo de la carretera vacía mientras él intensificaba el agarre.

Amanda se contorsionó para apartarlo con las piernas mientras arañaba la puerta. Le dio una patada en las costillas, interrumpiendo su agarre durante unos milisegundos.

Él dejó de pisar el acelerador y el coche se desvió por los tres carriles. Él cayó contra la puerta del conductor y se agarró rápidamente al volante para evitar que el coche se estrellara contra un área de descanso.

Amanda oyó un clic. Volvió a agarrar la manija de la puerta y tiró. La puerta se abrió con la fuerza del viento, casi arrancándola de las bisagras. El aire la golpeó como un bloque de hielo.

Sin dudarlo, Amanda saltó del coche hacia la carretera, el empuje la arrastró por el áspero cemento. La tracción le arrancó la carne de las manos y los tobillos, pero Amanda no tuvo tiempo de notar el dolor. Se levantó de un salto y corrió por la autopista, saltando por encima de una barandilla metálica hacia una extensión de hierba. Quizá fuera una granja. No le importaba. Corrió hacia una edificación lejana y no se detuvo a mirar atrás.

CAPÍTULO UNO

Ella Dark detuvo su coche en la entrada del predio de la prisión. De repente, todo parecía muy real. En el interior del edificio que tenía enfrente había una colección de algunos de los hombres más atroces del país.

La prisión Estatal de Maine era un centro de máxima seguridad que albergaba a más de novecientos reclusos, entre los que se encontraban muchos asesinos en serie, asesinos en masa, terroristas y tiradores de escuelas de la Costa Este. Los condenados a cadena perpetua eran enviados a la prisión de Maine para vivir los años que les quedaban.

Ella no le había contado a nadie sobre esta reunión secreta. Cuando Ben le había preguntado qué iba a hacer en su día libre, le había dicho que se iba a poner al día con el trabajo. Además, esta noche se vería con él, así que le daría el resto de los detalles entonces. No había sabido nada de la agente Ripley en toda la semana, por lo que la oportunidad de contárselo nunca se presentó. O al menos, eso era lo que Ella se decía a sí misma. Era una mentira muy conveniente para protegerlas a ambas.

Los nervios casi la paralizaron, hasta el punto de pensar que tal vez todo aquello era una mala idea. Pero una oportunidad como esta solo se presentaba una vez en la vida. Había soñado con un momento así durante más tiempo del que podía recordar. Si no lo aprovechaba, lo lamentaría el resto de su vida.

Cuando llegó a la valla de alambre de púas, bajó la ventanilla y pulsó el timbre.

En la pequeña cabina a su izquierda, apareció un guardia uniformado.

—¿Sí, señorita? —preguntó.

—Soy la agente Dark, vengo para una visita. Recluso número dos-siete-seis-uno.

El guardia pasó las páginas de su portapapeles.

—¿Campbell? —preguntó con una mirada de sorpresa—. ¿Está segura?

Ella se estiró sobre el asiento del acompañante y sacó la documentación. Se la pasó al guardia. A pesar de su invitación, su reunión debía ser aprobada por el Departamento de prisiones de Estados Unidos. La mayoría de las visitas eran aprobadas por la dirección de la prisión local, pero cualquier contacto con Tobias Campbell requería el consentimiento de las máximas autoridades. Afortunadamente, el estatus de Ella dentro del FBI agilizaba el proceso.

—Él no recibe muchas visitas. —El guardia le devolvió los papeles a Ella y regresó a su cabina. Las puertas alambradas se abrieron lentamente.

Ella condujo por el camino de un solo sentido hacia el edificio. Ahora que estaba más cerca, le resultaba difícil creer su tamaño. Parecía extenderse durante kilómetros y tenía cuatro enormes torres en cada esquina que casi se clavaban en el cielo. Ella vio a varios guardias armados vigilándola en lo alto de cada una de ellas.

En la zona de estacionamiento, otro guardia se acercó a ella y le dijo dónde debía dejar su vehículo. Ella lo hizo y luego se encontró con el mismo hombre en la entrada de la prisión. El guardia pasó su tarjeta de acceso por la puerta y la sostuvo para que ella entrara.

El interior no era nada similar a lo que Ella esperaba. Había dos mostradores de servicio sobre un suelo de mármol pulido. El aire olía fresco y limpio. Una de las paredes más alejadas estaba decorada con premios por servicios destacados.

—Por favor, tome asiento y el alcaide vendrá aquí para acompañarla a las celdas.

—¿A las celdas? —preguntó Ella—. Estoy aquí para una visita.

—Lo sé, señorita, pero a Tobias no se le permite salir de su área designada. Está confinado en la zona roja. Tiene prohibidas las visitas conyugales y regulares.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella.

—El alcaide se lo explicará todo. —El guardia se fue, dejando a Ella sola en un asiento de cuero blanco. Había pasado la última semana investigando a Tobias Campbell hasta niveles obsesivos. Sabía todo sobre su vida y sus crímenes, desde sus inicios en la granja hasta las cinco jóvenes que mató. Algunas partes de su historia se le habían quedado grabadas hasta el punto de soñar con ellas, como el hecho de que el padre de Tobias una vez lo obligó a pisotear un saco de arpillera lleno de cachorros hasta matarlos. De adolescente, el juego favorito de Tobias era apuntar con un rifle a la cabeza de un caballo, darse placer y luego apretar el gatillo en el punto de clímax. No era de extrañar que hubiera representado escenas similares en su vida adulta, solo que con mujeres en lugar de animales.

También estaba la historia de la agente Ripley. La compañera de Ella en el FBI había sido quien detuvo a Tobias quince años antes, y cuando encontró su choza campestre, halló una serie de objetos personales que sugerían que Tobias Campbell había matado mucho más de lo que el FBI creía. Zapatos de niños, lazos ensangrentados, joyas, ropa, documentos de identidad.

Pero el FBI no pudo probar nada de esto, ya que Tobias capturó a la agente Ripley y la obligó a quemarlo todo. Hasta el día de hoy, Ripley afirmaba que lo había visto, pero a los oficiales no les pareció así. Dijeron que Ripley sufría de delirios postraumáticos.

Pero ahora, Tobias estaba dispuesto a hablar. Ella no tenía ni idea de lo que podía esperar de él, y la perspectiva de ver a ese monstruo en carne y hueso era intimidante. Pero desde que había llegado su carta a las oficinas del FBI, Ella no había pensado en otra cosa que no fuera en reunirse con él, en meterse en su cabeza, en conocer su forma de pensar. Una oportunidad como esta no solo

podía mejorar su conocimiento de los asesinos por lujuria, sino que era una oportunidad única para indagar en los otros crímenes de Campbell. Todavía había muchos asesinatos sin resolver atribuidos a Campbell, con muchas pruebas circunstanciales que lo situaban en la escena del crimen de varios asesinatos en todo Chicago. Los asesinatos sin resolver afligían a millones de familias de todo el mundo, y esta era una oportunidad única de dar un cierre a algunos de ellos. No muchos, pero incluso uno era mejor que nada.

Ella oyó un zumbido y levantó la vista. Un caballero bien vestido apareció del otro lado de la puerta de cristal.

—¿Señorita Dark? —preguntó extendiendo la mano. Era bastante corpulento, calvo y con barba, y tenía la piel bronceada. Llevaba un traje negro con una camisa blanca y se comportaba con seguridad. Exmilitar, pensó Ella.

—Sí, soy yo. —Saltó de su asiento y correspondió el gesto.

—Soy Derrick Banks, el alcaide de aquí. ¿Ya te han informado? —Tomó asiento junto a ella.

—No, no lo han hecho, señor. ¿Qué necesito saber?

—Por favor, lo de señor no es necesario, sobre todo por parte de una agente. Se aplican las normas de visita habituales, pero como estás aquí para conocer al señor Campbell, hay algunas precauciones adicionales que debemos tomar.

Ella asintió.

—Escucho.

—En primer lugar, su reunión tendrá lugar fuera de la celda de Campbell. No te preocupes, él estará completamente custodiado. Lo mantenemos en un área de la prisión conocida como la zona roja. Durante los últimos diez años, Campbell ha sido el único recluso allí.

Ella había oído los rumores sobre la soledad de Tobias, pero no tenía pruebas concretas de ello. Algunos entusiastas de los crímenes reales afirmaban que a Campbell se le mantenía en el sótano lejos de la población general. Otros afirmaban que a veces lo alimentaban con los presos revoltosos.

—Lo entiendo, pero ¿por qué está tan aislado?

—Su notoriedad no lo favorece. Cada vez que se mezcla con la población en general, termina recibiendo palizas. ¿Un asesino de mujeres como él? Los pandilleros lo quieren crucificado. En segundo lugar, está el hecho de que tenemos que limitar la interacción de Campbell con los otros prisioneros. Probablemente ya sabes que Campbell está bien conectado, tanto dentro como fuera. Hacemos todo lo posible para que no esté accesible, pero aun así encuentra la forma de comunicarse. A decir verdad, no sabemos cómo lo hace.

Ella tenía una idea sobre cómo lo hacía. Informantes dentro de la prisión. Decidió no mencionarlo.

—Bien. Bueno, estoy lista. No le revelaré ninguna información.

—Bien. Pero antes de continuar, hay una última cosa que debes saber sobre Tobias Campbell.

Esperó a que el alcaide continuara. Ella sacó su teléfono celular y lo colocó a su lado. El alcaide lo recogió.

—La otra razón por la que no dejamos que Campbell se comunique con otros reclusos es que le gusta... jugar.

Ella también había oído esas historias. De hecho, ya había descubierto algunas cosas en su trabajo de investigación. Durante el encarcelamiento de Campbell, tres internos habían muerto en circunstancias sospechosas. Los detalles se ocultaron al público, pero Ella tenía la corazonada de que Campbell tenía algo que ver con ellos.

—¿Jugar? —preguntó.

—Sí. A lo largo de los años, Campbell ha tenido varios compañeros de celda. Bueno, no en la misma celda, pero sí en la contigua. Lo suficientemente cerca como para comunicarse. Todos esos prisioneros terminaron suicidándose. Campbell los convenció de suicidarse.

—Oh, Dios —dijo Ella, confirmando sus sospechas—. ¿Saben cómo lo hizo?

—No lo sabemos. Pero Tobias es un maestro de la manipulación. Es un depredador que vive en la cabeza de la gente. He hablado con él lo suficiente como para saber cómo trabaja. Le gusta traumatizar

a la gente. Srta. Dark, no le digas a Tobias Campbell nada sobre tu vida personal. Hundirá sus garras y no te soltará nunca. ¿Entiendes?

Ella asintió. Apoyó la mano en la rodilla y recién entonces se dio cuenta de que la había estado moviendo hacia arriba y hacia abajo por la ansiedad. Necesitaba hablar con ese hombre de inmediato. No podía esperar más.

CAPÍTULO DOS

El alcaide condujo a Ella por los tortuosos pasillos de la prisión estatal de Maine. Las celdas se habían modernizado, así que lo único que se veía eran las puertas con un pequeño panel de cristal en el centro. Los barrotes de hierro del pasado habían desaparecido. Cada vez que Ella echaba un vistazo, alguien la miraba a través del cristal. Eso la hacía sentirse observada, en exhibición.

Bajaron por una escalera de caracol hasta la planta baja, y luego por otra escalera por debajo del nivel del suelo. Ella oyó gritos y llantos procedentes de las celdas, penetrantes, estridentes, retumbantes. Los presos golpeaban las puertas de las celdas. Tuvo una sensación instantánea de vulnerabilidad, como si esos monstruos pudieran escapar y atacarla en cualquier momento. Vivir aquí debe ser como un infierno en la tierra, pensó.

Todo se oscureció en el nuevo pasillo. Las luces fluorescentes del techo habían desaparecido y en su lugar había una serie de bombillas de baja intensidad. El alcaide abrió con llave una puerta de acero y lo primero que Ella vio fue un cartel que decía «LA ZONA ROJA COMIENZA AQUÍ». Caminaron a lo largo del pasillo, probablemente de unos quince metros de longitud. Cuando Ella llegó al final, ya no podía oír los disturbios causados por todos los demás. Allí todo estaba en calma, incluso algo pacífico. Llegaron a una última puerta cerrada.

Banks se volvió hacia ella en el estrecho pasillo.

—¿Estás lista?

—¿Ahí dentro? —preguntó ella.

—Sí. Te está esperando. Solo golpea la puerta cuando estés lista para salir.

Ella se armó de valor. Se dijo a sí misma lo inusual que era esta oportunidad. Pocas personas, incluso dentro de las de las fuerzas del orden, tenían la oportunidad de conocer a Tobias Campbell. Era un asesino en serie de la edad de oro que vivía en el mundo moderno. En los años venideros, mencionarían su nombre junto a Bundy, Dahmer y Gacy. El día de su muerte se celebraría en todo el mundo.

—Estoy lista —dijo Ella—. Vamos. —Se echó el cabello hacia atrás y respiró hondo un par de veces.

—Recuerda lo que te dije —dijo Banks antes de abrir la puerta. Ella asintió y entró en la guarida del dragón. La sala interior era enorme, con dos celdas de hierro y cristal. No eran como las modernas celdas que acababa de pasar; eran totalmente tradicionales. La celda de la derecha estaba vacía, pero en la de la izquierda había un hombre vestido con un impecable mono blanco.

Dentro estaba Tobias Campbell, apoyado contra el cristal.

—Me alegro mucho de que hayas venido, agente Dark.

Pocas fotos de Tobias habían llegado al público, y las que lo hacían lo mostraban en su mejor momento. Pero frente a ella había alguien que no reconocía. Tobias tenía la cabeza afeitada, los pómulos muy marcados y la piel increíblemente pálida. Él le sonrió a Ella y dejó ver dos hileras de dientes irregulares. Era de baja estatura, alrededor de un metro sesenta y cinco, y su estructura, antes musculosa, estaba claramente deteriorada por el paso de los años. Todo lo que quedaba de él era un hombre escuálido con los hombros caídos.

—Gracias por invitarme —respondió, manteniendo la distancia. Unas barras de hierro rodeaban el exterior de la caja de cristal. Doble protección.

—Acércate para que pueda oírte mejor. No tengas miedo.

Aunque Tobias estaba encerrado, Ella seguía sintiéndose vulnerable. Lo miró de arriba abajo, observando su estatura y su

postura. Se mantenía erguido con una confianza injustificada. Le brillaban los ojos con un verde penetrante. Detrás de él, vio las necesidades básicas de cualquier recluso. Un lavabo, un retrete, un colchón blanco sobre una estructura metálica. Había una pila de libros encuadernados en cuero junto a una silla de madera en el lado opuesto de la celda. Pero entre estas prestaciones básicas había objetos que seguramente eran de la preferencia de Campbell: un tablero de ajedrez con sus piezas ordenadas, una baraja de naipes desgastados, una pequeña estatua de bronce de un caballo con armadura. En la esquina opuesta de su celda había un caballete de madera con un cuadro a medio terminar. La silueta de un caballo saltando por encima de una valla había sido desordenadamente grabada. Ella pensó en la infancia de Tobias y sintió que la sangre se le helaba.

—Estoy bien aquí —dijo Ella, manteniendo su voz fuerte y firme. Aquella criatura la fascinaba, pero él tenía que entender que era ella quien estaba a cargo.

—Bien. Confío en que me has encontrado fácilmente.

—No. Vivo en Virginia. Fue un largo viaje, así que lo menos que puede hacer es decirme qué quiere de mí.

—Me sorprende que hayas venido. La mayoría de la gente, incluso los de tu profesión, no perderían la oportunidad de rechazarme.

Tobias comenzó a caminar lentamente alrededor de su celda, dándole la espalda. A Ella le recordaba a un tigre exótico en un zoológico o a un objeto histórico en un museo. En cualquiera de los casos, ella desempeñaba el papel de espectadora boquiabierta.

Ella pensó que era un hombre que hablaba con suavidad, incluso con elocuencia. Se esperaba a alguien tosco, vulgar, un delincuente de clase obrera. Tobias era todo lo contrario.

—Porque ha dicho que tiene información.

Tobias dejó de pasearse. Se volvió hacia Ella y sonrió.

—Te he notado. Has estado trabajando bastante. William Edis te tiene en alta estima, ¿no es así?

Ella miró de reojo a Tobias.

—Creo que sí. —Recordó lo que le había dicho el alcaide Banks. Debía revelar la menor información posible.

—Enviar a un aprendiz al campo sin experiencia, ¿no te parece extraño?

Ella se encogió de hombros.

—Al principio sí, pero ya no. Tengo una compañera. Una muy buena.

—Oh, sí, esa vieja adorable. ¿Cómo está la agente Ripley? ¿Todavía desesperada por demostrar su dominio? ¿Todavía enfadada con el mundo por dejarla atrás? Apuesto a que le encanta impartir su sabiduría en ti, por más equivocada que esté.

—Está bien —dijo Ella. Temía pensar en cómo reaccionaría Ripley si supiera que Ella estaba allí, hablando de ella con el hombre que casi la mató. Explosivamente, se imaginó—. ¿Va a contarme su nueva información, Sr. Campbell?

—No tan rápido —dijo—. Te vi en televisión la semana pasada. Atrapaste a ese molesto asesino en Seattle. Si me hubieras preguntado, te habría dicho inmediatamente quién era el culpable. Y con esos asesinatos de imitación en Luisiana. Un *modus operandi* bastante obvio desde el primer día, ¿no? Aunque admito que también ayudó que el fastidioso asesino de Luisiana tuviera contacto conmigo antes de iniciar su operación.

Ella esperó un segundo antes de responder. La curiosidad le hacía picar el cuerpo, pero estaba desesperada por mantener una distancia emocional.

—¿Usted estaba en contacto con ese asesino?

Tobias sonrió.

—Yo no lo llamaría un amigo, pero es posible que le haya aconsejado sobre un par de cosas. Mi argumento es el mismo en cuanto al *modus operandi*. ¿Y los asesinatos de Seattle? Podría haberte dicho quién era el culpable en veinticuatro horas.

—No era nada obvio. Llevó un tiempo atar los cabos.

Tobias se acercó a la caja de cristal. Habló a través de tres agujeros circulares.

—Oh, eso es muy vergonzoso para ti —dijo—. Agente Dark, tú y la agente Ripley observan estas escenas con un ojo clínico, pero no hay nada sistemático en el acto del asesinato. Matar es una cuerda a través del abismo espiritual, entre el hombre y sus aspiraciones fallidas. La elaboración de perfiles psicológicos es mucho menos una habilidad que se pueda aprender que algo inherente, a pesar de lo que te puedan decir los charlatanes como Ressler y Ripley.

Ella no sabía qué decir. Lo pensó un momento.

—¿Qué quiere decir? Lo he aprendido muy bien.

—No confundas la suerte con la habilidad. —Tobias esbozó su sonrisa torcida—. Solo los creadores entienden a otros creadores. No hay un solo libro en el mundo que pueda hacerte sentir lo que nosotros sentimos durante el acto de matar. Los perfiladores del FBI son los críticos de arte de las fuerzas del orden. Critican a los demás, pero ellos mismos son incapaces de trazar una línea recta.

Ella le sostuvo la mirada a Tobias. Apenas unos minutos en su presencia y ya estaba diseminando su vil censura. Él debía de llevar tiempo esperando para dar rienda suelta a su frustración.

—Supongo que no recibe muchas visitas aquí, Sr. Campbell.

—No lo hago.

—Se nota. Desafortunadamente, no estoy aquí para escuchar sus reproches a mi profesión. Estoy aquí a petición suya. O me revela lo que sabe, o me iré.

—Ambos sabemos que eso no es cierto —dijo Tobias—. Estás aquí porque quieres.

—¿En serio?

—Has soñado con un momento como este toda tu vida. Por eso elegiste las fuerzas del orden en lugar de una profesión más fácil. No caíste en tu trabajo por accidente, ¿verdad?

Ella observó la habitación y trató de imaginar cómo debía ser vivir en este lugar las veinticuatro horas del día. Paredes grises,

entorno estéril, silencio total. Sería suficiente para volver loco a cualquiera.

—No, he trabajado mucho para llegar aquí.

—Por eso aceptaste reunirme conmigo. Crees que entendiendo la mente psicopática puedes vengar algún mal en tu vida que hayas sentido que te han hecho. Crees que eso te mantendrá a salvo. ¿Qué es en tu caso? ¿Un trauma de la infancia? ¿Un hombre malo atropelló a tu perro? ¿Tu padre hacía visitas nocturnas a tu dormitorio mientras tu madre estaba en el casino?

—No, nada de eso.

Tobias se apoyó las manos sobre la cabeza y se acarició los huesos del cráneo.

—Un intento más —dijo—, y si adivino bien, tienes que contarme todo lo que pasó. ¿Trato hecho?

Ella no quería continuar por ese camino, pero le fascinaba escuchar sus pensamientos.

—Trato.

—Te estremeciste un poco cuando mencioné a tu padre. Déjame adivinar, lo perdiste cuando eras muy joven. ¿Murió en un accidente de coche cuando eras una niña vivaracha? ¿Debía dinero a las personas equivocadas? ¿Te despertaste y lo encontraste muerto en su sillón?

Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no reaccionar, para no gritarle a Tobias que cerrara la boca. No había manera de que él pudiera saber eso. Diablos, ni siquiera Ella estaba segura de lo que había pasado con su padre. No iba a darle a Tobias la satisfacción de una respuesta positiva, pero, de todas formas, ¿cómo era posible que él lo supiera? ¿Un golpe de suerte?

—Ha dicho un intento, Sr. Campbell. Fueron tres.

—No obtuviste la justicia que creías merecer, así que ahora estás desesperada por conseguirla para otros. ¿Es correcto?

Ella negó con la cabeza y disimuló lo mejor que pudo.

—Me temo que no. No del todo. —Ella quería apartarse de este tema de inmediato. Si seguía entrometiéndose, este maníaco podría

acercarse a la verdad—. ¿Qué está pintando ahí atrás?

Tobias se dirigió a su caballete y trazó el contorno de su dibujo con el dedo.

—Estoy pintando a los Húsares Alados —dijo con una nueva sonrisa en los labios.

—¿Qué son esos? —preguntó Ella. A juzgar por la sonrisa de Tobias, le gustaba que Ella no supiera de qué estaba hablando.

—Los Húsares Alados eran unas imparables máquinas de matar del siglo XVI. La caballería más mortífera de la humanidad y no se detenían ante nada para aniquilar por completo a las fuerzas contrarias. Sus caballos estaban provistos de una armadura de acero y de gigantescas alas emplumadas para intimidar a quien se encontrara frente a ellos en el campo de batalla. Años después, se convirtieron en mercenarios, vendiendo sus mortíferas habilidades al mejor postor. ¿No es curioso que cuanto más cambian las cosas, más se mantienen igual?

Ella no sabía muy bien a qué se refería Tobias, pero se alegraba de que se hubieran alejado del tema de su padre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—¿Te gustan los caballos, agente Dark? Te ves cómo alguien así. Podría verte con un atuendo ecuestre: una chaqueta sin mangas y botas de montar.

—Nunca me interesaron. Siempre me gustaron los gatos.

—Las elecciones de mascotas pueden revelar mucho sobre los dueños. ¿Qué te atrae de los gatos? ¿La pasividad, la sensibilidad social, la desconfianza en la autoridad?

Ella se limitó a negar con la cabeza, sin querer darle a Tobias nada con lo que pudiera jugar.

—Señor Campbell, usted ha dicho que podría haber reconocido al culpable de los asesinatos de los artistas de Seattle inmediatamente. ¿Le importaría explicarme cómo?

—¿No me crees? —dijo Tobias, volviendo al cristal delantero y recorriendo los agujeros con el dedo índice.

—Es una afirmación audaz, estoy segura de que estará de acuerdo.

—La psicopatología en ciernes era una previsible realización de fantasías de la naturaleza más extrema. Cada asesinato era un acto libre de restricciones morales, cometido bajo la mirada indiscreta del público en general. Claramente, los asesinatos eran controlados por una mujer, pero un hombre hacía el trabajo manual. Todo estaba delante de ti desde el principio.

Ella escuchó las palabras, pero no las asimiló del todo. Tal vez Tobias estaba mintiendo. Tal vez estaba tratando de denigrarla.

—Claro, es fácil identificar al asesino después de que el caso está resuelto —dijo ella.

—No me crees, y me asombra que no puedas verlo por ti misma. Debes recordar que, para la mayoría de los asesinos en serie, el acto del asesinato es una idea tardía, una necesidad, una conclusión del ritual, una medida de precaución para borrar al único testigo que ha sido objeto de la verdadera naturaleza del asesino. En el caso de su supuesto asesino artista, nada de esto estaba presente, lo que significa que las posibilidades de que el autor intelectual fuera un hombre eran casi nulas. Fueron asesinatos de conveniencia, vanidad. El hecho de que tú o la agente Ripley no sospecharan inmediatamente de un toque femenino demuestra por qué la elaboración de perfiles criminales no es más que una palabrita de moda utilizada por aquellos que tienen demasiado miedo a ensuciarse las manos.

¿Tobias realmente podía ver las cosas con tanta facilidad? ¿Esto era parte de su juego para hacerla dudar de sus propias habilidades? Comenzó a sentir que esta visita fue un error. Miró la salida, preguntándose si debía irse ahora o presionarlo más.

—La agente Ripley fue quien lo atrapó, ¿no es así?

Ella vio un rápido cambio en su actitud. Él se tensó y levantó los hombros.

—En realidad no. Su compañero me atrapó. Y dime, Dark, yo puedo estar encerrado en esta celda hasta el día de mi muerte, pero

mis facultades mentales son prístinas. Vivo en paz y aceptación, sin tener que preocuparme por lo que pueda deparar el día de mañana. La agente Ripley puede vivir una vida libre, pero está atrapada en una prisión cerebral. Sé que piensa en mí constantemente. La hice dudar de lo más sagrado: de su propia percepción. La próxima vez que la veas, pregúntale si disfrutó de los regalos.

Ella no dijo nada, esperando a ver si Tobias seguía. Él se acercó al vidrio y miró a Ella de pies a cabeza.

—Ah, ya entiendo —continuó él, como si estuviera leyendo su siguiente pensamiento—. La agente Ripley no sabe que estás aquí, ¿verdad?

Ella desplazó el peso hacia un lado. Sintió que un temblor le recorría las piernas. Si le decía a Tobias la verdad, él podría aprovecharla. Si mentía, él podría darse cuenta de que estaba mintiendo.

—Todavía no —dijo ella con la esperanza de que un término medio satisficiera su curiosidad.

—Bueno, esperemos que no lo descubra, ¿verdad? Imagino que eso no sería muy bueno para tu carrera, ¿no?

Ella quería extender la mano para sacudir los barrotes de hierro y gritarle al hombre de la celda, pero enseguida se dio cuenta de que aquello era culpa suya. Le habían advertido que él haría esto. Tanto Mia como las autoridades. Dijeron que él haría todo lo posible para jugar con ella, y ella neciamente creyó que podría mantenerlo a raya. Ahora, él había visto una debilidad y se abalanzó como un depredador a la espera, y reconocerlo solo le daría lo que quería. Mia no podía enterarse de esto y mucho menos por el propio Tobias.

—¿Ya está listo para comunicarme su información? No puedo quedarme aquí abajo todo el día. —Ella esperaba que fuera suficiente para alejar a Tobias de ese pensamiento.

—Me temo que no, agente Dark. Verás, esperaba a alguien capaz, alguien de mi nivel. Cada vez que aparece una joven promesa en el FBI, no puedo evitar observarla. Anhele el día en que conozca a un agente que no me aburra, pero he decidido que estás a la

misma altura del resto. Buscaba a la persona con la que compartir mi historia, mi verdadera historia, no los refritos de biografías que leo en publicaciones sensacionalistas. Quizá si me impresionas, cambie de opinión, pero hasta entonces, mis secretos se quedan dentro de esta celda. —Tobias Campbell se hundió en las profundidades de su jaula y le dio la espalda a Ella—. Eres libre de irte.

Ella se dio cuenta de que tenía los puños apretados. Le temblaban los antebrazos. ¿Este hombre, este monstruo, realmente le había dicho que tenía que impresionarlo?

—He venido hasta aquí para hablar con usted, ¿y esto es lo que me dice? —preguntó Ella, con la voz elevada.

Tobias se sumergió en la parte trasera de su celda y tomó la baraja de naipes colocada en la estantería. Las abrió en abanico con una gracia envidiable, las juntó y cortó la baraja con una mano.

—Lo sé, es increíble, ¿no? Para alguien que estudia la supuesta mente criminal, sin duda hoy has hecho algunas malas deducciones. Creo que lo llaman el efecto Dunning-Kruger.

Ella quería continuar, quería indagar más, pero estaba decidida a no darle a Tobias lo que quería. Si le pedía más, estaría validando su estatus aparente de figura importante. No quiso pronunciar ninguna palabra. Se encontró retrocediendo hacia la puerta.

—Cuídate, agente Dark. Tengo la sensación de que volveremos a hablar —dijo Tobias en un tono apenas audible. Ella llegó a la puerta y echó un último vistazo a la bestia en la jaula, que vivía su vida con comodidad y tranquilidad. Sintió que la rabia aumentaba. Había venido hasta aquí esperando descubrir algo que el resto del mundo no sabía. Algo que podría reconfortar a los miembros de alguna familia en duelo que aún buscan un cierre. Su verdadero número de víctimas, sus verdaderas motivaciones.

Pero no obtuvo nada.

Ella pulsó el timbre y esperó.

—Saluda a la agente Ripley de mi parte —dijo Tobias. Ella no le respondió. La puerta se abrió desde el otro lado, revelando el pasillo

que conducía de nuevo a la zona principal de la prisión.

—Pensándolo bien, podría decírselo yo mismo —gritó él mientras Ella se marchaba.

CAPÍTULO TRES

El bar Cuckoo Oak era el lugar perfecto para tomar una copa tranquilamente, pero Ella no estaba pensando en beber, ni en el caballero que estaba sentado frente a ella. Apretó su vaso de *whisky* con Coca-Cola y sintió la condensación en la palma de la mano. Lo único en lo que podía pensar era en su encuentro con el hombre de la celda de ese mismo día. Todo el incidente le parecía surrealista, como si no supiera si realmente había ocurrido.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —preguntó Ben y se inclinó hacia delante. Era la tercera vez que se veían en persona, pero cada vez que lo veía le gustaba un poco más. Iba vestido con una camiseta y unos vaqueros, llevaba el pelo negro peinado hacia un lado. No recordaba la última vez que había visto un hombre con el pelo engominado, al menos no en esta década, pero en él resultaba muy atractivo.

—Sí, quiero saberlo. Todo —dijo Ella, esperando que él tomara las riendas de la conversación.

—Bueno, soy lo que se conoce como un luchador profesional, pero el título es bastante engañoso. La lucha *amateur* también es un deporte profesional, pero hay grandes diferencias entre ambos. En primer lugar, la lucha *amateur* es un deporte de combate real. La lucha libre profesional es... bueno...

—¿Falsa? —preguntó Ella.

Ben se rio.

—No. Bueno, sí. Cuando me subo al *ring* con un chico, los dos sabemos lo que va a pasar. Los movimientos que vamos a hacernos

el uno al otro, el ganador y demás. Pero no puedes fingir que caes de espaldas. No hay forma segura de recibir un codo en la cabeza. Todo eso es real, y te diré que a veces duele.

A Ella le encantaba su energía y su entusiasmo. Cuando Ben hablaba, lo hacía con una sonrisa. Agitaba mucho los brazos, algo que Ella pensaba que lo hacía más atractivo.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó ella—. No te estoy criticando, realmente me da curiosidad.

Ben se rascó la barba incipiente. Un crecimiento de tres días.

—Cuando era niño, quería ser actor. Sin embargo, mis padres me presionaron para que fuera un atleta, y la lucha libre profesional es una especie de término medio entre ambos. El *ring* de lucha es mi escenario, supongo. Y mis movimientos son mi diálogo. ¿Decir eso me hace ver pretencioso?

Ella mantuvo la mirada fija en él y asintió gradualmente.

—No, para nada. Es realmente genial. Me encantaría ir a verte alguna vez.

—¿Es una excusa para verme en ropa ajustada con licra? Porque la verdad es que no me veo tan bien, sobre todo comparado con algunos de los tipos con los que trabajo. Hay algunos auténticos adictos a los músculos en mi negocio. Es una suerte que nuestra organización no imponga pruebas de esteroides, porque esos tipos podrían derretir sus suspensores.

Ella ahogó una carcajada y dio un trago a su bebida. El alcohol la afectó enseguida.

—Seguro que te ves muy bien.

—Puede ser un *shock* la primera vez que me veas así, pero por favor no te desanimes. Piensa que es mi uniforme de trabajo.

La mirada de Ella se desvió por encima de Ben hacia las lámparas anaranjadas que había detrás de él. La luz consumió su visión y la sacó de la conversación. La siguiente imagen que se le vino a la cabeza fue la de Tobias Campbell, sentado en su celda de la prisión y planeando su próximo proyecto de manipulación. ¿Cuánto ya sabía de ella? ¿Era posible que contactara directamente a la agente

Ripley? Conocía su dirección, ya que le había enviado regalos a lo largo de los años, pero ¿qué probabilidad había de que le escribiera una carta? O, teniendo en cuenta el número de informantes que tenía en el exterior, podría pasarle fácilmente la información a través de ellos. ¿Y cómo reaccionaría Ripley al saber que había ido a ver al hombre que la doblegó? Ya le había advertido a Ella que no fuera, casi se lo había suplicado.

—¿Todo bien? —preguntó Ben—. No pareces ser tú misma. ¿Fue por algo que dije?

Ella de repente regresó a la habitación. Se dio cuenta de que se había sumido en un estado de estupor.

—Lo siento, he tenido un día estresante. He estado en la carretera todo el día. Solo he vuelto hace una hora.

—Oh, deberías haberlo dicho. Podríamos haber cambiado la cita.

—No, no, quería verte. De verdad, quería.

—¿Viaje de trabajo? ¿Algún lugar agradable? —preguntó Ben.

—Sí y no —dijo Ella—. Estuve en una prisión en Maine. Me fui a reunir con un tipo, y era... un personaje. —Ella no quería revelar demasiado, pero tal vez hablar de ello la haría sentir mejor.

—Estás bromeando, ¿una prisión? ¿En Maine? Eso es increíblemente genial. ¿Quién era el tipo?

—Un delincuente de poca monta. Nadie especial —mintió Ella—. Dijo que tenía información sobre su caso. Información nueva. Me enviaron a comprobarlo.

—¿Y? —preguntó Ben.

—No la tenía. O al menos, no reveló nada. Solo habló mal de los agentes del FBI. Dijo que yo nunca sería capaz de pensar como él, o como ningún criminal.

Ben se echó hacia atrás en su silla. Ella vio una mirada de preocupación en su rostro. Una mirada que no había visto antes.

—¿Y tú le crees? ¿Te tomas en serio las palabras de un asesino? —preguntó Ben.

—Lo sé. No debería hacerlo. Pero es difícil no hacerlo. Tenía varias ideas sobre lo que iba a suceder cuando hablara con él y nada

de eso ocurrió.

—Hay una solución bastante sencilla para tu problema, ¿no crees? —dijo Ben.

Ella frunció los labios. De repente se arrepintió de haber sacado este tema de conversación. Esto no la hacía sentir mejor sobre lo que había pasado. Además, ¿Ben podía saber realmente por lo que ella estaba pasando? No es que no tuviera experiencia, pero su trabajo era muy distinto al de ella. Las dos cosas no coincidían en lo más mínimo.

—¿Una solución?

Ben se bebió de un trago el resto de su bebida y dejó el vaso sobre la mesa.

—Hace aproximadamente un año, tuve una lucha contra un veterano de la lucha libre. Solía ser uno de los nombres más importantes de la industria, y tuve la suerte de conseguir un combate titular con él en un programa independiente de mala fama. Pensé que iba a ser un verdadero éxito, un combate intenso. Iba a ser mi consagración. Pero salimos y nuestro combate fue un desastre. El público quedó apagado. El tipo y yo no conectamos. Fue algo totalmente olvidable. Realmente me deprimió durante meses.

Ella no estaba segura de a dónde iba con esto.

—Lamento escuchar eso —dijo ella.

—No lo lamento, ¿sabes lo que hicimos? Tuvimos otro encuentro, y en esa ocasión arrasamos con todo. Esa misma semana me contrató una de las mayores promotoras del país.

Sintió que su teléfono vibraba en su bolsillo. Una vibración corta. Probablemente su compañera de piso preguntándole cómo iba la cita.

—Entonces, ¿dices que debería visitarlo de nuevo?

Ben asintió.

—Absolutamente. ¿Por qué no? ¿Qué tienes que perder?

Ella mentiría si dijera que ya no había contemplado la idea, pero sería exactamente lo que Tobias quería. Sabía que él quería meterse en su cabeza, como había hecho con Ripley quince años atrás.

—No es tan fácil como eso. Hay que pasar por la burocracia. Las reuniones con los prisioneros tienen que ser aprobadas de antemano. No puedes ir cuando te apetezca.

—No sé —dijo Ben— solo digo que no te rindas y lo intentes de nuevo.

Ella sabía que él estaba tratando de apoyarla, pero su simplificación excesiva de la situación no era demasiado útil. Estaba a punto de cambiar de tema cuando sintió otra vibración en su bolsillo. Una más larga. Alguien la estaba llamando.

—Creo que tu teléfono está vibrando —dijo Ben—. Al menos, espero que sea tu teléfono.

A ella se le dibujo una sutil una sonrisa, pero desapareció rápidamente cuando se dio cuenta de que solo había una persona que podía llamarla a las ocho de la noche de un sábado.

—¿Te molesta si veo quién es? Odio sacar el teléfono cuando estoy con gente.

—Claro que no. Podría ser importante.

Ella lo hizo y reconoció el número. Era el de la sede central.

—¿Puedo atender esto? No tardaré mucho.

Ben asintió y se dio la vuelta, concediéndole un atisbo de intimidad.

—¿Hola? —dijo ella, contestando a un timbre antes de que saltara el buzón de voz.

—¿Srta. Dark? —preguntó la voz—. Soy William. Espero no haber interrumpido su velada.

William Edis era el director del FBI. El hombre que estaba en la cima de la jerarquía.

—Buenas noches, señor. No, no hay problema. ¿Todo está bien?

—La verdad es que no. ¿Puede llegar a la oficina en la próxima hora?

Ella miró a Ben, que estaba mirando fijamente al otro lado de la habitación. No quería dejarlo tan bruscamente, sobre todo porque era la segunda vez que ocurría. Pero ¿y si se trataba de otro caso en serie? ¿Era preferible la oportunidad de meterse en otra

investigación que pasar tiempo con Ben? Siempre se maldecía a sí misma cuando elegía el trabajo por encima de las cuestiones sentimentales.

—Puedo intentarlo, señor. ¿De qué se trata?

—Te lo explicaré todo cuando llegues. La agente Ripley también está en camino. Hasta pronto.

Edis colgó. Ella colocó el celular en la mesa y suspiró.

Ben se volvió hacia ella. La sonrisa persistente que tenía en el rostro mostraba signos de estar desapareciendo.

—Tienes que irte, ¿verdad?

Ella asintió de mala gana.

—Lo siento. ¿Tal vez podríamos volver a quedar? Odio tener que hacerte esto.

—No te preocupes. Sé que tienes un trabajo estresante. No tengo prisa por involucrarme en nada, así que no te sientas mal por ello.

No muchos chicos serían tan comprensivos, pensó Ella, pero eso la hizo sentir aún peor.

—Te enviaré un mensaje cuando pueda, ¿te parece? —le dijo ella.

Ben se levantó y le dio un abrazo. Ella recogió sus cosas, se despidió y salió del bar. En el aire fresco de la primavera, dejó de lado su decepción y pensó en la petición de Edis. La emoción la invadió ante la idea de asumir un nuevo caso junto a Ripley. ¿Quién sabía a dónde se dirigían, o a qué sudes desquiciado podrían perseguir?

Pero entonces recordó lo que Tobias Campbell había dicho.

CAPÍTULO CUATRO

Ella llegó a la sede del FBI en Washington D.C. poco después de las nueve de la noche y se dirigió a la última planta del edificio.

El trayecto de 45 minutos se vio favorecido por la falta de tráfico del sábado por la noche.

Las oficinas estaban totalmente desiertas. Aunque la máquina del FBI funcionaba continuamente, había ciertas horas en las que solo seguían funcionando los engranajes más importantes. A juzgar por lo que Ella veía, el director del FBI, William Edis, nunca salía del edificio. Todo el mundo había oído rumores sobre el impresionante currículum inmobiliario de Edis, pero al parecer nunca pasaba tiempo en sus lujosas propiedades.

Ella llamó a la puerta del despacho de Edis y esperó a que la invitaran a pasar. Llegó una voz desde el otro lado.

—Pase.

Entró y vio dos figuras. William Edis estaba encorvado sobre una pila de papeles en su escritorio, con el pelo canoso un centímetro más atrás que la última vez que se vieron. Edis vestía su característico traje negro, que llevaba como una segunda piel contra su fornido cuerpo. La agente Mia Ripley estaba sentada frente a él.

—Señorita Dark, gracias por venir. Por favor, tome asiento —dijo Edis. Y señaló al lado de Mia.

—Vaya, pero si es la joven promesa —dijo Mia—. Bienvenida de nuevo, novata.

La elección de palabras de Mia le pareció un poco extraña a Ella. ¿Tobias no había utilizado ese mismo término? «Cada vez que

aparece una joven promesa en el FBI, no puedo evitar observarla».

Ella tomó asiento junto a Mia y sintió que le empezaban a sudar las palmas de las manos. ¿Ya lo sabía? Decidió no abordar el tema. Ahora no. Ni nunca. Ripley iba vestida con unos vaqueros informales y una chaqueta marrón. Se había recogido el pelo teñido de rojo. Parecía que le pesaban los ojos, pero incluso a sus cincuenta y cinco años, había mantenido las arrugas a raya.

—Me alegro de verte, agente Ripley. ¿Qué tal estuvo tu cumpleaños?

—Tan bien como es posible. Si no estás envejeciendo, estás muerto —dijo Ripley.

—Señorita Dark —interrumpió Edis—, la hemos llamado porque tenemos una situación en California. Dado su trabajo en los dos últimos casos en serie, me encantaría que fuera allí y saber qué opina. Creemos que este caso se ajustará a tus capacidades.

El alivio la invadió. Esto no tenía nada que ver con Tobias Campbell. Si Edis o Ripley sabían de su reunión, seguramente uno de ellos se habría adelantado a mencionarlo.

—Por supuesto, señor, me encantaría volver a salir al campo. ¿De qué se trata?

Solo había pasado una semana desde que atrapó al asesino de artistas en Seattle, y todavía no se había recuperado del todo, al menos físicamente. Las laceraciones en el hombro y el antebrazo todavía le dolían y un médico del FBI le había aconsejado que evitara cualquier actividad extenuante durante al menos dos semanas. Pero desde que regresó a Washington, lo único que quería era volver a salir al campo y hacerlo de nuevo. Este trabajo le proporcionaba una emoción que su trabajo en Inteligencia, o cualquier otro trabajo, no le producía.

—Cuatro víctimas en total. Tres muertas, una viva.

—¿Una escapó? —preguntó Ella. Se volvió hacia Mia—. Eso debería facilitar las cosas. Podemos obtener una buena descripción del sudes de la víctima.

—Puede que no sea tan fácil, pero todo lo que necesitan saber está en estos expedientes —dijo Edis. Le pasó a Ella una carpeta marrón con el número de designación del caso en la parte superior derecha—. Al principio no creíamos que estuvieran relacionados, pero esta mañana hemos descubierto algo que los conectaba a todos.

—¿Qué fue? —preguntó Ella.

—La agente Ripley la pondrá al corriente. No hace falta que le diga lo importante que es que aclaremos este lío inmediatamente. —Edis dirigió su comentario a Mia—. El gobernador ya me está molestando por esto, así que necesitamos que se solucione pronto. Teniendo en cuenta que las elecciones de California se celebrarán el año que viene, lo último que necesitamos ahora es que un asesino en serie azote la ciudad. La prensa lo tergiversará y lo convertirá en un escándalo político, así que vayan allí, hagan lo que tengan que hacer y no me llamen hasta que esté hecho.

—Entendido, señor. Haremos todo lo que podamos —dijo Mia.

—Están en el próximo vuelo al aeropuerto de San Diego. —Edis comprobó su reloj—. Si mi Rolex está en hora, eso les da 90 minutos para llegar al aeropuerto. Será mejor que se pongan en marcha. Llámenme desde el camino si necesitan algo.

Las agentes se despidieron y se encontraron en el pasillo.

—Voy a buscar el bolso de mi casillero —dijo Ella—. Ahora guardo algunas cosas aquí por si surge este tipo de situación. Es mejor ser proactiva que reactiva, ¿no?

Mia tenía una mirada seria.

—Novata, nos encontraremos en la terminal. Cuando estemos allí, creo que debemos tener una pequeña charla.

* * *

Ella fue la primera en llegar en el vuelo de las 22:40 del aeropuerto nacional Reagan al aeropuerto internacional de San Diego. Estaba

sola en la zona de primera clase, pero no pudo relajarse en los asientos de cuero reclinables. Mia sabía de su encuentro con Tobias Campbell. Tenía que saberlo. Era una estúpida si pensaba que Tobias no iba a divulgarlo inmediatamente. Tobias había visto una debilidad en los ojos de Ella, el hecho de que lo visitara sin que Mia lo supiera e iba a explotarla para satisfacer sus fantasías de poder.

Pero ¿realmente había hecho algo malo? Había visitado a un notorio asesino en serie, aunque fuera uno que participó en la perdición mental de su compañera. Ella se tranquilizaba diciéndose a sí misma que Mia no era su jefa. No tenía poder de decisión sobre lo que hiciera, estuviera o no bajo el control del FBI. Además, visitó a Tobias en su tiempo libre. Claro que Ella podría haberle contado lo de la reunión, pero lo mantuvo en secreto por el bien de Mia. No quería causarle una angustia mental innecesaria.

Unas botas resonaron en el pasillo. Ella levantó la vista y vio llegar a Mia, todavía con la misma mirada imponente en el rostro. Mia tiró su bolso al suelo y se dejó caer en el asiento. Ella esperó unos segundos antes de hablar.

—¿Todo está bien? —preguntó Ella.

Mia le hizo un gesto a una de las azafatas y pidió dos *whiskys* en miniatura. Solo cuando terminó de hacerlo se dirigió a Ella.

—No, en realidad no, Dark.

Eso era todo. Estaba a punto de que le cortaran la cabeza. Había preparado sus excusas, pero no estaba segura de que fueran a funcionar.

—¿Qué pasa?

—Dos cosas —dijo Mia—. Primero, odio California. Es agitada. Sobrepoblada. Con un calor infernal y con olor a podrido.

—Nunca he estado allí. Estoy segura de que no es tan malo.

—Solo espera. Ya lo verás. Pero lo más importante es que estoy preocupada por ti, Dark.

De esto se trataba. Un regaño disfrazado de afecto.

—¿Estás preocupada por mí?

Mia conectó su computadora portátil a la toma de corriente junto a su asiento.

—Sí. Apenas ha pasado una semana desde que atrapamos al sudes de Seattle. Aquel día recibiste una buena paliza. El médico te aconsejó no realizar esfuerzos, ¿verdad? Me preocupa que te rompas el lomo para hacer esto.

La presión disminuyó. Ella esperó un poco más por si Mia tenía algo más que añadir, pero no hubo nada.

—Me siento bien —dijo Ella—. Espera un segundo, ¿cómo sabías lo que me había aconsejado el médico?

—¿Crees que no te controlo para asegurarme de que estás bien? Aconsejé a Edis que te dejara fuera en esta ocasión, pero se empeñó en que te quería aquí conmigo. Desafortunadamente, no me opuse a él. Sabía que dirías que sí en cuanto te lo pidiera.

—Adiós a la confidencialidad —dijo Ella, enmascarando su culpabilidad con una risa irónica. No tenía ni idea de que Mia realmente hiciera un seguimiento de esas cosas y se sintió conmovida de que lo hiciera, pero la repentina ola de afecto se diluyó con el remordimiento por su engaño—. Pero en serio, estoy sana como un toro. ¿Y tú cómo estás? Te golpearon con fuerza. ¿Cómo te sientes?

La azafata dejó dos *whiskys* sobre la mesa, suponiendo que era uno para cada una. Mia los acercó a su lado.

—No te preocupes por mí, llevo haciendo esto mucho más tiempo que tú. ¿Sabes que Keith Richards solo puede tocar la guitarra cuando está ebrio? Borracho es su estado por defecto. El agotamiento constante es el mío.

—Eso no suena bien —dijo Ella, aliviada de que Mia estuviera actuando más como ella misma. Quizá la combinación de preocupación y odio californiano era lo único que la atormentaba. Ella colocó el expediente del caso en la mesa frente a ella y lo abrió—. Todavía no he tenido la oportunidad de echarle un vistazo a esto.

—Bien, este es un poco raro, así que debes seguirle el ritmo —dijo Mia—. Mira la foto número uno.

Ella sacó una foto de un cuerpo tirado en el borde de la carretera. Por lo que pudo ver, era una chica joven, de unos veinte años. Era una imagen lamentable. Una hermosa mujer que claramente se cuidaba a sí misma, abandonada en una zanja para que se descompusiera.

—Entendido. Oh, Dios mío. Esto es horrible.

—Víctima número uno. Su nombre es Amy Evans. Fue apuñalada hasta la muerte mientras caminaba de camino a su casa por Point Loma hace cuatro noches. Un total de cuarenta y dos puñaladas en su torso. Su asesino también le cortó la garganta hasta casi decapitarla.

—Santo cielo. Un ensañamiento total, ¿así que probablemente fue un ataque dirigido? —preguntó Ella—. ¿Tal vez había una conexión personal entre Amy y su asesino?

—Tal vez —dijo Mia—, pero es imposible afirmarlo ahora mismo. Pero mira la siguiente fotografía. Aquí es donde se pone interesante.

Ella sacó la segunda fotografía y esta vez había dos cuerpos. Una mujer joven que yacía muerta en el lado del acompañante de un coche y un hombre en el suelo en el exterior. Ambas puertas estaban abiertas. De nuevo vio las múltiples heridas de arma blanca inmediatamente.

—¿Una pareja?

—Ajá. Max Westbrook y Zoe Cousins, una pareja de San Diego. Fueron encontrados en las afueras de Black's Beach en un descampado, ambos apuñalados múltiples veces.

Una pérdida muy trágica, pensó Ella. Una pareja joven, probablemente en una cita, disfrutando de la privacidad de un sendero aislado. Y luego les sucede esto.

—Eso es audaz. ¿Se las arregló para matar a los dos sin usar una pistola?

—Ciertamente eso parece —dijo Mia—. ¿Qué piensas?

—Es difícil. El hombre está fuera del coche, lo que significa que podría haber intentado escapar. Tal vez atacó a Zoe, y luego Max saltó del coche para atacarlo. Tal vez se metieron en una pelea allí y Max perdió.

—Es una escena extraña y tienes razón. No estoy segura de cómo se las arregló para lograrlo. Esto requiere mucha suerte o mucha habilidad. Sabremos más cuando veamos la escena del crimen por nosotras mismas.

Ella se recostó en su asiento y miró las luces del techo. En la pantalla gigante que colgaba del techo aparecía un vídeo instructivo de seguridad. Comprobó la hora y se dio cuenta de que estaba viendo el vídeo por tercera vez en un solo día.

—Pero hay más —dijo Mia—. Además de estos tres cadáveres, anoche secuestraron a una mujer en un camino rural de las afueras de San Diego. Estaba pidiendo un aventón en la carretera y un hombre blanco la recogió. Mientras iban en coche, la atacó, pero ella consiguió liberarse y escapar.

Ella trató de ordenar las piezas, pero algunas cosas no tenían sentido.

—Así que, tenemos una sola víctima atacada en el borde de una carretera. Tenemos una pareja atacada en su coche, y una mujer secuestrada en un camino rural. Todos estos son procedimientos muy diferentes. ¿Cómo sabemos que es el mismo sudes?

—Ahora estás haciendo la verdadera pregunta —dijo Mia, destapando su *whisky* y dando un trago—. Sabemos que es el mismo autor de estos asesinatos porque se atribuyó el mérito de ellos. De los dos. El secuestro es una historia diferente.

Ella empezó a hacer las conexiones. Buscó en su banco de memoria asesinos en serie históricos que hubieran llevado a cabo ataques similares, y no tardó en dar con un nombre especialmente infame. Todo estaba allí. El apuñalamiento, el camino de los enamorados, el secuestro, la elección de parejas jóvenes.

—No digas lo que creo que vas a decir —dijo Ella. El avión comenzó a moverse y se dirigió lentamente a su posición de

despegue.

—¿Qué crees que voy a decir? —preguntó Mia.

—Nuestro sudes ha enviado una carta a la prensa.

Mia hizo la mímica de un tic en el aire.

—Lotería. Hizo exactamente eso. Pero no termina ahí.

Ella cerró los ojos y se trasladó a 1969. Repasó la información en su cabeza y lo vio todo. Fechas, horas, lugares, métodos de actuación.

—No era una carta cualquiera. Era un cifrado. Una pista críptica escrita con símbolos y caracteres extraños —dijo Ella.

—Diez de diez —dijo Mia. Dio la vuelta a su computadora portátil para mostrarle a Ella su pantalla—. Esto lo recibió el San Diego Union Tribune esta mañana.

La pantalla mostraba una cuadrícula de diez por dieciséis, cada casilla estaba llena de símbolos. Ella reconoció algunos de ellos, pero la mayoría eran completamente extraños. Debajo de la cuadrícula había un mensaje escrito a mano.

—¿Alguien ya lo ha resuelto?

—No fue muy difícil —dijo Mia—. Un miembro del personal del Tribune fue capaz de traducirlo con un *software*.

Ella se acercó más y lo leyó en voz alta.

«Querido editor: Yo soy el que mató a la zorra de Point Loma. La apuñalé unas 40 veces, algo que se le olvidó mencionar en su reportaje. También maté a esos ingenuos enamorados en su Toyota en Black's Beach. Imprime este mensaje en tu próximo número o mañana por la noche empezaré una matanza. Toda tu ciudad estará aterrorizada por el miedo».

Y luego estaba el símbolo que ponía el sello final a todo. Justo debajo del criptograma había un símbolo que no estaba asociado a los otros. Una T dentada sobre una X, como una especie de firma extraña.

Ella no tardó en hacer la conexión. Todo le recordaba al asesino del Zodiaco.

CAPÍTULO CINCO

En el estacionamiento del aeropuerto internacional de San Diego, Mia vio al oficial que las esperaba. Él las saludó con la mano cuando Mia hizo contacto visual. Mia no creía en nada que se asemejara a un sexto sentido, ni en nada sobrenatural, pero una cosa que había descubierto en su carrera era que las fuerzas del orden siempre podían reconocer a uno de los suyos.

—¿Agente Ripley? —preguntó el hombre. Tenía más o menos la edad de Ripley, pensó ella. Calvo en la parte delantera y con mechones canosos en la trasera. Parecía estar en buena forma, tenía un par de hombros fornidos y una complexión atlética. Llevaba el uniforme estándar con la insignia de la policía de San Diego en el pecho.

—La misma que viste y calza —dijo—. Esta es mi compañera, la agente Dark. Gracias por recibirnos.

—No hay de qué. Soy el oficial Denton, pero por favor llámenme Ray. Estoy a cargo de la investigación en curso.

Mia y Ella colocaron sus maletas en el coche patrulla.

—Nos gustaría empezar por entrevistar a la víctima más reciente —dijo Mia.

—No hay problema —dijo Denton—. Suban. Las llevaré hasta ella.

Ambas agentes tomaron asiento en la parte trasera. Ella había estado inusualmente callada desde que se encontraron en el avión, pensó Mia. Normalmente, Ella se apresuraba a lanzar sus teorías e ideas, pero hasta ahora se había reservado todo. A juzgar por su

lenguaje corporal, algo le preocupaba. La semana pasada en Seattle, Ella había mencionado algo sobre un nuevo chico con el que estaba saliendo. Dado que Ella llevaba perfume de la Maison Francis cuando se presentó en el despacho de Edis, lo más probable es que hubiera estado en alguna cita antes de recibir la llamada. Mia conocía demasiado bien los sacrificios personales que tenía que hacer una agente, especialmente en lo que respecta a las relaciones sentimentales. Aunque quizás no tanto en la actualidad.

—¿Ya la han interrogado? —preguntó Mia.

—Solo lo básico. Sabíamos que llegarían muy pronto, así que la mantuvimos cómoda en la comisaría hasta que llegaran —dijo Denton. El coche se adentró en las calles de San Diego y en pocos minutos estaban en la I-405. Mia vio a Ella garabatear algo en su libreta.

—¿En qué estás pensando, Dark? —le preguntó.

Ella miró por la ventanilla y golpeó los nudillos contra el cristal. Frunció la cara y se mordió el labio.

—No lo sé. Este caso no tiene nada claro.

—Estoy de acuerdo. Cada ataque ha sido diferente, lo que significa que va a ser difícil predecir su próximo movimiento. Pero ha habido una constante en cada uno de los crímenes. ¿Cuál es?

Mia observó discretamente las microseñales de Ella después de hacer la pregunta. Quería calibrar sus reacciones. En realidad, no había ninguna coherencia entre los crímenes, y si Ella estaba prestando atención se apresuraría a refutarla.

—Eh —dijo Ella, volviendo a hojear las páginas de su libreta—. Usó un cuchillo. Probablemente iba a usar un cuchillo con la víctima que escapó. —Lo expresó más como una pregunta que como una afirmación.

—No, no lo sabemos con certeza. También es posible que usara una pistola para someter a sus víctimas antes de atacarlas con un cuchillo. Lo coherente es la victimología. Atacó al menos a dos mujeres a propósito, posiblemente a tres. El hombre del segundo escenario podría haber sido un asesinato de oportunidad.

—Oh, claro. Por supuesto. No puedo creer que se me haya pasado eso por alto.

En realidad, los rangos de edad eran lo suficientemente amplios como para no poder establecer una victimología coherente. La primera víctima tenía 23 años, la segunda y la tercera tenían 19, y la última que fue secuestrada tenía 35 años. Cuando se combina con el rango versátil de los métodos de actuación, no había consistencia entre ninguno de los tres incidentes. Estaba bastante claro que la mente de Ella estaba en otra parte. Tal vez fueran cuestiones personales o tal vez fuera el agotamiento mental. Incluso los agentes de campo más experimentados esperaban dos o tres semanas entre un caso y otro, y normalmente pasaban ese tiempo poniéndose al día con el trabajo administrativo en casa o en la sede central. Mia estaba acostumbrada a pasar de un caso activo a otro con gran rapidez, pero eso podía afectar a una principiante como Ella.

Mia decidió dejarlo pasar por ahora. Darle tiempo para que se recompusiera.

—¿Cómo estaba la secuestrada cuando la interrogaron, oficial?
—le preguntó a Denton.

—Muy agitada. En cuanto salió del coche, corrió directamente hacia nuestra comisaría. No llevaba su teléfono ni nada. Debió de correr como alma que lleva el diablo porque apenas podía mantenerse en pie cuando llegó.

—¿Y eso fue anoche?

—Efectivamente. Sobre la una de la madrugada. Yo no estaba de servicio, pero uno de los otros oficiales me puso al corriente.

—Y no ha salido de su recinto desde que llegó, ¿no?

—No, señora —dijo Denton, inclinando la cabeza hacia el asiento trasero—. Nos ofrecimos a llevarla a su casa y quedarnos con ella, pero la pobre chica dijo que no se atrevía a subir a un vehículo con un desconocido.

—Es comprensible. Todavía está en estado de *shock*.

—Enviamos a un oficial a recoger a su hija y a llevarla a la comisaría.

Ella se espabiló de repente.

—¿Tiene una hija?

—Sí, la tiene.

—¿De qué edad? —preguntó Ella.

—Acaba de cumplir doce meses.

Mia pudo ver que los engranajes giraban en la cabeza de Ella, pero no indagó más. Cuando estuviera lista para revelar sus pensamientos, lo haría. Ella volvió a anotar algo en su libreta.

—Al parecer, su neumático estalló en algún lugar de la carretera de Lakeside. Tengo algunos chicos en camino para recuperarlo en este momento.

Mia aún no estaba segura si este reciente secuestro estaba relacionado con los otros asesinatos, pero era el tercer incidente en una semana dentro del mismo tramo de ocho kilómetros. Además, había muchas posibilidades de que la primera víctima también hubiera sido secuestrada de la misma manera. De cualquier modo, tenía muchas preguntas en la mente.

* * *

La jefatura del departamento de policía de San Diego era un edificio de seis plantas situado en la calle West Broadway. Era una estructura de aspecto extraño, como si un tramo de escaleras se hubiera volcado de lado. Las ventanas rectangulares y oscurecidas iban de un extremo a otro en cada nivel. Mia había estado aquí más veces de las que podía recordar, pero el lugar se había modernizado desde su última visita.

El oficial Denton las condujo al segundo piso, donde la reciente secuestrada esperaba en una de las salas laterales.

—La víctima se llama Amanda Huber, 35 años. Las dejaré con ella, damas. Si necesitan algo, ya sea un café o ayuda para

instalarse, estaré en mi escritorio. —Denton señaló hacia una esquina de la sala de planta abierta—. Yo estoy allí.

El lugar estaba lleno de escritorios grises colocados sin ninguna disposición determinada. Unos cincuenta oficiales habitaban la oficina, algunos estaban inclinados sobre el papeleo, otros con sus teléfonos pegados a las orejas. Solo unos pocos se quedaron mirando a las recién llegadas durante más de unos segundos, muy diferente a como habían sido las cosas la última vez que Mia estuvo aquí. Lo más probable es que los oficiales supieran que Mia y Ella eran federales, pero los departamentos de policía más desbordados de trabajo del país agradecían la ayuda externa en sus investigaciones. Eso significaba una menor carga de trabajo para ellos.

—Gracias, oficial. Te llamaremos si necesitamos algo —dijo Mia mientras Denton se despedía.

Mia abrió la puerta de la sala y Ella la siguió. Amanda Huber estaba sentada en un asiento de plástico en un rincón de la habitación, con un montón de vasos para café de poliestireno a sus pies y otro vaso en las manos que le temblaban. Miró a las agentes, pero no dijo nada. Sin embargo, la otra persona de la habitación hacía suficiente ruido para todas.

Una niña pequeña estaba sentada cerca de Amanda, con las piernas cruzadas, agitando un juguete con forma de abejorro. El juguete sonaba y cantaba, y la niña se reía con cada sonido. Cuando la niña vio a las recién llegadas, agitó el brazo en forma de saludo.

—Buenos días, señorita Huber —dijo Mia—, y a su preciosa niña. Es una agradable sorpresa ver a alguien tan adorable en este tipo de lugares.

Amanda asintió y suspiró. Terminó lo que le quedaba de café y puso su vaso junto a la pila.

—Cuéntenme. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. Somos del FBI. Estamos tratando de localizar al hombre que le hizo esto. ¿Podría contarnos su historia?

—¿Del FBI? —preguntó Amanda. Chloe se arrastró hasta los pies de Amanda y le cogió los cordones de los zapatos.

Mia acercó dos sillas. Ellas se sentaron frente a Amanda.

—Sí, hay motivos para creer que quien ha hecho esto también es responsable de otros crímenes en la zona. Por eso nos han llamado para que colaboremos.

Amanda se pasó una mano por el cabello y luego se apretó la base de la nariz entre los ojos. Agitó las piernas frenéticamente.

—Ya les he dicho a los otros oficiales todo lo que sé. Para ser sincera, no hay mucho que pueda decirles. Apenas pude mirarlo y ni siquiera estoy segura de poder recordar todo en detalle. —Amanda mantuvo la mirada fija en su hija mientras hablaba.

Chloe se arrastró hasta los pies de Ella y le tiró de la pierna del pantalón. Ella se inclinó y le sacó la lengua a la niña, provocando una explosión de risas y babas en la boca de Chloe.

—Creo que le caes bien —dijo Amanda.

Ella se rio.

—Al menos a alguien le caigo bien. —Chloe se incorporó y empezó a darle palmaditas a las rodillas de Ella. Ella le dio un golpecito en la nariz con el dedo.

—Podría haber algo en su historia que nos diera una pista sobre la identidad de esta persona —dijo Mia—. La ropa, el acento, el modelo de vehículo. Podría sorprenderse de las pequeñas cosas que delatan a estos culpables.

Amanda se recostó en su silla y miró hacia el techo.

—Yo volvía en coche de un seminario en las afueras de San Diego. Se me reventó la rueda cuando conducía por la carretera de Lakeside. ¿Conocen esa carretera rural que se prolonga hasta el infinito?

—Sí, la conozco.

—Salí del coche para llamar a un auxilio en carretera, pero no tenía señal. Fue entonces cuando decidí pedir un aventón en la carretera y esperar lo mejor. Sabía que había un pueblo a pocos kilómetros, así que pensé «qué más da».

—Es comprensible —dijo Mia. Rápidamente se imaginó a sí misma en la misma situación y creía que probablemente habría hecho lo mismo.

—Fue entonces cuando un coche se detuvo a mi lado. Un tipo sacó la cabeza por la ventanilla y se ofreció a llevarme. Un Volkswagen plateado, antes de que pregunten. No, no recuerdo la matrícula.

—¿Recuerda sus palabras exactas? —preguntó Mia.

—Algo así como «no veo mucha gente por aquí de noche» —dijo Amanda—. Parecía genuino. Agradable. No amenazante.

—¿Puede describir su aspecto?

Chloe se arrastró de regreso a su colección de juguetes contra la pared del fondo. Cogió un caballo de juguete y rodó por el suelo con él.

—Blanco. Treinta años. Estatura media. Llevaba una gorra de béisbol roja, pero vi que asomaba algo de pelo oscuro. Hablaba con acento californiano. Eso es todo lo que sé. —Amanda se frotó las sienes, parecía molesta consigo misma por no ser capaz de recordar más.

Mia anotó la descripción en su libreta. Ella hizo lo mismo. Hasta ahora, Ella no había preguntado nada. Se había limitado a observar. Era muy poco habitual en ella, pensó Mia.

—¿Y qué pasó cuando usted entró en el coche?

—Su coche estaba muy sucio. Mucha basura, cajas de comida, toneladas de encendedores. Condujimos unos cuantos kilómetros por la carretera. Todo era normal. Pero cuando empecé a hablar con él, se volvió... extraño.

—¿De qué manera?

—Conducía como un loco. Como, cerca de los ciento sesenta kilómetros por hora. Ahí fue cuando empecé a preocuparme un poco. Entonces, de la nada, me dice: «¿Cómo está Chloe?».

—¿Él la conocía a usted? —preguntó Mia.

—No. Al menos, no lo creo. Dijo que había encontrado mi bolso en mi coche. Debe haber buscado entre mis pertenencias.

Mia lo pensó durante un segundo.

—¿Cómo pudo sacar el nombre de Chloe de su bolso?

—Eso es otra cosa. No lo sé. Es decir, es posible, pero dejé el bolso y el teléfono en su coche cuando me escapé, así que no puedo comprobarlo.

Mia y Ella cruzaron una mirada de preocupación. Mia pensaba que quizás Amanda había sido elegida a propósito por este suceso. Estaba segura de que Ella pensaba lo mismo.

—¿Qué sucedió después?

—Pasamos el desvío hacia mi pueblo y me dijo que no íbamos a ir allí. Fue entonces cuando lo amenacé con llamar a la policía. Se enfadó y me atacó. Tiré de la puerta, pero no se abría, pero le pegué una patada contra el panel de control del lado del conductor y conseguí desbloquearla. Luego me tiré del coche a la carretera.

—Amanda levantó las palmas de las manos para mostrar los cortes—. Corrí como una loca hacia unas tierras de cultivo. En algún lugar donde no pudiera seguirme, al menos no con el coche.

Amanda tenía razón, pensó Mia. No había mucho que investigar aquí. Podían revisar las grabaciones de las cámaras a lo largo de la autopista, pero la mayoría de ellas no eran más que un elemento disuasorio visual.

—Gracias, señorita Huber. ¿Hay algo más que le llamase la atención sobre este agresor? ¿Alguna marca de identificación o frases particulares que haya utilizado?

Amanda dirigió la mirada hacia el techo y luego dudó un segundo. Mia vio una expresión que decía que había recordado algo importante.

—¿De qué se trata? —preguntó Mia—. No importa lo insignificante que parezca.

—Bueno —dijo Amanda, moviendo la vista hacia su hija—. Dijo un par de cosas muy raras. Pensé que era su intento de ser gracioso.

—¿Qué dijo? —preguntó Mia y preparó su bolígrafo para tomar notas.

—Cuando le dije que trabajaba en un colegio, me dijo que «no dejan que la gente como yo se acerque a los colegios». Recuerdo que lo tomé como una broma, pero puede que estuviera hablando en serio.

Mia lo anotó. Eso podría significar que el autor era un delincuente sexual registrado.

—Excelente. Eso ayuda mucho —dijo—. ¿Qué más?

—Tenía un nombre muy específico para referirse a la policía, pero no puedo recordar cuál era. Solo recuerdo que pensé que era muy raro.

Mia los había escuchado todos.

—¿Cerdos? ¿Basura? ¿Animales?

—No, sinceramente nunca lo había escuchado. Alguna cosa de azul... algo de azul.

—Los mezquinos de azul. —Las palabras salieron de Ella esta vez, sorprendiendo tanto a Mia como a Amanda. Mia la miró.

—¡Sí! —dijo Amanda—. Eso fue. Los mezquinos de azul. Sonaba muy raro, como algo que diría un niño.

—Lo investigaremos —dijo Mia—. Agente Dark, ¿hay algo que quieras añadir?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero ¿podría hablar contigo en privado afuera, agente Ripley? Hay algo que creo que debes saber.

CAPÍTULO SEIS

Ella tenía un único pensamiento en la cabeza.

Ambas le agradecieron a Amanda la información y luego Ella condujo a Mia a la sala que ahora era su nueva oficina. Era una habitación rectangular decorada con una hilera de escritorios, unos cuantos enchufes y nada más. Su vista daba a una obra en construcción y a unos apartamentos de gran altura al oeste.

—¿Qué pasa, Dark? —preguntó Mia.

Ella cerró la puerta.

—¿Todo esto no te recuerda a algo? —preguntó. Aunque Ella era la experta en asesinos en serie históricos, los paralelismos entre estos crímenes y los del Zodiaco eran obvios incluso para una persona no especializada.

—¿Te refieres a un caso anterior?

—Me refiero a un caso muy famoso. El asesino del Zodiaco. Este sudes está imitando al Zodiaco.

Ella había utilizado la palabra que Mia más odiaba: imitador. Pero era el único término que podía utilizar. Todas las pruebas lo indicaban.

—Sí —dijo Mia—. El cifrado también me recordó al Zodiaco, pero sinceramente, la prensa y la policía reciben notas crípticas todo el tiempo. Te sorprendería saber cuántas presuntas codificaciones he visto a lo largo de los años. Y en este momento, ni siquiera sabemos si el secuestro de Amanda tuvo algo que ver con los recientes asesinatos. Nada los relaciona, aparte del hecho de que ocurrieron alrededor de la misma hora.

—Pero no se trata solo del cifrado —dijo Ella, sacando el expediente del caso de su bolso. Colocó las fotografías de las víctimas sobre uno de los escritorios—. Víctima número uno. Amy Evans. Era una joven estudiante universitaria que recibió cuarenta y dos puñaladas. Cuarenta y dos. —Ella enfatizó los números.

—¿Y? —preguntó Mia, con cara de confusión—. ¿Qué tiene que ver el número de puñaladas? ¿Y las primeras víctimas del Zodiaco no fueron una pareja?

—Depende de a quién le preguntes. Muchos investigadores creen que la primera víctima del Zodiaco fue una estudiante de 18 años a la que mató dos años antes de su primer asesinato confirmado a la pareja. ¿Y adivina qué? La apuñaló cuarenta y dos veces. ¿Y si nuestro sudes cree en esa teoría y la está copiando?

Mia parecía estar considerándolo. A decir verdad, Ella esperaba que la refutara, pero la expresión que Mia tenía en el rostro decía que quizá había conseguido convencerla.

—¿Qué más? No te estás basando solo en ese hecho, ¿verdad?

—De ninguna manera —dijo Ella con entusiasmo. Sintió que el corazón le latía contra el pecho—. Las siguientes son las víctimas dos y tres. Si este sudes sigue la teoría que mencioné, entonces las siguientes víctimas en la lista serían una pareja a la que atacó en su coche. La única diferencia es que el Zodiaco les disparó a estas víctimas. No las apuñaló.

Mia se sentó y escudriñó las fotos de la escena del crimen de las víctimas dos y tres.

—Bueno, si estuviera considerando tu teoría, podría atribuir su uso de un cuchillo a una preferencia personal. Si lo hace por una satisfacción sexual, el apuñalamiento tiene mucho más sentido. ¿Pero qué más? Estoy escuchando.

—Luego está el secuestro de Amanda. Es cierto que este me desconcierta porque los asesinatos confirmados del Zodiaco terminaron en 1969, y no llevó a cabo un secuestro hasta 1970. Pero toda la situación es idéntica. El Zodiaco le dijo a una conductora que su neumático estaba flojo. Él lo arregló, pero cuando ella arrancó, el

neumático reventó. A ella no le quedó más remedio que pedirle un aventón al tipo que la ayudó.

Mia lo meditó durante un segundo.

—Hay algo que me fastidia en la historia de Amanda. ¿Se supone que debemos creer que este tipo se detuvo, revisó el coche abandonado de Amanda, averiguó el nombre de su hija y luego recogió a Amanda en la carretera? Es posible, pero inverosímil.

Ella miró a través de la ventana del despacho hacia las calles de San Diego. Las ventanas ennegrecidas hacían un buen trabajo para impedir la entrada del fuerte sol.

—Estoy de acuerdo. Creo que es posible que este sospechoso estuviera siguiendo a Amanda desde un principio. Creo que él dañó su neumático incluso antes de que ella empezara a conducir. ¿Cuáles eran sus intenciones con ella? Eso no lo sé.

Mia la acompañó en la ventana. Ella vio la mirada de desagrado en su rostro mientras observaba San Diego. No sabía por qué Mia odiaba tanto California, pero no iba a preguntar, al menos no todavía.

—Creo que él está subiendo la intensidad —dijo Mia—. La progresión natural del asesino en serie. Primero, mata a tres personas en escenarios públicos, y ahora que le ha tomado el gusto, anhela la privacidad. Quiere disfrutarlo, saborearlo.

A Ella le sorprendió que Mia aceptara todo, así que utilizó el impulso a su favor.

—Luego está el cifrado. No estoy segura de dónde proceden todos los caracteres, y algunos de ellos probablemente sean inventados, pero incluso ha utilizado algunos de los mismos símbolos del Zodiaco.

—¿En serio? —preguntó Mia.

Ella se apresuró a ir a su bolso y sacó su computadora portátil. Pasó los dedos por el teclado para sacarlo del modo en reposo. Sacó la imagen cifrada que Mia le había enviado durante el viaje en avión.

—Mira, este triángulo con una línea que lo atraviesa, es uno de los de Zodiaco. También usaba esta «p» y «k» al revés. Y, por

supuesto, su pequeña firma al final. La firma de Zodiaco era una cruz, pero este tipo ha utilizado una variación. Ah, y Zodiaco también usaba el término «matanza» en sus propias cartas.

—Las similitudes son bastante claras —dijo Mia—. Debo admitir que algunos de los paralelismos son interesantes. Definitivamente hay algo ahí, pero soy reacia a basar toda esta investigación en un asesinato sin resolver de hace cincuenta años. Como hemos visto antes, eso puede llevarnos por un camino equivocado. Ahora mismo, consideremos esto como un nuevo sudes. Si encaja en la teoría del Zodiaco, lo investigaremos, pero no podemos hacer que sea el foco principal.

—Pero esto no termina ahí —dijo Ella. Sabía que Mia tenía razón, pero quería decir toda la información mientras Mia estaba siendo receptiva—. Claro, todo esto podría ser una coincidencia, pero hay otras dos cosas que son demasiado específicas para tratarse de coincidencias.

Mia cerró las persianas de la ventana dejando la habitación de color naranja oscuro.

—Continúa —insistió.

—Amanda dijo que su secuestrador dijo que no le permitían acercarse a las escuelas. Uno de los principales sospechosos de ser el Zodiaco era un profesor de escuela, aunque fue despedido por conducta sexual inapropiada con sus alumnos. Extraño, ¿no?

Mia sacó un bolígrafo y lo golpeó contra el escritorio.

—Eso también me llamó la atención. Es algo muy extraño, a no ser que estuviera tratando de aterrorizar a Amanda. Tal vez solo trataba de hacerla sentir incómoda. Además, si estaba diciendo la verdad, habría sido demasiado revelador.

—Él no pensó que Amanda escaparía. El asesinato es una medida de precaución para borrar al único testigo que ha sido expuesto a la verdadera naturaleza del asesino. Esta era su verdadera naturaleza. No pensaba que Amanda estaría viva a la mañana siguiente, así que no importaba lo que le dijera.

Ella tuvo que hacer una pausa. Las palabras de Tobias estaban saliendo de su boca. Desde el momento en que su teoría comenzó a aflorar, casi se había olvidado de su encuentro con el monstruo.

—Muy profundo —dijo Mia mientras se rascaba la cabeza—. Espera un segundo, ¿dónde he oído eso antes?

Ella apretó los labios, como si eso pudiera borrar lo que había dicho.

—¿Qué? ¿Ya lo habías oído antes?

—Sí. Suena extrañamente familiar.

Ella pensó rápidamente.

—Es de un libro de texto. El arte de los perfiles. De lectura obligatoria.

Mia no parecía convencida, pero se desentendió de la idea.

—Debe ser eso. Y sí, estoy de acuerdo con lo que dices. Nuestro primer objetivo debería ser elaborar una lista de personas de la zona con antecedentes de conducta sexual inapropiada.

—De acuerdo, pero hay una cosa más. El verdadero bombazo. Amanda dijo que este tipo se refirió a la policía como «los mezquinos de azul». ¿Ya has escuchado ese término en tu vida?

Mia se lo pensó un segundo.

—Sí, en realidad sí. Era un término popular a principios de los setenta. Bastante antes de tu época, obviamente. Era un término de la jerga para la policía, pero no lo he oído decir desde hace... Dios sabe... cincuenta años.

—Bien, así que o el asesino consumió cultura pop de hace cincuenta años, lo que lo sitúa entre los sesenta y los setenta años, o... —Ella abrió una página web en su computadora portátil—. O estaba haciendo referencia a una carta que el Zodiaco envió en 1971. Una carta muy oscura. Todo el mundo conoce las claves y los mensajes crípticos, pero esta fue enviada al L.A. Times dos años después de que el Zodiaco dejara de matar.

Mia se acercó a la pantalla para leerla. Había un escaneo de una carta mal escrita sobre una transcripción. Leyó en voz alta.

—Les habla el Zodiaco. Como siempre he dicho, soy la prueba del éxito. Si los mezquinos de azul van a atraparme alguna vez, será mejor que se despierten y hagan algo. Cuanto más tiempo estén perdiendo, más esclavos recolectaré para mí en el más allá.

—¿Lo ves? —preguntó Ella.

Mia asintió con la cabeza varias veces seguidas. Leyó la transcripción varias veces.

—Buen descubrimiento, Dark. ¿Lo sabías de memoria?

Ella se encogió de hombros.

—Tuve una fase de Zodiaco hace unos años. Solo recordaba su lenguaje y algunas de las palabras raras que usaba. Yo era una de esas personas obsesivas que intentaban descifrar sus códigos sin resolver.

Mia sonrió.

—¿Tuviste suerte?

—No. Todos los que están sin resolver son tan cortos que básicamente son imposibles de resolver.

—Pero lo intentaste, eso es lo que importa. —Mia golpeó la mano contra el escritorio—. Maldita sea, me gustaría que tuviéramos una relación definitiva entre los asesinatos y el secuestro de Amanda. Me preocupa que estemos viendo dos eventos no relacionados e imaginando conexiones.

El oficial Denton llamó a la puerta. Ambas agentes se volvieron hacia él.

—¿Todo ha ido bien con la entrevista? —preguntó.

—Todo bien, gracias —dijo Mia—. Ya que estás aquí, Ray, ¿podrías hacer que algunos de tus oficiales busquen en la base de datos local posibles sospechosos? Tenemos un buen punto de partida.

—Claro, ¿qué necesitan?

—Busca en sus registros a hombres blancos que vivan en un radio de dieciséis kilómetros de la primera escena del crimen. Con edades comprendidas entre los veintiocho y los treinta y cinco años y con un historial de conducta sexual inapropiada. No importa si es

contra víctimas mayores de edad o menores. Esto incluye todo, desde la agresión sexual hasta la exposición pública. Por favor, también incluye a cualquiera con un historial de delitos menores como asalto, agresión o secuestro. Si alguno tiene muestras de escritura o firma en el archivo, eso sería una gran ayuda.

El teléfono de Denton sonó en su bolsillo. Levantó un dedo hacia Mia.

—Un segundo. Es uno de mis colegas en el caso. —Respondió a la llamada y salió al pasillo.

—Iremos a ver la segunda escena del crimen, Dark —dijo Mia—. Si averiguamos su método de ataque, podría darnos alguna idea de cómo opera.

—Suenan bien. Vamos. —Ella sacó algunos objetos esenciales de su bolso y se los metió en los bolsillos, pero antes de que pudieran irse, el oficial Denton volvió corriendo a la sala. Parecía alterado.

—Agentes, ese era uno de los oficiales que ha ido a recuperar el coche de Amanda.

—De acuerdo. ¿Está todo bien con eso? —preguntó Mia.

—Más o menos. Me está enviando una foto ahora. —El teléfono de Denton sonó. Tocó la pantalla—. Vaya, eso es raro.

—Veamos —dijo Mia. Denton le enseñó la pantalla de su teléfono. Se inclinaron más cerca.

Cuando Ella lo vio, su teoría quedó prácticamente confirmada. Apretó los puños de emoción. Esta era la sensación que le gustaba. Nunca en su vida pensó que tendría la oportunidad de perseguir a un asesino del Zodiaco, pero cada nueva prueba hacía más probable que fuera así.

—Bueno —dijo y se volvió hacia Mia—. Parece que tienes la confirmación de que están conectados después de todo.

CAPÍTULO SIETE

Ella pensó en la foto que les mostró el agente Denton. En el coche abandonado de Amanda Huber, estaba la firma del sude garabateada en la puerta del conductor: la forma de T encima de una X. Una vez más, una referencia al asesino del Zodiaco. También había hecho lo mismo en una de sus escenas del crimen.

El discreto camino de los enamorados daba a la famosa Black's Beach de San Diego, una de las playas más grandes de todo Estados Unidos. Mia aparcó su vehículo a unos seis metros de la zona acordonada. Dos policías, cada uno en un coche patrulla, mantenían a los curiosos alejados de la escena del crimen.

—¿Crees que volvió y lo hizo? —le preguntó Ella a Mia cuando salieron del vehículo.

—Casi seguro que sí —dijo Mia, hablando por encima del coche—. No lo habría hecho antes de secuestrar a Amanda. Debíó de volver después de que ella escapara y puso su marca en ese momento. Mi única pregunta es por qué se atribuiría el mérito de un secuestro fallido.

En lo alto, las montañas bloqueaban la mayor parte del sol de la tarde, proyectando una sombra gris sobre todo el panorama. Ella lo agradeció. Haber vivido muchos veranos en Virginia le había hecho preferir el frío.

—Eso mismo. Es decir, el secuestro del Zodiaco también fracasó, pero seguro que ningún sude se arriesgaría a exponerse así.

Se dirigieron hacia la cinta amarilla y mostraron sus placas a los policías que esperaban allí. Ambos respondieron con un pulgar hacia

arriba por las ventanillas de sus coches. Lamentablemente, todo había sido retirado de la escena del crimen, así que tuvieron que usar su imaginación para llenar los espacios en blanco. Lo único que quedaba eran las manchas de sangre.

—Max Westbrook y Zoe Cousins. Ambos de 19 años. Estudiantes en la universidad de San Diego State. Ambos eran nuevos en la zona, así que no hay familiares con los que podamos hablar por aquí —dijo Mia.

Ella pasó por encima de la cinta mientras Mia echaba un vistazo a la playa Black's Beach bajo ellas. Ella se arrodilló e inspeccionó las salpicaduras de sangre. Había dos charcos, separados por unos dos metros el uno del otro. Volvió a pasar por encima de la cinta para ver la escena desde una perspectiva más amplia.

—Si fueras a hacer esto, ¿cómo lo harías? —le gritó Mia.

Ella se quedó pensativa. Examinó la zona y llegó a varias conclusiones. El camino era bastante pequeño en comparación con algunas carreteras de montaña, y la entrada real a la playa estaba a unos diez minutos de distancia.

—En primer lugar, nadie viene a esta parte del camino por accidente. O estás aquí para besuquearte, o estás aquí para atacar a alguien. Este es un callejón sin salida, así que no es como si todos los amantes de la playa pasaran por aquí.

—Es cierto. Pero tampoco hay ningún lugar de observación real. No es como que él hubiera podido vigilar a alguien. Lo más probable es que se arriesgara al llegar a esta zona y le saliera bien. ¿Esta playa tiene alguna conexión con el Zodiaco? —gritó Mia. Su voz resonó entre las montañas.

Ella se acercó a ella para evitar perder la voz. Repasó en su cabeza todo lo que sabía sobre el Zodiaco. Víctimas, escenas del crimen, fechas, cartas. En ninguna parte apareció una playa.

—Nada. El Zodiaco operaba más cerca de San Francisco. Y le gustaban los lagos, no las playas.

—Lo más probable es que nuestro sudes se haya topado con esta pareja por casualidad y haya aprovechado la oportunidad. ¿Quién

sabe cuántos caminos de enamorados recorrió antes de detenerse aquí?

Ella se puso en el lugar del asesino. Se imaginó el coche, la posición de los ocupantes y cómo podría acercarse a ellos un posible atacante.

—Entonces, si yo fuera nuestro hombre, querría eliminar primero a la mayor amenaza: el hombre. ¿Las autopsias descubrieron el orden en que fueron asesinados? —preguntó Ella.

—Desafortunadamente no —dijo Mia—. Lo más probable es que fueran asesinados con pocos minutos de diferencia, lo que hace casi imposible determinar el orden en que murieron. El único indicador que tenemos es el flujo de sangre, pero incluso con eso es difícil. —Mia fotografió las manchas de color marrón rojizo en el asfalto con su teléfono. Negó con la cabeza.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ella.

—Es casi seguro que el hombre fue asesinado fuera del coche. Estoy tratando de averiguar cómo pudo sacarlo nuestro asesino.

Ella siguió el sendero que se alejaba del camino de los enamorados. Cuando se acabó el asfalto, un camino de tierra se desviaba en tres direcciones diferentes. Cuando todo convergía en un solo sendero, este se estrechaba significativamente. Recordó el método de actuación del Zodiaco original y lo aplicó.

—Este camino es bastante estrecho, ¿verdad? —le gritó Ella a Mia—. ¿Y si condujo hasta aquí y luego simplemente bloqueó su salida? El verdadero asesino del Zodiaco hacía exactamente eso.

Mia se reunió con ella cerca del sendero de tierra.

—Bueno, estoy viendo algunas huellas de neumáticos, pero muchos coches han ido y venido en los últimos dos días. Estas huellas podrían pertenecer a cualquiera. Además, California ayer tuvo una de sus famosas inundaciones repentinas, así que eso se ha llevado la mayoría de ellas.

Entre los bloques y los terrones de barro, Ella vio algo enclavado en la tierra. Se agachó y lo sacó. Era un encendedor de plástico rojo, pero con una grieta en el centro.

Las palabras de Tobias resonaron en sus oídos: «la elaboración de perfiles psicológicos es mucho menos una habilidad que se pueda aprender que algo inherente». Su primer instinto fue descartar el encendedor, ya que podría haber pertenecido a cualquiera, pero algo en su interior le dijo que perseverara. Mientras dejaba que su mente divagara, se produjo una conexión.

—¿Amanda no dijo que el tipo tenía un montón de encendedores en su coche? —exclamó Ella.

—Sí, lo dijo.

Ella se movió unos metros más adelante. Recogió otro. De repente, se dio cuenta de algo.

—Ripley, ¿él podría haber utilizado estos encendedores para persuadir a sus víctimas?

Mia parecía desconcertada.

—¿Un encendedor?

Ella tenía la inquietante duda de que estaba confundiendo gato por liebre, pero decidió comentarle su idea a Mia a pesar de ello.

—El Zodiaco original solía aparcar detrás de sus víctimas y armar un escándalo. Hacía parpadear sus luces, producía ruidos de golpes, cualquier cosa para que el conductor masculino saliera del coche. Pero, por supuesto, esto fue hace cincuenta años, cuando la gente era mucho más confiada. Ahora, tendría que hacer algo diferente.

—¿Como ofrecerles un cigarrillo? —preguntó Mia.

—No. ¿Cuando eras niña nunca tiraste encendedores de plástico al suelo?

Mia no parecía menos confundida que hacía un minuto.

—No había encendedores de plástico cuando yo era niña.

Ella hizo la mímica del acto con el encendedor roto en la mano.

—Si arrojas un encendedor de plástico con la fuerza suficiente, hace un estruendo bastante fuerte. El plástico que explota provoca una pequeña chispa, luego el líquido inflamable se mezcla con el oxígeno y pum, hay una explosión. Creo que eso es lo que hizo nuestro sudes aquí.

Los ojos de Mia se desviaron del sendero de tierra hacia la zona donde las víctimas habían sido asesinadas.

—¿Cómo podría eso sacar a la víctima del coche? —preguntó—. No digo que estés equivocada, solo intento abarcar todas las posibilidades.

Ella se puso en el lugar de la víctima femenina. Respiró profundamente y repasó todo lo sucedido de forma lineal.

—La presión social —dijo Ella—. Estoy segura de que en el pasado has salido con un chico y ellos han estado desesperados por impresionarte.

Mia sacó un par de guantes de su bolsillo y se los puso. Tomó los encendedores de Ella y los miró por encima.

—Hace tiempo que no sucede, pero entiendo lo que quieres decir. Max habría entrado en modo protector por defecto. Él y Zoe estaban sentados en el coche y un vehículo extraño se detuvo detrás de ellos. De repente, escuchan unos fuertes estruendos. El instinto de Max fue inspeccionar.

—Exactamente —dijo Ella—. No es que simplemente pudieran irse si este otro coche estaba bloqueando el camino, así que Max se vio obligado a intervenir y ser el protector. No quería que su pareja pensara que era débil. Y el sonido de la explosión podría haber sido cualquier cosa, como alguien teniendo problemas con su vehículo. La primera respuesta masculina es ayudar.

Vio que Mia empezaba a asimilar la idea. A Ella le sorprendió lo poco que refutó sus teorías esta vez. Quizá por fin se había ganado su puesto como agente de campo, pensó.

—Podrías tener algo de razón, Dark. Una vez que Max queda fuera del coche, nuestro asesino lo ataca y lo apuñala frenéticamente. A esas alturas, Zoe está en *shock*. Entra en pánico. Max está descartado, así que ella se convierte en un blanco fácil.

Las dos agentes volvieron a acercarse a la zona acordonada. Mia entregó los encendedores a uno de los oficiales que esperaban y le dijo que se los llevara a los técnicos forenses asignados al caso. El oficial le respondió con una cordial inclinación de cabeza.

Ella miró por última vez las salpicaduras de sangre y se obligó a imaginar cómo se sentían esos jóvenes enamorados en sus últimos momentos. Max había intentado ser el protector, pero había sido cruelmente eliminado. Zoe vivió sus últimos momentos sumida en un confuso terror, sucumbiendo a los deseos del asesino después de ver cómo su pareja era destruida de la misma manera. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en que dos vidas inocentes habían acabado en el mismo lugar en el que ella se encontraba de pie.

Pero ella conocía a este asesino. Era un imitador, un obsesivo, alguien que vivía a través del Zodiaco original. Si conocía al Zodiaco como creía, no había nada que este asesino pudiera hacer que se le escapase. La idea de atrapar a alguien con una psicopatología tan extraña la llenaba de una emoción que nada más podría proporcionarle. ¿Cómo sería en persona?

—Pongámonos en marcha, Dark. Aquí no hay mucho más que ver —dijo Mia y consultó su teléfono. Volvieron al coche.

—¿Qué opinas de este criminal, Ripley? —preguntó Ella.

Mia arrancó el motor y dio marcha atrás hacia el camino.

—No es estúpido. Sabe lo que hace. Recuerdo haber tenido que hacer un perfil del Zodiaco como ejercicio mental cuando empecé en el ochenta y nueve. Puede que mi memoria se encuentre un poco borrosa, pero recuerdo que lo perfilé como un oportunista que tuvo la suerte de llegar a la infamia. Si el Zodiaco apareciera hoy, lo atraparían en un mes. Era un delincuente desorganizado que anhelaba atención. No mató por gratificación sexual. ¿Voy por el camino correcto?

Ella miró las montañas pasar.

—Yo diría que sí. No creo que el Zodiaco fuera especialmente hábil, solo afortunado en lo que respecta a evitar la identificación. Sin mencionar los errores policiales que se produjeron. Pero creo que este sudes es un poco más capaz.

—Es lo suficientemente seguro como para ganarse la confianza de alguien sin cohibirlo. Entiende la psicología humana. Consigue una emoción sexual con estos asesinatos.

—Eso significa que estamos tratando con un delincuente muy peligroso y muy hábil —dijo Ella mientras las montañas las volvían a cubrir—. ¿A dónde nos dirigimos?

—A la víctima número uno. Su madre está lista para hablar con nosotras.

CAPÍTULO OCHO

Ella miró el conjunto de apartamentos y vio varias ventanas tapiadas, ropa colgada en los balcones y un hombre sin camisa que fumaba droga en su balcón. Cuando se dio cuenta de que las dos mujeres desconocidas se dirigían al complejo, se retiró rápidamente al interior.

Esta era la avenida Carter, una de las zonas más empobrecidas de San Diego. Dentro del complejo de apartamentos vivía Terri Evans, madre de la primera víctima.

En la entrada, Mia pulsó el timbre del apartamento 113. Unos segundos después, una voz cansada contestó.

—¿Hola?

—Señora Evans, somos del FBI. ¿Tiene unos minutos para hablar con nosotras?

No hubo respuesta. La comunicación se interrumpió y la puerta del complejo de apartamentos se abrió haciendo un clic. Ella comprendió. Odiaba esta parte del trabajo. Ningún tipo de distanciamiento emocional podía ayudar cuando se enfrentaba a alguien que había perdido lo máspreciado para ellos, especialmente cuando lo habían perdido de una forma tan violenta. Ella se recompuso y recordó que las únicas personas que podían dar consuelo a esta mujer eran ellas cuando finalmente atraparan a este sudes.

Subieron los escalones de piedra hasta el primer piso y llegaron al apartamento de Terri. Había un claro olor a suciedad y óxido en todo el edificio, así como un breve rastro de marihuana escondido en

algún lugar. Mia tocó la puerta y Terri le abrió al instante. Mia levantó su placa.

—Gracias por reunirse con nosotras, señora Evans. Soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. Estamos investigando las circunstancias del asesinato de su hija.

Para ser la madre de una joven de 23 años, Terri era bastante joven. Era delgada como una supermodelo y tenía un luminoso pelo rubio hasta el mentón. Llevaba una camiseta blanca extra grande y un pantalón deportivo gris. Apenas aparentaba cuarenta años, pero era difícil saberlo dadas las profundas marcas rojas bajo sus ojos.

—Entren —dijo Terri y se alejó dejando la puerta abierta para ellas. Mia y Ella entraron en el pequeño apartamento. La sala de estar y la cocina formaban un solo espacio. Había un pequeño sofá azul colocado en un rincón frente a la televisión. Terri se dejó caer en él—. Lo siento, no recibimos muchas visitas. Hay algunas sillas en la cocina.

—No se preocupe, nos quedaremos de pie —dijo Mia—. Lamentamos mucho lo ocurrido. Estamos haciendo todo lo posible para encontrar a quien lo hizo y con su ayuda, podríamos llegar un poco más cerca.

—Atrápenlo. No lo atrapen. No me importa. Nada va a traer a Amy de vuelta. No sé qué puedo decirles. —Terri contuvo las lágrimas. Apoyó la cabeza entre las manos. Mia intentó hablar, pero Ella levantó la mano para detenerla. No pudo contenerse. Lo que esta mujer necesitaba era compasión, no protocolo.

Ella se acercó al sofá y se sentó junto a Terri. Oyó sus sollozos detrás de las manos.

—Tienes razón, Terri. Nada de lo que podamos hacer puede traer a Amy de vuelta. La hemos investigado y, sinceramente, parece fantástica. Estaba trabajando mientras intentaba obtener su título en hostelería. Una camarera a tiempo parcial. Parece alguien con quien me gustaría tener una amistad.

Terri asintió, todavía con el rostro cubierto. Quitó las manos y respiró profundamente.

—Así es. Estaba esforzándose por sacarnos de este maldito cuchitril. Solo hemos sido Amy y yo desde siempre. He vivido aquí desde que tenía 17 años. La cuidé, la crie, todo para que un desgraciado le haga esto. —Las lágrimas afloraron nuevamente. Ella sabía que este tipo de vida pasaba factura. No dudaba de que Terri y Amy estuviesen limpias, pero probablemente no ganaban mucho dinero, y California no era un lugar barato para vivir.

En su formación en el FBI, a Ella le habían enseñado a nunca simpatizar demasiado con un entrevistado afligido. También le habían dicho que nunca debía tener contacto físico, salvo un apretón de manos si era necesario. Pero al mirar a Terri e imaginar el dolor que sufría, decidió que podía olvidarse del protocolo. Ella se inclinó y abrazó a Terri con fuerza. Volvió a mirar a Mia, esperando una mirada fulminante, pero ella solo asintió en señal de aprobación.

Parecía que Terri lo agradecía. Los sollozos cesaron y volvió a sentarse derecha después de unos segundos. Se limpió la cara.

—Gracias. Es agradable recibir algo de afecto. Ya no recibo mucho de eso.

Ella era solo cinco años mayor que Amy Evans y seguramente Terri vería a su hija cada vez que viera a una mujer de edad similar a partir de ese momento. Pero ahora, su primer recuerdo de proyección sería una muestra de compasión. Quizás no fuera mucho, pero era mejor que nada.

Ella se quedó sentada en el sofá.

—¿Qué puedes decirnos sobre Amy? —preguntó—. No importa lo pequeño o insignificante que creas que puede ser.

—Como has dicho, era camarera en el Skeeter's de la ciudad. Había vuelto a la universidad el año pasado después de que por fin pudiéramos ahorrar la matrícula. Todo el mundo la quería. No tenía problemas en el trabajo, ni con los amigos, ni con la universidad, ni con nada. No sé quién querría hacerle esto a mi chica.

—Dado lo que sabemos hasta ahora, es poco probable que Amy fuera un objetivo deliberado. Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. La persona que hizo esto

también se ha llevado otras dos vidas. De nuevo, dos personas que estaban en el lugar equivocado. Nada más. —Ella sabía que no debía divulgar detalles de la investigación en curso, pero podía tranquilizarla el hecho de que otros estuvieran sufriendo el mismo horror que ella.

Terri se enderezó de golpe.

—¿Un asesino en serie? —preguntó—. Oh, demonios.

—Es demasiado pronto para afirmarlo —intervino Mia—. Los incidentes pueden estar conectados o no. No lo sabemos con certeza. —Fue entonces cuando Ella recibió la mirada fulminante de Mia. Estos asesinatos definitivamente estaban conectados, pero el público en general no podía saberlo todavía.

—¿Ella caminaba por la misma ruta a casa todas las noches? —preguntó Ella.

—Sí. Bueno, cuatro noches a la semana. Es un camino recto desde aquí hasta su restaurante.

—¿Salía con alguien?

—No, Amy no era de ese tipo. Le gustaban más los libros, escribir, dibujar. Si no estaba trabajando o estudiando, estaba en su habitación.

Ella sintió que su corazón flaqueaba. Instintivamente vio un poco de sí misma en Amy, y ahora sabía por qué. La misma educación, los mismos pasatiempos.

—Suenas como una gran chica. Vamos a encontrar a quien le hizo esto, aunque nos lleve una semana o una década, ¿de acuerdo?

—Una vez más, Ella sabía que no debía hacer tales promesas, pero era como si no pudiera controlar las palabras que salían de su boca. Sentía un fuego en su interior. Este criminal iba a ser atrapado por su propia mano, y cuando lo tuviera en su poder, lo haría pagar por lo que hizo.

—Creo que eso es todo lo que necesitamos saber, señora Evans —dijo Mia—. Si se le ocurre algo más que pueda ser útil, llame a la policía de San Diego y pregunte por mí o por la agente Dark.

—Lo haré, gracias —dijo Terri. Las agentes le dieron las gracias y se prepararon para marcharse. Terri las acompañó hasta la puerta. Cuando ya habían pasado el umbral, Terri volvió a hablar.

—¿Eso que dice el periódico es cierto, agentes?

Se dieron la vuelta.

—¿Qué cosa es cierta, señora Evans? —preguntó Mia.

—El mensaje de él en el Tribune. Dijo que la apuñaló cuarenta veces. ¿Es cierto?

Ella sintió que se le revolvía el estómago. No sabía qué decir.

—Sí —dijo Mia con un fuerte suspiro—. Lamento decir que lo es.

Terri se llevó las manos a la boca. Los ojos se le volvieron a humedecer. Ella la consoló.

—Atraparemos a esta persona y me aseguraré de que no vuelva a ver la luz del día, ¿de acuerdo?

Terri se despidió con la cabeza. Ella y Mia volvieron a bajar la escalera y salieron a la calle.

—Eso fue difícil —dijo Ella.

—Nunca se hace más fácil.

—Siento haber revelado esa información —dijo Ella mientras Mia abría el coche. Se metieron dentro—. Solo necesitaba decir algo para hacerla sentir mejor, cualquier cosa. Me destroza ver a la gente en ese estado.

—Está bien. Lo has hecho bien. Sigue así. Solo estoy muy enfadada porque el Tribune realmente publicó su nota —dijo Mia. Y sacó su teléfono celular del bolsillo mientras vibraba—. Espera. Denton me está llamando.

Mia contestó a la llamada y Ella echó un último vistazo a los apartamentos destartados que tenía delante. Pensó en el ataque a Amy Evans. ¿Cuál era la probabilidad de que Amy fuera elegida a propósito, acosada y luego atacada? Era mínima, pensó. Este sudes vio a una mujer caminando sola a altas horas de la noche y atacó en cuanto tuvo la ocasión. Amy y la pareja fueron víctimas de la oportunidad, al igual que las víctimas originales del Zodiaco.

—Así que cualquiera puede ser una víctima —dijo Ella en voz alta justo cuando Mia terminó su llamada.

—¿De qué hablas? —preguntó Mia.

—Lo siento, estaba pensando en voz alta —dijo Ella—. Si estas víctimas son asesinatos de oportunidad, eso significa que cualquiera es un objetivo potencial. Cualquier mujer joven o pareja que merodee por las calles en el momento equivocado podría ser el objetivo.

—No estoy segura —dijo Mia, encendiendo el motor—. Estoy de acuerdo en que Amy, Max y Zoe fueron objetivos al azar, pero el secuestro de Amanda fue demasiado prolijo. Sin mencionar que él sabía cierta información sobre su vida personal.

—Supongo. ¿Tal vez quería intentar algo diferente? ¿Tal vez quería una conexión personal esa vez?

—Sí, pero ¿significa eso que a partir de ahora solo atacará a personas concretas, o volverá a elegir sus víctimas de forma aleatoria? En estos momentos eso es imposible de predecir, lo que significa que estamos enfrentándonos a un cabrón muy volátil.

—Hay otra posibilidad —dijo Ella mientras Mia salía del aparcamiento compacto—. Una que también se relaciona con el Zodiaco original.

—Continúa —dijo Mia.

—Podría estar desviándonos a propósito. ¿Y si quiere que pensemos que conocía a Amanda? ¿Podría haber mencionado sus datos personales en su cifrado del periódico para hacernos pensar que había una conexión personal? Hay teorías de que el Zodiaco original conocía a un par de sus víctimas, y el propio Zodiaco fomentó esas teorías. ¿Y si este sudes está siguiendo esa línea de pensamiento?

Regresaron a las calles de San Diego.

—Tu suposición es tan buena como la mía, Dark. Pero ese era Denton al teléfono. Ha dicho que han reunido a unos cuantos sospechosos para que los investiguemos. Todos ellos están en la

comisaría en persona. Amanda también está allí para que podamos ver si reconoce a alguno de ellos.

—Va a ser difícil para ella someterse a revivir toda la experiencia —dijo Ella.

—Lo será, pero ese es el costo para atrapar a este tipo.

CAPÍTULO NUEVE

Ella, Mia y el oficial Denton estaban de pie detrás del vidrio reflectivo de la comisaría. Al otro lado, había seis hombres alineados, todos ellos con una mirada de desprecio en sus rostros. Ella se sorprendió de la rapidez con la que el departamento de policía de San Diego actuó.

—Eso fue rápido —dijo Mia.

—Aquí no hay tiempo para andarse con rodeos. La costa oeste es la mejor —dijo Denton—. Reunimos a todos los que pudimos en tan poco tiempo. Hay algunos que no pudimos localizar de inmediato, pero algunos de estos tipos encajan bastante bien en la descripción.

—¿Son todos delincuentes con antecedentes? —preguntó Mia.

—Todos tienen un historial de mala conducta sexual, así como de delitos menores. Agresión, incendios provocados, lo que quieran.

Ella los examinó. Todos eran varones blancos de unos treinta años, anodinos, poco llamativos. Ninguno le llamó la atención de inmediato. Se fijó en el caballero de la izquierda, un hombre de baja estatura que llevaba una chaqueta de lana a pesar del calor que hacía fuera. Intentó imaginarlo como la persona responsable de atacar furiosamente a Amy, Max, Zoe y Amanda. Intentó imaginárselo de pie sobre sus cuerpos y saboreando el colocón sexual que suponía el acto de asesinato.

No pudo. Su imaginación no quiso llevarla allí. Suspiró y de repente vio la cara de Tobias Campbell en su mente. Si él estuviera a su lado, sin duda tendría algo que decir sobre todo esto. ¿Qué pensaría él? ¿Sería capaz de ver al culpable inmediatamente?

—¿Estamos listos para traer a Amanda? —preguntó Denton y sacó a Ella de su ensoñación.

—Listos —dijo Mia. Se volvió hacia Ella—. No la pierdas de vista, novata. Esto va a ser difícil para ella. Si se perturba, usa la magia que usaste en casa de Terri.

Ella asintió.

—Yo me encargo.

La puerta se abrió y Amanda entró. Se quedó cerca de la entrada mientras miraba la alineación de sospechosos a través del vidrio. Dudó en dar un paso más.

—¿Chloe está bien? —preguntó Ella, tratando de reconfortarla.

—Está bien. No quería traerla aquí. No la quiero cerca de estos desgraciados.

—Es comprensible —dijo Mia—. Srta. Huber, ¿reconoce a alguno de estos hombres?

Amanda se acercó lentamente al vidrio y miró a los hombres uno por uno. Ella observó atentamente sus reacciones. Había una expresión de frustración en su rostro. Un breve destello de rabia. Se frotó el hombro derecho con la mano izquierda, señal de que se estaba poniendo a la defensiva.

—No, no reconozco a ninguno de ellos. Pero como dije, no pude mirarle bien el rostro. El hombre de la derecha tiene la misma altura y complexión, pero lo siento, no lo sé.

—No se preocupe —dijo Mia—. Vamos a intentar con la frase.

El oficial Denton pulsó un botón plateado y habló por un micrófono junto al vidrio.

—Número uno, por favor, dé un paso adelante y diga la frase.

El hombre de la izquierda se bajó de la tarima y miró fijamente al vidrio.

—¿Está bien, señorita? No veo a mucha gente deambulando sola por aquí —dijo.

Todas las miradas se volvieron hacia Amanda. Ella negó con la cabeza. El agente Denton volvió al micrófono.

—Gracias. Por favor, retroceda. Número dos, la misma petición.

El segundo hombre se adelantó y repitió la frase. Amanda volvió a negar con la cabeza.

—Definitivamente no. Demasiado ronco. No es ninguno de ellos.

Los sospechosos tres y cuatro siguieron y Amanda los descartó. Demasiado alto o con una voz demasiado grave. Solo cuando el sospechoso cinco se adelantó y habló, Ella notó que algo cambiaba en ella. Había una mirada de esperanza como si quisiera desesperadamente que el número cinco fuera el correcto.

Pero Amanda hizo un gesto para descartarlo. Siguió el número seis, y aunque Amanda tardó un minuto en responder, al final también lo descartó.

—¿Algo? —preguntó Mia—. ¿Algún parecido con el hombre que te secuestró?

Amanda respiró pesadamente. Se agarró un mechón de cabello y se lo llevó a la boca. Ella pudo ver que una idea le daba vueltas en la cabeza.

—El número cinco —dijo.

—¿Algo se destaca del número cinco? —preguntó Denton.

—No. Todo destaca en él. El número cinco es el hombre que me secuestró.

* * *

Se llamaba Jim Mallon. Un metro ochenta de altura, dientes manchados de nicotina y pelo oscuro sobre lo que Ella llamaba una cara de comadreja. Pómulos estrechos, labios carnosos. Cuando él se sentó al otro lado de la mesa, frente a Ella y Mia, metió las manos en el bolsillo de su chaqueta marrón. Desde el exterior de la sala de interrogatorios, Amanda y el oficial Denton observaban detrás del vidrio reflectivo.

—Señor Mallon, ¿sabe por qué está aquí? —preguntó Mia.

—No —dijo él. Brusco, cauteloso. Ella podía ver que comunicarse con este hombre no iba a ser una tarea sencilla. Su lenguaje

corporal gritaba que estaba a la defensiva, desde las manos guardadas en los bolsillos hasta la forma en que hablaba dirigiéndose a la mesa.

—Usted está aquí bajo sospecha de secuestro. ¿Puede aclarar su paradero entre las once de la noche y la medianoche del viernes doce de marzo?

Jim se encogió de hombros.

—Póquer.

—¿Póquer? ¿En qué lugar? —preguntó Ella.

—En el Chameleons. Es un pequeño club en la ciudad.

Mia tomó nota.

—Bien, ¿y alguien más puede confirmar que estuvo allí?

Jim sacó las manos de los bolsillos y se cruzó de brazos.

—Lo dudo. Fui solo. Hablé con algunas personas, pero no me recordarán.

—¿Por qué nadie se acordaría de usted? —preguntó Mia.

Jim volvió a encogerse de hombros.

—¿Usted se acordaría de mí?

Ella y Mia cruzaron una mirada.

—Bueno, la mujer detrás de ese vidrio se acordó de usted.

—Señaló con la cabeza al otro lado de la habitación.

—¿Se acordó de mí de dónde?

—Señor Mallon, nuestra víctima afirma que usted la secuestró en un Volkswagen plateado junto a Lakeside Road anoche. ¿Tiene algo que decir al respecto?

El color desapareció de su cara.

—¿Qué demonios? ¿Me están tomando el pelo? Pensé que se trataba de una estúpida incautación de drogas o algo así. No he secuestrado a nadie. Anoche estaba jugando al póquer. No estaba conduciendo por ninguna carretera, ¿de acuerdo?

Ella lo examinó de arriba abajo. El repentino arrebató fue una sorpresa. La psicología humana decía que los culpables solían dar respuestas cortas y se negaban a reconocer el acto del que eran

culpables. Siempre era «yo no lo hice» en lugar de «yo no asesiné a esa mujer». Ella tenía opiniones contradictorias.

—Comprobaremos las cámaras de seguridad de ese supuesto club de póquer —dijo Mia.

Jim negó con la cabeza.

—No, no lo harán. No hay ninguna. No es ese tipo de lugar.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué clase de club de apuestas no tiene cámaras de seguridad?

—Uno que en realidad no es un club de apuestas —añadió Mia—. Allí se juega algo, pero no es exactamente un establecimiento con licencia.

Jim sonrió. Ella solo quería borrarle la sonrisa de la cara.

—Señor Mallon, le seré sincera, no creo ni por un segundo que estuviera apostando anoche, así que a menos que pueda darnos una razón para dejarlo ir, lo mantendremos aquí para interrogarlo más —dijo Mia.

—¿Cómo puede ser esto una razón? No tengo ningún Volkswagen. ¿No deberían comprobarlo antes de arrastrarme aquí, detectives?

—Que no tenga uno, no significa que no pueda conseguir uno —dijo Ella.

Jim metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su billetera. Del interior, sacó un pequeño recibo, escrito a mano.

—Tomen, esto es de anoche. El recibo de mis ganancias. Ahora encontrarán un problema en esto también, ¿no?

Ella lo acercó a su lado de la mesa. Estaba escrito en tinta azul, con la fecha, la hora y el importe de la apuesta de Jim. Cien dólares.

—¿Espera que aceptemos un recibo escrito a mano como prueba? —preguntó Mia—. Usted mismo podría haber garabateado todo eso.

—Lo sabía. Los policías son cada día más corruptos. Esto es una prueba de dónde estuve y no lo aceptan. Me enferma.

Mia suspiró.

—Voy a hacer otra pregunta. ¿Dónde estaba usted la noche del miércoles diez de marzo?

—En el trabajo. Turno de la noche. Desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada. Revisen mi tarjeta de reloj, pregúntenle a mi supervisor. Hagan lo que tengan que hacer. No estaba apuñalando a una zorra ni matando a ningún adolescente, ¿de acuerdo?

Ella miró a Mia, sabía que estaba pensando lo mismo.

—Sr. Mallon, ¿por qué ha mencionado lo de matar? Nunca lo hemos mencionado.

Jim se rio y golpeó las manos sobre la mesa.

—Oh, por favor. Todo el mundo lo sabe. Puedo parecer un idiota, pero sé leer un periódico. Esto es sobre los asesinatos. Bueno, están buscando en el lugar equivocado. No soy un santo, pero tampoco soy un asesino.

Se produjo un largo silencio. Ella observó atentamente el lenguaje corporal de Jim y, aunque las características defensivas persistían, oyó un tono de autenticidad en su voz.

—De acuerdo, señor Mallon. Puede irse. En breve confirmaremos sus coartadas y, si hay alguna discrepancia, volveremos a ponernos en contacto con usted. —Mia se levantó y abrió la puerta de la sala de interrogatorios. El sospechoso salió sin mirar atrás. Ella vio cómo un oficial lo escoltaba fuera de la comisaría y lo alejaba de su vista. Mia asomó la cabeza por la puerta y le pidió al oficial Denton que llevara a Amanda a otra sala. Luego regresó con Ella.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Ella repasó todo en su cabeza y empezó por el principio.

—En primer lugar, Amanda ni siquiera parecía estar segura de que fuera el tipo correcto. Dijo que estaba segura, pero ¿has visto la expresión que tenía en el rostro?

—Lo sé. Pura incertidumbre. Lo he visto antes. Algunas víctimas están tan desesperadas, ya sea por obtener justicia o un cierre, que eligen a cualquiera con tal de que se parezca vagamente a su atacante. Es una especie de proyección subconsciente.

—¿Verdad? Y luego está el sospechoso. Amanda dijo que era amigable y accesible cuando se conocieron, pero ese tipo era todo lo contrario. La mayoría de las mujeres saldrían corriendo si ese tipo se ofreciera a llevarlas. Era frío y tosco. Se le notaba en el rostro.

Mia dobló sus notas sobre la mesa.

—Ni me lo digas. Era un auténtico canalla. Creo que también decía la verdad sobre su paradero. Parece exactamente el tipo de persona que encontrarías en un antro de apuestas ilegales, sin contar que es un adicto a la heroína.

Eso tomó a Ella por sorpresa.

—¿Lo era?

—Las puntas de sus dedos tenían costras y marcas de donde había probado la aguja. También tenía calambres musculares en los hombros, probablemente por la abstinencia. Ningún heroinómano es capaz de cometer estos asesinatos, sobre todo sin dejar ningún rastro.

Ella lo pensó durante un segundo. Recordó lo que sabía sobre la adicción a las drogas.

—Supongo. Imagino que, si es un drogadicto, su principal objetivo será encontrar una dosis. El asesinato por motivos sexuales probablemente no esté en su lista de prioridades por el momento.

Mia lideró la salida de la sala de interrogatorios y de regreso a su oficina.

—Exactamente eso. Y la heroína debilita físicamente a la gente. No hay manera de que tenga la suficiente confianza para secuestrar a alguien.

—Luego está la cuestión del coche. Nuestro sudes definitivamente es dueño de un Volkswagen plateado. Podemos estar bastante seguras de eso.

—Más bien era dueño. Ese coche debe estar en un depósito en algún lugar a estas alturas. Pero tienes razón, definitivamente tenía un VW antes de hoy.

Ella se sentó en su escritorio y colocó el expediente del caso frente a ella. Miró la foto de la escena del crimen de Amy Evans,

muerta y tirada en la carretera. Se le hizo un nudo en el estómago. Aunque Jim Mallon no lo hubiera hecho, alguien lo había hecho y ese alguien seguía ahí fuera. No iba a descansar hasta descubrir quién era.

CAPÍTULO DIEZ

Levaban seis horas revisando la lista de posibles sospechosos. Ella había conseguido los expedientes de cada persona con un historial de actividad delictiva que coincidiera con la vaga descripción de Amanda y había acumulado una lista de casi cien personas. Levantó la vista de su escritorio y miró más allá de las persianas cerradas de la ventana, apenas entonces se dio cuenta de que afuera estaba muy oscuro. Frente a ella, Mia bebía de un trago su café. Actualmente, en su mesa había más tazas de café que papeles.

—Algo me preocupa —dijo Ella.

—Dilo —dijo Mia sin levantar la vista de su computadora portátil.

—Nuestro sudes no está siguiendo ningún tipo de patrón. Está imitando los crímenes del Zodiaco, pero los hace fuera de orden. Si nos basamos en las víctimas canónicas del Zodiaco, mató a tres parejas y luego a un hombre solo. ¿Por qué este tipo hace las cosas de forma diferente?

Mia dio un golpecito en su teclado y luego se sentó de nuevo en su asiento.

—Experimentación o falta de confianza. Matar a una persona es difícil, pero matar a dos es aún más difícil. Aparte del Zodiaco, ¿conoces a muchos otros asesinos en serie que hayan matado a dos víctimas en su primer asesinato?

Ella lo reflexionó.

—Tres entre unos seiscientos.

—Exactamente. Fue con lo que se sentía cómodo.

—Eso hace que sea muy difícil predecir lo que va a hacer a continuación, pero si el asesinato de Amy Evans demuestra una cosa, es que nuestro sudes no está de acuerdo con las creencias habituales sobre el Zodiaco. Significa que cree que él asesinó a más víctimas de las que declaró. —Ella se quitó las gafas y las tiró sobre la mesa. Se frotó los ojos con el pulgar y el dedo corazón.

—Dark, detente con el tema del Zodiaco. Deja de tratar esto como si fuera un caso histórico. No lo es. Es un caso nuevo que puede tomar cualquier dirección. Ya sabemos que este asesino no sigue exactamente la línea de tiempo del Zodiaco, así que no importa. Si no podemos predecir su próximo movimiento basándonos en los acontecimientos históricos, entonces no tiene sentido ni siquiera pensar en esos acontecimientos, ¿entiendes?

Ella sabía que Mia tenía razón, pero había algo más rondando en su mente. Algo en lo que acababa de pensar.

—De acuerdo, lo entiendo, pero hay una cosa más. Es la última cosa, lo prometo.

—Bien, dímelo y luego nos iremos de aquí. Ya he tenido bastante por un día.

—De acuerdo, la noche después del secuestro fallido del Zodiaco, hubo otro asesinato de una pareja no muy lejos del lugar del secuestro. El Zodiaco se atribuyó el mérito, pero nunca se relacionó oficialmente con él.

—¿Y? ¿Cuál es tu punto? —preguntó Mia.

—Esta noche es la noche después del secuestro que hizo nuestro hombre. ¿Y si intenta lo mismo?

—¿Hay alguna razón por la que lo haría, aparte de esta tenue conexión? En este momento, es más importante centrarse en los hechos que en las teorías, Dark.

Ella tomó su computadora portátil e hizo tres clics. Apareció una página web con la que había tropezado unos minutos antes, pero había tardado unos minutos en atar cabos.

—En el caso original, la pareja fue asesinada mientras contemplaba una celebración de carnaval. —Dio la vuelta a la

pantalla de su computadora portátil para mostrársela a Mia, disfrutando de la adrenalina que le proporcionaba su revelación. Por fin, una pista que seguía un patrón lógico—. Mira. Fiesta en la playa, a ocho kilómetros de aquí, esta noche.

Mia arqueó las cejas. Se inclinó más hacia la pantalla y lo leyó en voz alta.

—Extravagante fiesta en la playa de Coronado. Únete a la diversión a las nueve de la noche, el trece de marzo.

—Otra playa —dijo Ella—. La entrada es de pago, lo que significa que habrá mucha gente mirando desde lejos. La oportunidad perfecta para encontrar una pareja aislada. —Por primera vez, Ella sintió que se había metido en la cabeza de este sudes. El adictivo colocón que perseguía llegó en oleadas repentinas y agudas.

Mia saltó de su asiento. Se asomó a la puerta de la oficina y le hizo una señal al oficial Denton, que también estaba trabajando hasta tarde. Inmediatamente apareció junto a ellas.

—¿Siguen aquí, chicas?

—Sí, y es posible que tengamos algo. ¿Cuántos oficiales puedes poner a patrullar esta noche? —preguntó Mia.

—¿Para un potencial asesino en serie? Todos los que quieran. ¿Qué es lo que ocurre?

—Una fiesta en la playa, podría ser un lugar para que nuestro sudes encuentre víctimas fáciles. ¿Puedes poner una patrulla en la zona? ¿Coches de patrulla alrededor del perímetro, algunos oficiales de civil dentro?

Denton sonrió.

—No hay ningún problema. —Abrió la puerta y gritó a la sala abierta—. Chicos, ¿quién quiere patrullar una fiesta en la playa esta noche?

Las voces se sucedieron con rapidez. Ella miró por la ventana del despacho y vio a unos quince agentes con las manos levantadas. Denton volvió.

—¿Ven eso? Conseguiré cubrir cada centímetro de ese lugar.

—Genial —dijo Mia—. Y un radio de tres kilómetros alrededor del exterior también. Nuestro hombre podría apuntar a los rezagados que salgan de la fiesta.

—Entendido. Envíenme los detalles y haré que suceda.

—Solo síguenos —dijo Mia—. ¿Estás lista para ir a una fiesta en la playa, Dark?

Ella disfrutó de la ironía. En circunstancias sociales, una fiesta en la playa la dejaría loca con su ruido, sus luces cegadoras y sus ebrios participantes. Pero si hubiese un asesino entre los asistentes a la fiesta, no se lo perdería por nada del mundo.

—Más lista que nunca. Vamos.

* * *

Ella se apoyó en la pared, se quitó la bota y vació la arena. La inoportuna intrusión de la arena solo había tardado unos minutos en hacerse presente, y teniendo en cuenta la cantidad de playa que había que cubrir, no cabía duda de que habría más.

El lugar estaba plagado de figuras, tanto animadas como tranquilas. Grupos de jóvenes semidesnudos se dispersaban hasta donde Ella podía ver, algunos bailaban alrededor de las hogueras, otros coqueteaban con la marea entrante. Filas de focos proyectaban la playa y sus puestos ambulantes en varios tonos de neón. La música había sido omnipresente desde su llegada, como si una fuerza invisible se la hubiera introducido directamente en su canal auditivo. Como había mucho terreno que cubrir, Mia se había quedado en los alrededores para vigilar a cualquiera que pudiera salir solo de la fiesta. Ella se había sumergido en el corazón de la operación y su estrategia consistía en identificar a cualquiera que encajara con la descripción que Amanda había hecho de su secuestrador. Blanco, treintañero, de complexión media atlética. No era una tarea fácil con una descripción tan vaga, pero la única

ventaja que tenía era que la mayoría de los asistentes a la fiesta eran más jóvenes.

Ella se mantuvo lo más alejada posible de la acción, manteniéndose alerta. Pasaron dos tipos sin camiseta, uno de los cuales se dedicó a coquetear con ella, pero Ella sonrió y les hizo un gesto para que no se acercaran. No era el momento de distraerse.

Caminó por la playa y por fin vio a alguien que encajaba con su perfil. Un hombre mayor, solo, de pie y con las manos metidas en los bolsillos. Ella se puso a la sombra de un puesto de tacos y se mantuvo atenta, hasta que una nueva mujer le tocó el hombro a ese hombre unos pocos segundos después. Ambos se alejaron juntos hacia el mar.

Entre el jolgorio y la sobrecarga de colores, los pensamientos de Ella volvieron a fijarse en Tobias Campbell. Cada vez que intentaba despejar su mente, se le aparecía el rostro de él y su tono suave le invadía los oídos. Él era como un virus vivo y sus pensamientos eran el huésped, pero ella todavía no sabía cuál era la cura. Pensó que tal vez desaparecería con el tiempo, como la mayoría de las afecciones. La otra alternativa era encontrar al culpable y demostrar que Campbell se había equivocado en lo que había dicho.

«Los perfiladores del FBI son los críticos del arte de las fuerzas del orden. Critican a los demás, pero ellos mismos son incapaces de trazar una línea recta».

Estar aquí era una pérdida de tiempo, Ella pronto se dio cuenta de ello. No había ningún solitario ni ningún rezagado en la playa, únicamente congregaciones de almas jóvenes que disfrutaban de su plenitud, y los pocos individuos solos que aparecían pronto convergían en grupos. Solo había una pequeña posibilidad de que el sudes estuviera entre ellos, pero lo más probable era que buscara en las zonas más tranquilas. A juzgar por el último doble homicidio, este asesino era todo un oportunista. Vengativo y decidido, pero al fin y al cabo oportunista. No importaba quién fuera el receptor de su ira, siempre y cuando alguien lo fuera.

Ella salió de la playa y subió la rampa de piedra para llegar al perímetro. Las montañas que la rodeaban amortiguaban la música y le devolvían algo de energía a sus otros sentidos. Allí arriba aún se congregaban grupos, pero en menor número, y aunque no era un lugar ideal para cometer un asesinato, era mejor que la zona de la playa. Las filas de coches miraban hacia la fiesta de abajo, muchos de los cuales aún tenían participantes en su interior. Ella pasó junto a ellos y percibió el olor a alcohol barato y a humo de marihuana, por lo que casi sintió lástima por ellos, dado que la mano dura de la policía de San Diego estaba realizando un minucioso patrullaje costero esa noche.

Encontró un punto de observación y contempló la escena debajo de ella, y entre los bailes sociales y la camaradería vio algo que parecía fuera de lugar.

Había un vehículo en las sombras, lejos de los demás. Estaba pegado a la ladera de la montaña, en una zona pequeña, y no permitía ver los acontecimientos ni el paisaje que había a 30 metros a la derecha.

Y lo que más le llamó la atención a Ella fue que se trataba de un Volkswagen plateado.

Ella descendió de su ubicación, bajando por la rampa de piedra hacia la carretera. No perdió de vista su objetivo, ya que temía que el conductor pudiera huir en cualquier momento. Memorizó la matrícula y se dirigió a toda prisa hacia el lugar en el que se encontraba, pero manteniendo un aire despreocupado. Los cristales tintados impedían determinar si había alguien dentro.

Junto a la hilera de coches, alguien la llamó. Ella miró y vio a un hombre que le ofrecía una lata de cerveza desde la ventanilla de su coche.

—No, gracias —dijo y prefirió quedarse a unos metros de distancia. Entonces se dio cuenta de que su peculiar presencia podía ser interpretada como algo extraño, y si el del Volkswagen era el sudes, sin duda se daría cuenta.

—Pero agradezco el ofrecimiento —continuó Ella, volviéndose hacia el conductor. Todos los asientos de su coche estaban ocupados por otro bebedor.

—¿Estás sola? —preguntó el hombre, dando un trago a su propia lata con los dientes apretados. Llevaba la cabeza afeitada y un chaleco negro. Eso era todo lo que Ella podía ver.

—No lo estoy. Estoy esperando a que lleguen mis amigos.

—Bueno, estás invitada a festejar con nosotros si quieres.

Ella apenas captó lo que él dijo, en su lugar se concentró en el vehículo solitario. De repente, la puerta del Volkswagen se abrió.

Una mujer salió del coche, se despidió de quienquiera que estuviera dentro y se dirigió hacia la playa. Otra mujer salió del asiento del acompañante y asumió el puesto de conducción.

Ella suspiró, en parte por la frustración y en parte por algo que no sabía muy bien qué era. Un golpecito en la espalda la hizo saltar.

—Has pensado lo mismo que yo, ¿no? —dijo la voz. Mia apareció con un vaso de cerveza de plástico en la mano, totalmente vacío. Fue lo primero que Ella vio—. No te preocupes, estaba vacío cuando lo agarré. Solo quería encajar.

—Claro —dijo Ella.

—¿Quién es tu amiga? —dijo el tipo del coche. Le ofreció la misma bebida que Ella rechazó—. ¿Quieres una lata?

Mia lo miró de arriba a abajo antes de aceptar la lata amablemente. Se la quitó, la abrió y vertió el contenido en su vaso.

—Gracias, amigo, pero tenemos que irnos.

Mia rodeó a Ella con su brazo y comenzaron a alejarse. El hombre del coche se despidió derrotado y dijo algo inaudible.

—Supongo que esto fue un fracaso —dijo Ella.

—No, para nada. Necesitábamos comprobarlo para estar seguras. Pero si me lo preguntas, esto es un evento demasiado animado para que nuestro hombre ataque. Demasiadas partes cambiantes, demasiadas variables incontrolables. Aunque apareciera para vigilar, cambiaría de opinión enseguida.

Ella pensó lo mismo.

—Supongo que sí. Pero probablemente sea una buena idea que unos cuantos policías se queden aquí por si acaso.

—Sí, pero ahora tenemos que salir de aquí. Me muero de hambre y me niego a comer la porquería que sirven aquí.

—Buena idea. ¿A dónde quieres ir?

—Si en algo se destaca California, es en la comida. Si tenemos que pasar tiempo aquí, comeremos en los mejores restaurantes. Vamos, conozco un lugar estupendo cerca de aquí —dijo Mia.

Localizaron su coche y se alejaron de la fiesta de la playa. Ella no estaba del todo segura, pero todo apuntaba a que esta sería una noche sin muertes.

CAPÍTULO ONCE

Para ser un restaurante de San Diego en una noche de fin de semana, La Palma estaba inusualmente tranquilo. Cuando Ella abrió el menú y vio los precios, se dio cuenta del motivo.

—Dios, ¿trescientos dólares por un filete? ¿De qué está hecho, de oro?

—Es carne de Wagyu. Es el filete más caro del mundo. Tienen que importarlo de Japón —dijo Mia.

Se sentaron en un pequeño reservado al fondo del restaurante donde solo había otros dos comensales al alcance del oído. El local tenía un cálido resplandor rojizo y una suave música de *jazz* llenaba el ambiente.

—No estás bromeando. Podrían hacer viajar a esa vaca en primera clase por esa cantidad.

Mia se rio. Una camarera apareció en su mesa con un dispositivo electrónico para tomar su pedido.

—¿Bebidas? —preguntó.

—Hibiki y Coca-Cola, por favor. Doble —dijo Mia. Ella miró la carta de bebidas, aunque solo quería algo ligero, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo en un lugar como este. La presión social ganaba esta partida.

—Y yo quiero lo mismo, pero simple.

—No hay problema. Volveré a tomar su pedido de comida en breve —dijo la camarera y se fue.

—¿Estás segura de que quieres comer aquí? —preguntó Ella—. ¿Los contadores de la oficina no ponen límites a lo que puedes

gastar?

—Dark, llevo treinta y cinco años en el FBI. Si yo no me he ganado un filete caro, nadie se lo ha ganado. Pero sí, nos ponen un tope de doscientos dólares al día. Tengo que justificar todo lo que he gastado... por las dos. Apuesto a que no lo sabías, ¿verdad?

—No lo sabía. Asumí que simplemente pasabas la tarjeta y dejabas que los administrativos lo resolvieran.

—Ja. Ya me gustaría. Pero no te preocupes, no creo que hayas superado la barrera de los veinte dólares en ninguno de nuestros viajes hasta ahora.

Ella asintió.

—Soy una cita barata.

—Hablando de eso, ¿cómo está ese nuevo chico en tu vida? Me hablaste de él la semana pasada, si no recuerdo mal.

Desde que había llegado, Ella había estado demasiado distraída para pensar en Ben. De repente, sintió una punzada de culpabilidad por haberlo abandonado como lo había hecho. También se dio cuenta de que no le había mandado ningún mensaje desde que llegaron. Otra promesa rota.

—Oh, ¿Ben? Es decir, es genial. Un poco demasiado genial, ¿sabes?

—¿Demasiado genial? No, no sé a qué te refieres.

—Es un joven enérgico y entusiasta. Sumamente adorable. Lleno de vida. Nunca tiene algo malo que decir sobre nada. Y es un atleta profesional. Es todo un poco... vaya.

—¿Entonces? —dijo Mia con cara de confusión—. ¿Y por qué no lo has atrapado como a una trucha? Parece un buen partido.

—Nos hemos visto tres veces, y dos de ellas he tenido que dejarlo por motivos de trabajo. No sé, siento que, si fuera mi novio, sería como tener un tigre exótico y no dejarlo salir de su jaula.

La camarera llegó con sus bebidas y las depositó.

—¿Comida? —preguntó.

—Filete para mí —dijo Mia—. A punto, con patatas y salsa de pimienta.

—Pasta carbonara, por favor —dijo Ella.

—Buena elección —dijo la camarera mientras anotaba sus pedidos en su aparato.

—Lo sé, voy a atiborrarme con carbohidratos.

—Debería tardar unos veinte minutos —dijo la camarera antes de desaparecer.

Mia bebió un gran trago.

—Así que estabas en una cita cuando Edis te llamó a su oficina. Lo sabía porque llevabas un perfume elegante y parecías un poco abatida. Conozco esa mirada cuando la veo. He estado en esa situación muchas veces en el pasado.

La culpa de Ella se intensificó. Aunque estaba afectada por dejar a Ben, su mayor preocupación era por su encuentro con Tobias Campbell. Lo que había quedado claro era que Tobias aún no había divulgado los detalles de su reunión a nadie de su círculo, al menos no todavía. Pero ¿y si la información tardaba unos días en llegar? ¿Cómo reaccionaría Mia, sabiendo que le había ocultado un secreto cuando había tenido muchas oportunidades de decírselo?

Las palabras casi se le salieron de la boca. «Fui a ver a Tobias Campbell». Se imaginó a sí misma diciéndolas, pero Ella no podía imaginar ningún escenario en el que el resultado no fuera que Mia se molestara. Y lo peor era que cuanto más tiempo pasara, más dolida estaría Mia. Esa mujer que había hecho mucho por ella, la había sacado de un trabajo de oficina y le había permitido vivir su sueño de la infancia de perseguir a los delincuentes.

Ella no podía pensar en ello. Era demasiado abrumador. Seguramente algún día se presentaría una solución para que pudiera defraudar a Mia con suavidad.

—Sí, estaba en una cita con él. Pero tuve que abandonarlo así sin más.

—¿Sabes que no tienes que acceder a las peticiones de Edis? Técnicamente sigues siendo una analista de inteligencia. Puedo hacer algunos de estos casos por mi cuenta si alguna vez necesitas un descanso.

Ella lo sabía, pero prefería estar en el campo antes que en cualquier otro lugar.

—No, me encanta estar en el campo. Quiero hablar con Edis sobre hacer esto a tiempo completo.

—Sin dudas él te dejaría hacerlo, pero este trabajo no se adapta bien a las relaciones. Estarías en la carretera al menos una semana al mes, probablemente mucho más. El pobre Ben estaría sentado en casa preguntándose qué haces, y viceversa.

—Sí, sería difícil. No sé. Tengo fatiga de tomar decisiones.

—Si yo fuera tú, atraparía a ese chico en un santiamén. ¿Un atleta profesional? Eso es un sueño. Trabajar unos años y retirarse a los 35. Sin mencionar que debe tener una resistencia impresionante.

Ella se rio.

—Bueno, no lo sé. Solo me siento mal por no poder darle lo que se merece. A veces parece que él y yo somos de dos mundos diferentes. Él es un artista, al descubierto, interpretando un personaje. Mientras tanto, yo trabajo en secreto. Se siente demasiado diferente. —Dio un sorbo a su *whisky* con Coca-Cola, aunque parecía tener mucho más sabor a *whisky*—. Por Dios, esto está fuerte.

—Seguro que sí. —Mia revisó su teléfono—. No hay noticias de Denton todavía.

Ella miró el cuadro que había junto a la mesa. Era un gato hecho de remolinos de colores. No era exactamente arte, pero era lo suficientemente atractivo como para mirarlo. Casi inconscientemente, recordó lo que le había dicho a Tobias sobre que a ella le gustaban los gatos. Había sido un comentario fuera de lugar para cambiar de tema, pero por alguna razón aún podía recordar cada palabra de la conversación que había tenido con él, ya que la había grabado mentalmente y la repetía constantemente.

Las ganas de contarle los detalles a Mia volvieron a surgir. Tal vez fuera la influencia del alcohol. Miró a su compañera, todavía con el teléfono en la mano y decidió hablar.

—Mia, hay algo que tengo que decirte. Algo que tienes que saber. —Le empezaron a picar las palmas de las manos. Su apetito desapareció de repente. ¿Era una buena idea? ¿Precisamente ahora, en este momento?

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa. Yo no te juzgo.

—¿Recuerdas la semana pasada en la que recibí la carta?

Mia levantó rápidamente la mirada de su celular. Sus ojos se abrieron tanto que sus pupilas parecían diminutas.

—¿Lo has hecho? —preguntó—. ¿De verdad?

Ella asintió.

—Lo hice.

—Oh, vaya. ¿Quién es ella?

Ella se volvió a enfocar.

—¿Qué? ¿Ella?

Mia asintió emocionada.

—Sí, la carta para tu padre de aquella mujer.

Entonces se dio cuenta. En el antiguo depósito del padre de Ella, había encontrado unas extrañas cartas escritas a su padre por una mujer llamada Samantha. Había pasado la escritura por un programa de grafología y había localizado a la escritora. Era una mujer de Virginia. Se lo había mencionado a Mia durante su caso en Seattle.

—Oh, sí, lo siento. Te escuché mal. Sí, encontré a la mujer que las escribió. Estoy pensando en hacerle una visita.

Mia llamó a una camarera.

—Deberías hacerlo. Es bueno tener un cierre. Podrías enterarte de algunas cosas sobre tu padre. ¿Quieres otro trago?

—No... gracias. —El momento había pasado. Su coraje desapareció. Ahora no era el momento de decírselo. Desde que llegó a California, Mia se había mostrado frecuentemente receptiva. Ella no quería arruinar la buena relación que tenían.

Y, con suerte, nadie más lo haría tampoco.

CAPÍTULO DOCE

El hombre acercó sus dedos a la llama de la vela y sumergió una por una las puntas de los dedos en la cera. Cuando la cera se endureció, se puso un par de gruesos guantes de látex y sacó un trozo de papel de la mitad de la resma.

Con el papel sobre su escritorio, dibujó su cuadrícula de diez por dieciséis. El código de cifrado estaba grapado en la tabla de madera que tenía delante. Puso el bolígrafo sobre el papel y se aseguró de que su piel no entrara en contacto con el material.

«Estimado editor, soy...».

Necesitaba un nombre. Todos los mejores asesinos en serie se asignaron sus propios apodos, incluido el mismísimo Zodiaco. El Zodiaco ya lo supo hace cincuenta años, y él lo sabía ahora. Solo unos pocos elegidos lo sabían. Nunca esperó que sus crímenes tuvieran tanta repercusión, pero el país entero ya estaba en plena especulación. En pocos días, era un fenómeno mucho más difundido que su homólogo en su época.

Miró alrededor de su estudio en busca de inspiración. En las paredes había reproducciones de todas las cartas del Zodiaco. A estas alturas, se sabía todo el contenido de memoria, pero utilizar uno de los términos propios del Zodiaco facilitaría demasiado las cosas. Junto a ellas se enmarcaban recortes de periódico originales del San Francisco Chronicle de los años sesenta. «LA BÚSQUEDA DEL ZODIACO CONTINÚA», «SE DESCIFRA EL CÓDIGO DEL ASESINATO» eran los titulares más destacados. Encima de ellos estaba la bala, expuesta en una caja negra para exhibirla en todo su

esplendor. Le había costado un buen dinero comprarla del detective retirado que afirmaba que era del primer asesinato del Zodiaco, pero valía la pena.

El hombre dejó el bolígrafo y se dirigió a su computadora al otro lado de su estudio. Durante cinco días, no había hecho otra cosa que actualizar los sitios de noticias y buscar su nombre en los artículos. Volvió a hacer lo mismo, y ahora vio un nuevo titular de última hora en el sitio web del San Diego Union Tribune.

«LA POLICÍA PIDE A LOS PARTICIPANTES DE LA FIESTA QUE ESTÉN ATENTOS».

No pudo evitar reírse, pero le sorprendió que hubieran percibido esta posibilidad. Era claro que alguien del equipo de policía conocía la tradición del Zodiaco, y eso hacía que las cosas fueran mucho más interesantes para él. Leyó el primer párrafo.

«A la luz de un reciente número de homicidios, la policía de San Diego ha aconsejado a los participantes de la fiesta anual de la playa de Coronado que sean precavidos. Al tratarse de un evento que atrae a miles de adolescentes y jóvenes, la policía cree que podría ser un lugar atractivo para que el culpable de los recientes asesinatos pueda buscar más víctimas».

Negó con la cabeza en señal de desaprobación. En primer lugar, alguien del lado opuesto del espectro moral había atado cabos. Intuían que él era un conocedor del Zodiaco y esa persona también conocía las teorías más rebuscadas del Zodiaco. Hacía falta una mente capaz para unir esos elementos tan rápidamente. No era algo que pudiera ser determinado por una rápida lectura de Wikipedia. Alguien había pasado los últimos días repasando las teorías del Zodiaco o ya las conocía. En cualquier caso, eso significaba que iba a divertirse.

Su reflejo le devolvió la mirada en el resplandor de la pantalla.

—Si creen que esta noche voy a recorrer los caminos de esa playa, están muy equivocados, detectives. —No tenía intención de estar allí. Demasiada gente, demasiadas variables incontrolables. Existía la posibilidad de que encontrara una pareja aislada que

esperara tener suerte, pero las posibilidades eran escasas. Prefería la soledad de una tarde entre semana. Justo cuando esas pobres almas pensaban que era seguro disfrutar de alguna actividad explícita... pum. Le encantaba verles el terror en la cara, el conocimiento desgarrador de que su vida estaba a punto de terminar. Al lado de su computadora portátil, recogió su cuchillo de caza de los Marines Reales, todavía recubierto con la sangre de los dos últimos enamorados desafortunados. Aspiró su aroma y se transportó instantáneamente a la escena del crimen, cuando emboscó a esos pobres chicos y los destripó como a peces.

Oh, cómo gritaba esa mujer. Nunca había oído nada igual. Los otros habían muerto tan rápido que no había tenido tiempo de saborear realmente el colocón sexual, pero esa chica... Zoe, según los periódicos, fue especialmente un tipo único de diversión.

Volvió a bajar el cuchillo y buscó en Internet «Asesinatos de San Diego», encontró un sinfín de noticias que hablaban de los incidentes. Finalmente, la infamia. Durante más de treinta años había sido un don nadie, invisible, una cara en la multitud. Todo lo que podía mostrar después de una vida de trabajo duro era un pequeño apartamento que apenas tenía electricidad. Ahora era el momento de llegar a la cima y sembrar el terror en los corazones de millones de personas. Era una sensación de poder como nada más que hubiera sentido en su vida. Por fin, los demás estaban a su merced y no al revés.

Si esta noticia había llegado a todo el mundo, ¿quizás el verdadero Zodiaco pudiera enterarse de ellos? Debe de estar en algún lugar, con ochenta años, pasando sus días en una residencia de ancianos de San Francisco. Tal vez leyera esta noticia y sonriera, sabiendo que su legado había trascendido generaciones.

Era el momento de ponerle un nombre a estos asesinatos y vivir para siempre, como lo había hecho su ídolo.

Se levantó y se dirigió a su pared de trofeos. Allí, examinó los artículos de prensa enmarcados. Un artículo concreto del San

Francisco Chronicle mencionaba que era posible que el Zodiaco hubiera adquirido su apodo de la marca de relojes Zodiac.

El hombre se miró la muñeca. De repente, se dio cuenta. ¿Por qué había tardado tanto en pensar en ello? El Zodiaco original estaba obsesionado con los números dos y tres, y esta palabra hacía referencia a ambos.

—Perfecto —dijo con una sonrisa. Volvió a su escritorio y cogió su bolígrafo.

«Estimado editor, soy Géminis...».

CAPÍTULO TRECE

Ella estaba sentada en la cómoda del motel mirando su computadora portátil. Miró la hora. 01:10. Sabía que debería estar durmiendo, pero sus pensamientos iban demasiado deprisa como para no prestarles atención. El resplandor de la pantalla de la computadora portátil tampoco ayudaba. Su habitación de motel era una doble, por algo que solo podía atribuir a la antipatía innata de Mia por California y, por tanto, al deseo de vivir cómodamente mientras estuviera aquí.

Desde que había llegado, recordó todo lo que pudo sobre el asesino del Zodiaco. Tenía todos los detalles almacenados en su cerebro, pero quería plasmarlos en un formato lineal para organizar sus pensamientos. Si tenía suerte, eso podría darle una pista sobre el próximo movimiento del sudes.

Entre 1968 y 1969, el Zodiaco atacó a seis víctimas en forma de tres parejas. Cuatro murieron, dos sobrevivieron. A todos les dispararon o fueron apuñalados, y los tres ataques tuvieron lugar cerca de masas de agua. El último asesinato confirmado del Zodiaco tuvo lugar en octubre de 1969, pero esta vez disparó y mató a un taxista solitario que lo había llevado. Hasta ahora, su sudes no había seguido en absoluto este patrón lineal, eso era algo que no le cuadraba.

Tras los primeros asesinatos en 1968, el Zodiaco comenzó a provocar a la prensa y a la policía con cartas y mensajes crípticos. El asesino utilizaba una serie de símbolos extraños, algunos de los cuales estaban presentes en las runas de la Edad Media, otros

fueron extraídos de la codificación militar y otros que simplemente había inventado él mismo.

Los expertos en códigos o los aficionados a los rompecabezas tardaron mucho tiempo en descifrar algunos de los códigos del Zodiaco. Sus cartas se pusieron a disposición del público para que ayudaran. En la mayoría de los casos, las cartas se atribuían el mérito de los asesinatos cometidos en los alrededores de San Francisco y amenazaban con llevar a cabo más asesinatos. En una nota, el Zodiaco afirmaba que haría explotar un autobús escolar lleno de niños si sus cartas no se publicaban en los periódicos. El sudes ya había hecho algo parecido al amenazar con una «matanza», el mismo término utilizado también en la primera carta del Zodiaco.

En muchos de sus cifrados, el Zodiaco hacía extrañas referencias a «esclavos para el más allá», pues creía que todas las víctimas que matara se convertirían en sus sirvientes después de la muerte. Esto concuerda con varias creencias religiosas, en particular con las del terrorismo islámico, lo que hace pensar que tal vez el Zodiaco era un fundamentalista que ejercía el terror a menor escala.

Sin embargo, un testigo ocular que vio al Zodiaco justo después de su último asesinato afirmó que era un hombre blanco de mediana edad, con un corte de pelo rasurado y que medía alrededor de un metro setenta y cinco. Durante todo el reinado de terror del Zodiaco, este fue el único testigo ocular que vio su rostro. El Zodiaco también fue visto por una de sus víctimas supervivientes, pero durante el ataque llevaba una extraña capucha de verdugo.

Además de los asesinatos confirmados, se rumoreó que se atribuían al Zodiaco muchos otros, e incluso el Zodiaco se atribuyó muchos más en sus cartas a la prensa. En su último contacto con la prensa, en 1974, afirmó que había acabado con un total de 37 vidas, pero la autenticidad de esto era una cuestión de opinión personal. Ella no lo creía, ya que esa cifra convertiría al Zodiaco en uno de los asesinos en serie más prolíficos que han pisado la tierra.

Las especulaciones en torno a la identidad del Zodiaco continúan hasta el día de hoy, ya que se han barajado más teorías y posibilidades que en ningún otro caso de la historia. No fue hasta diciembre de 2020, cincuenta y un años después de que el Zodiaco enviara un cifrado particular, que finalmente fue resuelto por un investigador aficionado.

La teoría más destacada es que el Zodiaco era un profesor de escuela de San Francisco, un hombre con un historial de conducta sexual inapropiada y un profundo odio hacia las mujeres. Muchas pruebas circunstanciales apuntaban a que era el responsable de los asesinatos del Zodiaco, incluido el hecho de que llevaba un reloj de pulsera de la marca Zodiac; sin embargo, su ADN no coincidía con las muestras encontradas en las cartas.

Al margen de este sospechoso principal, algunos investigadores creían que el Zodiaco era otro infame asesino en serie que había emigrado a Nueva York. Se consideraban sospechosos viables el Unabomber, el Asesino de la Dalia Negra y Bruce Davies, de la Familia Manson.

Ella cerró su computadora portátil y se recostó en su silla. ¿Algo de esta información era importante? ¿O Mia tenía razón y era imposible predecir sus movimientos basándose en hechos históricos? Hasta el momento, no había ninguna noticia de Denton sobre algún incidente en el evento de la playa, lo más probable era que no atacara esa noche. O tal vez había estado merodeando la zona, había visto los coches de policía y había huido. Lo que más importaba era que se salvaran vidas.

De repente, todo se le hizo muy familiar. Rebuscó en los archivos históricos en busca de conexiones mientras trataba de adivinar los siguientes pasos basados en casos antiguos. Hacía solo cuatro meses, Ella había sido requerida en Luisiana para su primer caso, un caso que ahora se conoce entre los investigadores de crímenes reales como el Imitador.

Tobias Campbell había dicho que él y el Imitador habían estado en contacto antes de comenzar su ola de asesinatos, pero teniendo

en cuenta lo que ella sabía de Campbell, no tenía ni idea de hasta qué punto era cierto. ¿Era posible que este asesino se hubiera inspirado en el Imitador, o que incluso hubiera contactado con él directamente? El arte imitando a la vida y la vida imitando al arte.

No había forma de averiguarlo. Juró que no vería nunca más al Imitador, dado que estuvo a punto de morir durante su último altercado con él. Ella le prometió que la próxima vez que lo vería sería en su ejecución y pensaba cumplir con su palabra.

Apagó las luces y se tumbó en una de las camas individuales. Se quedó mirando el techo, y sus ojos cansados evocaron formas extrañas, algunos de los símbolos del asesino, cuadrados blancos y negros. Era casi la una y media de la madrugada y no cabía duda de que Mia llamaría a su puerta dentro de unas seis horas. Cerró los ojos y trató de vaciar su cabeza de los pensamientos recurrentes sobre este asesino. ¿Qué sentiría cuando lo atrapara por fin? ¿Al obtener una confesión de él? ¿Era un delincuente desorganizado y de cuello azul o era un depredador totalmente competente, tal vez el director general de una empresa financiera en busca de un próximo colocón?

No lo sabía, pero momentos antes de quedarse dormida, se dio cuenta de que había una persona ahí fuera que posiblemente ya lo sabía.

CAPÍTULO CATORCE

Ava salió de la carpa y tomó una lata de cerveza del montón. Se subió la cremallera de la sudadera con capucha y abrió su bebida. Caminó unos metros por el camino de tierra y respiró el aire del bosque. Era más limpio allí abajo, mucho mejor que el smog de la ciudad al que estaba acostumbrada.

Justo debajo estaba el embalse de Dixon, una preciosa masa de agua llena de peces exóticos. Durante el día era un lugar de pesca, pero por la noche el ambiente era mucho más agradable. Era el lugar perfecto para pasar un rato a solas con su nuevo chico.

—Cariño —dijo una voz. Peter le puso la mano en el hombro—. ¿Qué haces aquí fuera? Hace más frío que en la teta de una bruja.

—Qué asco. Solo quería ver el bosque de noche. Es una sensación agradable —dijo Ava.

—Es cierto. Todo lo demás parece estar a un millón de kilómetros de distancia. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Claro que sí. ¿Sabes qué deberíamos hacer ahora mismo?

Peter frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Otra vez? Los hombres no podemos continuar como las mujeres.

Ava le dio una palmada en el pecho.

—Eso no, tonto. Deberíamos bajar al lago. A veces hay luciérnagas sobre el agua. ¿Quieres bajar? —le preguntó.

—Claro, voy a tomar una bebida.

Solo llevaban saliendo unas semanas, pero a Ava siempre le parecía que acampar juntos era una forma estupenda de poner a

prueba los cimientos de una relación. Los dos solos y con las mínimas distracciones. Ayudaba el hecho de que la señal telefónica aquí abajo era inexistente.

—Vamos —dijo Peter con una cerveza en la mano—. Puedes ir adelante.

—¿Por qué, tienes miedo?

—No, porque no sé a dónde voy. Y también tengo miedo.

—Lo sabía —dijo Ava—. Dios me libre de pedirte que enciendas un fuego otra vez. —Ella guio el camino hacia abajo por el sendero y entre los árboles.

Peter se rio.

—El fuego es el gran igualador. Nada avergüenza más a un hombre que la incapacidad de encender un fuego, así que voy a lo seguro y lo evito.

—Buen razonamiento —dijo Ava—. Mira, ya puedes ver el lago.

Los árboles se volvieron más densos a medida que la orilla aparecía. Las ramas rotas y las hojas muertas crujían bajo sus pies. Ava saltó sobre una hilera de ortigas. Peter hizo lo mismo, resbalando al aterrizar.

—Lo vi —dijo Ava.

—Lo hice a propósito. ¿Cuál es el plan aquí abajo? No digas que quieres nadar desnuda.

—¿Aquí? El agua va a estar helada. Pero podría ser divertido.

Peter la agarró del brazo.

—Espera.

Ava se dio la vuelta.

—Oh Dios, por favor no digas que te da miedo nadar desnudo.

—No, ¿has oído eso? —Los ojos de Peter tenían una mirada que ella no había visto antes.

—¿Oír qué?

—Sonó como un crujido, y luego un cierre —dijo Peter.

—Pete, estamos en el bosque. Por supuesto que vas a oír crujidos.

Peter miró hacia la dirección por la que habían venido.

—Sonaba como si alguien estuviera revolviendo nuestra carpa. ¿No lo has oído?

—¿Escuchaste a alguien revolviendo nuestra carpa? ¿Desde aquí? No seas ridículo. —Ava le agarró la mano e intentó continuar, pero él la detuvo.

—Hablo en serio. Reconozco ese cierre. Mi billetera está ahí. ¿Y si hay alguien ahí? Solo déjame echar un vistazo y luego me reuniré contigo aquí. Tardaré treinta segundos, como mucho.

Ava levantó los brazos.

—De acuerdo. Hazlo rápido.

Peter se apresuró a subir por el camino de tierra, saltando sobre las ortigas y desapareciendo entre los árboles. Ava se volvió hacia el lago y contempló la vista. Podía oír el sonido de las partículas de agua incluso a treinta metros de distancia. Por encima de ella, los pájaros nocturnos entonaban sus cantos de madrugada. Ava se dejó caer en el suelo y cruzó las piernas, pensando que felizmente podría pasar el resto de su vida aquí. ¿Cómo se puede conseguir una cabaña en el bosque?, pensó.

Entonces Ava se levantó de golpe.

Oyó a Peter gritar detrás de ella.

Pero él no aparecía por ninguna parte.

—¿Pete? —gritó y entrecerró los ojos para ver más arriba en el camino. Apenas pudo distinguir tres metros delante de ella antes de que el camino se desvaneciera en la oscuridad absoluta—. ¿Pete? ¿Me has llamado?

El viento sopló con fuerza. Ava se paró entre un grupo de árboles, rezando para que esta fuera otra de las pequeñas bromas de Peter. Desde el día en que se conocieron, siempre hacía pequeñas y estúpidas cosas como esta. En su primera cita, le envió un mensaje de texto diciendo que no iba a poder ir minutos antes de la cita. Después de que Ava lo maldijera, él apareció detrás de ella. Recordó que le pareció divertido en ese momento, pero cuanto más pensaba en ello, más creía que era una estupidez.

Ava subió por el camino de regreso a la carpa. Ajustó su visión a la oscuridad, y cuando lo hizo, casi se tropezó por el asombro.

—Pete, ¿qué demonios...?

La carpa estaba abierta. Peter estaba tumbado dentro y solo asomaban sus pies. Le faltaba uno de los zapatos. Más allá de la carpa, una ráfaga de pasos hizo crujir el mar de hojas muertas. Ava dio un salto hacia atrás asustada cuando notó que una figura borrosa se había manifestado frente a ella.

Pequeña. De cuatro patas.

Y luego una risa. Peter salió de la tienda de un salto.

—¡Bu! —gritó.

El corazón de Ava casi se le sale del pecho. Se le congelaron los brazos y los hombros por la repentina confusión, la adrenalina y el miedo. Más adelante, un pequeño zorro se alejó de ellos, arrastrando las hojas en el proceso.

—¡Eres un desgraciado! —gritó Ava y le dio una patada a Peter en la espinilla. Él retrocedió—. ¿Qué gracia tiene esto, cretino?

La sonrisa de Peter era radiante.

—¡Te engañé! ¿Ahora quién tiene miedo? —preguntó.

—Por supuesto que estaba asustada. Pensé que estabas muerto, imbécil.

—¿Muerto? ¿Qué me va a matar aquí?

—No lo sé. Animales salvajes. Un ataque al corazón. Cualquier cosa.

Peter extendió los brazos para abrazarla.

—No creo que haya animales salvajes aquí, Ava. Y tengo veintitrés años. No planeo tener un ataque al corazón hasta que tenga al menos veinticinco.

Ava lo apartó.

—No. No quiero abrazarte. Me has engañado. No sé si te has dado cuenta, pero los pequeños trucos como este no me parecen divertidos. Tienes que aprender a conocer un poco el ambiente. —Le tiró la cerveza a los pies. Peter dio un salto hacia atrás.

—Lo siento, cariño. De verdad, solo quería hacer una broma. ¿Sabes? El bosque, de noche. El momento perfecto para asustar a alguien.

—Cállate. Voy a volver al lago y no quiero que me acompañes. Quédate aquí.

Peter entrecerró los ojos.

—¿En serio? Pensé que te reirías.

—¿Te parece que me estoy riendo?

—No lo sé. No puedo verte muy bien con esta luz.

Ava levantó los brazos en el aire y se dio la vuelta. Peter fue a seguirla. Ava le puso la palma de la mano en la cara.

—No te molestes. Quédate aquí. Volveré en veinte minutos y entonces podrás buscar la forma de compensarme.

Peter se hundió de nuevo en una de sus sillas de *camping*.

—¿En serio? —preguntó.

—Sigue soñando —dijo Ava y se alejó.

—No me moveré de esta silla hasta que vuelvas —gritó—. Te lo juro.

Ava lo ignoró. Atravesó las plantas y la vegetación, y se dirigió de nuevo hacia el lago. Cuando perdió de vista a Peter, inhaló y exhaló profundamente, consumiendo el aire fresco y calmando su nerviosismo. Era una pena, pensó. Peter era bueno en todos los demás aspectos; incluso se atrevería a decir que tenía madera de novio perfecto. Pero ¿por qué todos los chicos con los que salía tenían alguna extraña traba inmadura? ¿Por qué no podían ser normales?

La serenidad le despejó la cabeza y la tranquilizó. Ava pensó en el chico anterior a Peter, el que tenía la compulsión de rascarse y hacer que ella lo oliera. Sí, ese sí que fue malo. En comparación, supuso que Peter no era tan malo, pero no había manera de que ella aguantara esas bromas, por muy inofensivas que él pensara que fueran.

Un minuto después, Ava se dio cuenta de que no tenía bebida porque se la había lanzado a su supuesto novio.

—Maldita sea —dijo, volviendo sobre sus pasos. Unos sorbos de alcohol complementarían muy bien la vista del lago, pensó. Volvió a pisar el mismo terreno hasta la carpa y rápidamente encontró los molestos parches de tierra ya familiares.

Cuando llegó, Peter ya no estaba en su silla. Bueno, probablemente había ido a orinar o algo así. Estaba segura de que volvería.

Mientras Ava se inclinaba para tomar otra cerveza del montón, captó algo en su visión periférica.

Peter estaba dentro de la carpa.

Moviéndose. Convulsionando.

—Por el amor de Dios. ¿Y ahora qué?

Se movía como un ratón tratando de escapar de una trampa. Rodaba de un lado a otro, agarrándose el estómago, incapaz de tomar impulso en sus movimientos.

Cuando Ava se acercó, vio la sangre, que era negra bajo la luz de la luna. Su cerveza explotó al caer al suelo.

—¡Peter! —gritó y entró a toda prisa en la carpa. Se arrodilló a su lado y allí pudo ver la profunda laceración que le atravesaba el cuello. La sangre salía a borbotones, haciendo que Peter no pudiera hablar ni gritar. Todo lo que salía de su boca eran gárgaras inhumanas—. ¿Qué demonios? ¿Qué ha pasado?

Ava buscó frenéticamente su celular. Llegó a su bolsa, la abrió de un tirón y sacó todo con furia.

—¿Dónde diablos está mi teléfono?

Las piernas de Peter se agitaron violentamente. Ava se volvió hacia él llorando. Se agachó para abrazarlo y se manchó con su sangre.

—Detrás... de ti...

Ava se levantó de golpe. Peter le había susurrado algo con sus últimas respiraciones.

—Háblame, cariño. Por favor, háblame. —Ella lo soltó, tomó su bolso y lo dio vuelta.

Nada.

El brazo de Peter se levantó. Su dedo índice se extendió. Ava siguió su línea de visión.

Fue entonces cuando vio la figura de pie fuera de la carpa. En una mano tenía su teléfono. En la otra, un cuchillo de carnicero.

Él lanzó el teléfono dentro de la carpa y cayó entre las piernas de Peter.

—De todos modos, no hay señal por aquí —dijo.

CAPÍTULO QUINCE

Estaba de nuevo en la prisión estatal de Maine, de nuevo en la zona roja. Estaba parada entre dos celdas de cristal, esta vez ambas ocupadas. A su derecha, vio a Ken Dark, pero despojado de todo lo que lo hacía su padre. Llevaba un mono naranja y se apoyaba en los barrotes de la celda con lágrimas a punto de brotarle de los ojos. Tenía aquella espesa melena de él, pero su presencia carecía de alma, como si alguien le hubiera arrancado la coraza y eliminado las cosas que lo hacían real.

A su izquierda estaba Tobias Campbell, con esa sonrisa torcida que no había podido borrar de su mente desde la primera vez que la vio.

—Me alegro mucho de que hayas venido, agente Dark. Acércate para que pueda oírte mejor —dijo.

Ella alargó la mano y tocó los barrotes de hierro, la primera línea de defensa entre ella y el monstruo. Cuando los acarició con las yemas de los dedos, los barrotes se desintegraron hasta desaparecer. De repente, no había ninguna protección entre ella y el hombre vestido de blanco.

—Más cerca, agente Dark, tengo algo para ti.

Detrás de Tobias, Ella vio una pequeña mesa con dos sillas a cada lado. Tobias le indicó con el dedo que se sentara junto a él en el escritorio.

—Ella, no te acerques a él —gritó su padre desde su celda—. Te va a matar.

Ella se echó hacia atrás. Aquella voz, profunda pero suave, no la había escuchado en más de veinte años. Pero, como un robot programado para cumplir las órdenes de otra persona, Ella desobedeció la orden de su padre y siguió avanzando hacia el demonio de la celda de enfrente. Ken retrocedió, aceptando la derrota. Ella y Tobias tomaron asiento uno frente al otro.

Entre ellos apareció un tablero de ajedrez, ya con las piezas de Staunton alineadas en cada extremo. Ella tenía las blancas, Tobias las negras.

—Dime lo que tienes en mente, agente Dark —dijo Tobias. Mantuvo la mirada fija en ella, sin desviarla ni un segundo—. Y por favor, las damas primero.

Hacía años que no jugaba al ajedrez, pero solía ser bastante buena. Pasó la mano por encima de las piezas y la posó sobre el alfil. Lo movió en diagonal. Era un movimiento de sacrificio, algo que le daría la ventaja dentro de tres movimientos.

—Estoy tratando con un imitador —dijo Ella—. Del asesino del Zodiaco.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Tobias y adelantó su primer peón.

—Por supuesto —dijo ella—. Está todo. Las víctimas, los métodos, las letras, los símbolos. Tiene que serlo. —Volvió a mirar a su padre, que los miraba fijamente con ojos penetrantes. Ella hizo su siguiente movimiento.

—Hay un cierto halago en la imitación, y sí, probablemente tengas razón. Tu sujeto desconocido está obsesionado con el asesino del Zodiaco, probablemente se cree su sucesor natural. Tu padre te enseñó a jugar al ajedrez, ¿no es así? —Tobias tomó su turno.

—Sí, así fue. Cuando tenía 5 años. ¿A qué se refiere con su sucesor natural? ¿Cómo lo encuentro? —Ella movió su reina.

—A juzgar por tu audaz movimiento de alfil, tu padre te enseñó a ser agresiva de inmediato, ¿no es así? Te enseñó a iniciar con fuerza porque creía que eso proporcionaba una mejor defensa a largo plazo.

—¿Qué? No lo sé. Hábleme de ese asesino —gritó Ella.

—Las viejas costumbres nunca mueren, como dicen. —Tobias movió su peón, capturando el rey inmóvil de Ella—. El jaque mate por un peón. ¿Qué se siente?

Ella miró sorprendida el tablero de ajedrez. Las piezas de Tobias estaban colocadas estratégicamente en el tablero mientras que las suyas apenas habían salido de la posición inicial.

—¿Qué...?

—No te preocupes. Está claro que el ajedrez no es lo tuyo. ¿Qué tal el póker? —Una baraja de naipes apareció en la mano de Tobias. El tablero de ajedrez desapareció. Le lanzó las cartas a Ella—. Tú repartes.

Ella manipuló los naipes de mala gana. Los barajó, dejando caer varios al hacerlo.

—Tobias, no quiero jugar. ¿Qué puede decirme que me ayude?

—Señorita Dark, conocemos la misma información y, sin embargo, soy capaz de llegar a conclusiones a las que tú nunca podrías llegar. ¿Por qué crees que es así?

Ella cogió el último naipе que se había resbalado y lo sostuvo entre el pulgar y la palma de la mano. Era una reacción natural cuando sostenía un naipе, era el efecto secundario de un truco de magia que había aprendido de niña.

—Porque usted y él piensan igual. Tienen las mismas compulsiones, la misma necesidad de poder y gratificación sexual. Para usted, es natural. Para mí, es algo en lo que tengo que pensar.

—Tu padre te enseñó un truco de magia, ¿verdad? —preguntó Tobias mientras señalaba con la cabeza el naipе que tenía en la mano.

—¿Qué? Sí. ¿Cómo pudo...?

—Muéstrame —interrumpió él.

Ella jugueteó con el naipе. Le temblaban las manos. No eran las condiciones ideales para hacer magia.

—No.

Tobias se llevó las manos a la nuca.

—Lo entiendo. En ese caso, me reservaré mis pensamientos para mí mismo.

Sin pensarlo, Ella colocó el naipe entre los dedos índice y corazón y fingió que lo lanzaba por la habitación. Al sacar el naipe, lo agarró con el pulgar, ocultándolo de la mirada de Tobias tras el dorso de la mano. Captó su mirada, esperando que se desviara momentáneamente hacia el otro lado de la habitación.

No lo hizo. Su mirada estaba firmemente plantada en la mano de ella, lo que no le dio la oportunidad de dejar caer el naipe en su regazo.

—Una simple palma y un regazo fallido —dijo Tobias con un movimiento desaprobatorio de la cabeza—. Pasa la baraja hacia aquí.

Ella no quería hacerlo, pero fue incapaz de controlarse. Empujó la baraja hacia el lado de la mesa de Tobias. Él sacó un naipe y lo sostuvo entre el pulgar y el índice, luego lo tomó con la otra mano. El naipe desapareció de la vista y luego volvió a aparecer en la mano original.

—El cerebro humano es muy sencillo de engañar. Estamos predispuestos a eventos lineales, patrones, repeticiones. Mientras miras una mano, te pierdes lo que pasa en la otra.

Desde el lado de la mesa de Ella, parecía que Tobias estaba haciendo desaparecer un naipe y luego sacando otro de la nada. En realidad, era el mismo naipe cada vez. Tobias se detuvo y señaló el naipe con la mano izquierda.

—Se llama explotación de reconocimiento de patrones, y una vez que has establecido ese patrón, la única manera de engañar a los espectadores es romperlo.

—Yo sé esto. Conozco el concepto de distracción —dijo Ella—. Es un principio básico de la psicología. ¿Cree que no entiendo cómo lo hace?

—Claro que lo entiendes —dijo Tobias—, es muy sencillo. Pero lo que sucede después es cuando las cosas se ponen interesantes. —El

naipe de su mano derecha se desvaneció, luego abrió la palma y la mostró vacía. El mismo naipe apareció en la otra mano.

Esto tomó a Ella por sorpresa. No sabía cómo lo había hecho, pero no iba a admitirlo.

—Tu sujeto desconocido ya ha establecido un patrón. Es el Zodiaco, y a estas alturas, sabe que tú también lo sabes. Entonces, ¿qué crees que hará a continuación?

Ella no lo sabía. Ya se había hecho esa pregunta innumerables veces.

—Es imposible saberlo. ¿Cómo se puede saber? Ha matado a una mujer sola, a una pareja y ha secuestrado a alguien. ¿Cómo podría predecir lo que hará a continuación?

Tobias suspiró y cerró los ojos. Golpeó la mano sin naipe sobre la mesa e hizo que Ella diera un salto hacia atrás, asustada.

—Porque te lo acabo de decir —dijo con calma. En la otra mano, el naipe volvió a desaparecer. Cuando levantó la palma de la mano de la mesa, el naipe había regresado—. Cuanto más cerca mires, menos verás, y eso le facilita las cosas a este sujeto desconocido. ¿Lo entiendes?

Ella ya estaba harta. Golpeó la mesa con los puños.

—¡No, no lo entiendo! —gritó—. ¿Por qué no se deja de tonterías y me lo dice? No tengo tiempo para sus jueguitos. Hay gente muriendo ahí fuera y todo lo que usted hace es hablar de estúpidos trucos de magia. ¡Solo dígame lo que necesito saber para poder salir de aquí!

Tobias se echó a reír.

—Oh, querida, ¿te he alterado?

Ella se levantó de un salto, derribando la mesa y la silla.

—Te lo dije, agente Dark —continuó Tobias—. Mientras miras a una mano, te pierdes lo que pasa en la otra. Una cosa es la distracción, pero la explotación de patrones es completamente diferente. Ya sabes que este sujeto entiende la condición humana en un alto grado. Ha establecido su patrón imitando al Zodiaco, dirigiendo tu atención exactamente donde él quiere. ¿Entonces qué?

Tardó unos segundos en darse cuenta.

—Va a desviarnos —dijo Ella—. Va a atacar en algún lugar que no esperábamos que lo hiciera. Ha dirigido a todos los policías a una zona mientras ataca en otro lugar.

—Oh, sí. ¿Y de quién es la culpa? ¿Qué genio dirigió a todos esos oficiales hacia esa área confinada?

¿Cómo lo hizo? ¿Cómo sabía esa información Tobias Campbell? Empezó a darse cuenta de que estaba en un reino más allá de la realidad, en un sueño lúcido, quizás. E incluso allí, este monstruo retorcido seguía siendo capaz de hacerla sentir más inadecuada que nadie en su vida. Años, no, décadas de investigación hasta niveles obsesivos y ella no podía llegar a superarlo. Si pudiera aprovechar las habilidades de él para su propio uso, habría una posibilidad de resolver este caso antes de que se perdieran más vidas.

Ella miró a su padre, que seguía observándolos impotente a través de los barrotes.

—Ah, y no te preocupes por tu amiguito de ahí —dijo Tobias—. Yo lo cuidaré. Hace años que no me dan un compañero de celda.

Ella se apresuró hacia la salida de la zona roja y golpeó la puerta para que alguien la dejara salir. No vino nadie. Detrás de ella, los pasos de Tobias resonaban en el suelo de piedra. Ella se apretó contra la pared para mantener la distancia, pero Tobias se dirigió a la celda de Ken.

Él se volvió hacia Ella, todavía con el naípe en la mano. Lo hizo desaparecer y en su lugar apareció una caja de cerillas. Ella volvió a golpear la puerta y pulsó el botón, tenía la esperanza de que alguien la sacara de su estado de sueño.

—¿Le diste mis saludos a la agente Ripley? —preguntó Tobias, ahora con una caja en llamas en la mano.

Ella no dijo nada.

—¿No? Pues esto es para ella. —Metió la mano entre los barrotes de hierro y empujó la caja a través de los agujeros del cristal, convirtiendo la celda de Ken en un infierno ardiente. Por segunda vez en su vida, el cadáver de su padre yacía frente a ella.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ella se despertó con el sonido de unos golpes. Se incorporó de un salto en la cama del motel, todavía con la misma ropa del día anterior. El reloj marcaba las 07:11.

Esto no era la zona roja, ni la prisión Estatal de Maine. Estaba a salvo en un edificio seguro, lejos de Tobias Campbell, pero después de aquel sueño, se sentía más vulnerable que nunca. Se levantó de la cama y se apartó el pelo de la cara. Se lo ató con el coletero de la muñeca. Los detalles de su sueño tardaron unos segundos en aflorar a su conciencia. No podía recordarlo con detalle, solo recordaba que Tobias había mencionado algo sobre una distracción y la explotación de un patrón.

Pum, pum, pum.

Ella se sacudió para despertarse y se dirigió a la puerta. Miró a través de la mirilla. Mia. Abrió.

—Ripley, buenos días —dijo, mientras se frotaba los ojos para quitarse el sueño.

Mia ya estaba vestida y maquillada. Llevaba un pantalón de vestir negro y una chaqueta con una camiseta blanca debajo.

—Buenos días, Dark, pero me temo que no son buenos.

—No digas lo que creo que vas a decir.

Mia pasó junto a Ella y entró en su habitación. Se sentó en la silla de la cómoda.

—Tenías razón en una cosa; nuestro asesino atacó de nuevo anoche.

Ella cerró la puerta y la siguió, sentándose en el borde de la segunda cama.

—Oh, Dios. ¿Tienes los detalles? ¿Fue en la playa? —preguntó.

—No, no lo fue. Mató a una pareja que estaba acampando en el bosque cerca del embalse de Dixon, a unos ocho kilómetros.

Ella hundió la cabeza entre las manos. De repente, las palabras de Tobias resonaron con claridad en su mente. Todo volvió a brotar como un recuerdo perdido recuperado mediante hipnosis.

—Mierda, debería haberlo sabido. Debería haberlo imaginado.

—Un chico y una chica jóvenes, ambos de 23 años. Los cazó en medio del bosque y los apuñaló a ambos. Según el oficial que está en la escena, es una carnicería.

Ella se sentó erguida y apretó las manos.

—Ripley, ¿cómo no pudimos ver esto venir? Este tipo nos tiene en sus manos. Con nuestra experiencia, ¿cómo no pudimos predecir esto?

Mia parecía confundida.

—Dark, siempre haces esto. Constantemente te culpas por las acciones de psicópatas desquiciados. Nadie en este mundo podría haber predicho que atacaría en ese lugar en esa fecha. El asesinato es aleatorio. Los asesinatos en serie son aleatorios.

Si su subconsciente servía como referencia, había una persona que lo sabía, pensó Ella. Quería contarle lo que había soñado, pero no quería que Mia pensara que estaba loca.

—Está jugando con nosotros. Nos ha distraído a propósito. Miré demasiado de cerca y no pude ver el bosque a través de los árboles.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mia mientras revisaba su teléfono—. Denton está a punto de enviarme las coordenadas de la escena del crimen y luego nos pondremos en marcha.

—Este asesino obviamente se inspira en el Zodiaco, y a estas alturas, sabe que somos conscientes de ese hecho. Así que sabía que íbamos a buscar en esa fiesta basándonos en los crímenes del Zodiaco original. Todo lo que tenía que hacer era atacar en otra parte mientras nosotros estábamos concentrados en ese lugar. Pensé

que estaba siendo inteligente al predecir su siguiente paso, pero me engañó, y lo hizo de forma muy fácil.

La cara de Mia tenía una expresión de agotamiento y Ella no pudo evitar igualarla a causa de su pura frustración.

—Novata, ¿estás hablando en serio? ¿Qué teníamos que hacer? ¿Vigilar todas las playas, lagos y bosques de California? No hay suficientes policías en el mundo para eso. Nada de lo que pudiéramos hacer yo, tú, o cualquier otra persona podría haber detenido esto. ¿Cuántas veces te he dicho que dejes de culparte por cada una de las víctimas que nos llegan?

—Soñé que hablaba con alguien —exclamó Ella. No quería decirle su nombre a Mia. Rápidamente, se le ocurrió una mentira piadosa—. ¿Te acuerdas del asesino imitador de Luisiana? ¿El imitador? Me dijo que nuestro sudas nos desviaría. Me lo expuso todo. ¿Por qué él pudo verlo y yo no?

El teléfono de Mia sonó. Lo revisó.

—Entramos en acción. Y novata, los sueños son tus vías neuronales haciendo conexiones. Son una manifestación de tus pensamientos subconscientes. No fue el imitador quien te lo dijo. Tú ya lo sabías. Probablemente estabas tan agotada que tu mente racional no hizo la conexión. No necesitas que te lo diga.

Ella lo sabía, pero eso no hacía que los hechos fueran más fáciles de digerir. Se recompuso, necesitaba ver la nueva escena del crimen por sí misma. De alguna manera, pensó, podría acercarla a la comprensión de este sudas.

—Dame unos minutos y estaré lista —dijo.

—De acuerdo. Esperaré abajo.

* * *

Se adentraron en el bosque de Dixon todo lo que pudieron y recorrieron el resto del camino a pie. Poco después de las 8:30, llegaron a una escena de pesadilla que parecía sacada de un mal

viaje de ácido. Ella podía ver la sangre y los órganos a quince metros de distancia, lo que provocó que un rápido chorro de bilis le llegara a la garganta.

Dos oficiales uniformados se encontraban ante la cinta amarilla que rodeaba un grupo de árboles. Mia mostró su placa y uno de los oficiales levantó la cinta para que ellas pasaran. En la base de una secuoya, toda la escena cobró vida en su espantosa gloria. La mano de Ella instintivamente se tapó la boca y la nariz para evitar el mal olor.

—Necesitarán esto —dijo el oficial Denton, apareciendo entre un grupo de técnicos enmascarados. Les entregó mascarillas y guantes de látex—. Es bastante malo, agentes.

Ella se puso el equipo de protección antes de ver a Mia guardarse la máscara en el bolsillo con una mano cubierta de látex.

—¿No la usarás? —preguntó Ella.

—No la necesito. La muerte huele siempre igual. ¿Qué tenemos? —preguntó Mia a Denton.

Se pusieron el equipo y se dirigieron hacia los cuerpos.

—Ava Jones y Peter Cromwell. Ambos de veintitrés años. Encontramos sus identificaciones en sus billeteras. Estuvieron acampando aquí anoche. Según los forenses, llevan muertos unas siete horas. Eso supone que la hora de las muertes fue entre la una y las dos de la madrugada.

—¿Quién lo reportó? —preguntó Mia—. Es un lugar bastante aislado.

—Un paseador de perros los encontró esta mañana. Lo hemos investigado. Está limpio.

La carpa gris estaba hecha jirones. Dentro yacían dos cuerpos uno al lado del otro, ambos con mutilaciones que los hacían irreconocibles. A los pies de Ella había una pila de latas de cerveza junto a unas sillas de *camping*. Esta breve visión de la vida de la pareja llenó a Ella de una combinación de frustración y desconsuelo. Probablemente solo eran jóvenes enamorados en busca de aventuras, pero acabaron encontrándose a merced de un maniaco

sádico en busca de su próximo colocón. Era un pensamiento demoledor.

Ella cerró los ojos y trató de apartar esos sentimientos. Se inclinó para inspeccionar a la primera víctima, Ava Jones, que estaba tendida sin pantalones y con la sudadera con el cierre abierto. Por el agujero donde debería estar el estómago, salían los intestinos y le llegaban hasta las rodillas. Le habían lacerado la garganta y la sangre seca empapaba toda su mitad superior. En la boca abierta, Ella vio un charco de sangre, todavía acuoso, que brillaba a la luz del sol.

—Pero qué locura —dijo Mia, apareciendo a su lado—. Está evolucionando. Menos puñaladas, pero más brutalidad. Y un obvio móvil sexual dado que le ha quitado algo de ropa a Ava. No puedo ni imaginar por lo que han pasado estos dos.

Ella dirigió su atención a Peter. Todavía estaba vestido, pero las intensas laceraciones eran visibles a través de sus vaqueros y su camiseta. Ella contó seis puñaladas en los muslos y cuatro en el estómago. Sin embargo, el corte más importante estaba en la garganta de Peter. Había un agujero de dimensiones abismales, y la garganta había sido desgarrada desde dentro.

—Tiene que ser una broma —dijo Ella—. Le ha arrancado la garganta a la víctima a través del cuello. Esto es pura exageración. Mucho más brutal que todo lo que hizo el Zodiaco. ¿Qué le está pasando a este tipo?

—Progresión. Experimentación. Ahora le gusta matar. Se ha dado cuenta de lo mucho que lo disfruta, así que está llevando las cosas un poco más lejos. Lo que me preocupa no es la brutalidad, sino cómo lo ha logrado.

—Agentes —interrumpió Denton—, encontramos algo bastante extraño cuando llegamos a la escena.

Ella y Mia se levantaron y se alejaron de la carpa.

—Ni que lo digas —dijo Mia—. Todo esto es extraño.

Denton pareció ignorar su comentario. Levantó una bolsa de plástico con unas tijeras en su interior. Debajo de la sangre seca

había un indicio de acero inoxidable sobre mangos negros.

—¿Tijeras? —preguntó Ella—. Eso es nuevo. Completamente único para este asesino.

Mia tomó la prueba de Denton y la sostuvo a la luz del sol.

—Estas son tijeras de jardín. Muy afiladas, pero le costaría mucho trabajo causar todo este daño solo con estas. ¿Las dejaron dentro de la carpa?

Denton se apartó el poco pelo que le quedaba.

—No del todo. Las encontramos en las manos de la víctima femenina.

—¿Qué? ¿Las tenía en la mano? —preguntó Mia.

—Sí. Los técnicos las revisaron y había rastros de poliéster en ellas. Un poco raro, ¿no?

Ella se volvió hacia los cuerpos de nuevo, tratando de imaginar un escenario que implicara el uso de unas tijeras por parte de la víctima.

—¿Ava trató de escapar de la carpa cortándola, tal vez? ¿Podría haberla tenido como rehén allí? Sabemos que primero incapacita al macho, así que tal vez una vez que Peter quedó fuera, jugó con ella antes de matarla. —Pensar en ello la hizo palidecer de espanto.

—Según los técnicos, es casi seguro que esas heridas fueron infligidas con un cuchillo de carnicero —dijo Denton.

—A juzgar por los cortes irregulares y las salpicaduras de sangre, no concibo que sea otra cosa —dijo Mia—. Solo estoy tratando de reconstruir cómo ocurrió todo esto. ¿Y cómo pudo encontrar a esta pareja?

—Pura suerte, supongo —dijo Denton—. La gente acampa aquí todo el tiempo.

Ella se alejó de la carpa y miró hacia el lago lejano, pero todo lo que podía ver en su mente eran los dos enamorados muertos. Reconstruyó la escena, imaginando el tormento al que fueron sometidos simplemente porque se atrevieron a aventurarse hacia el exterior. Una vez más, la sensación de fracaso se apoderó de ella. Tal vez si no hubieran estado tan concentrados en una zona, algunos

agentes de patrulla podrían haber atrapado a quien lo hizo en el acto. Si no encontraban pronto a este sudes, ¿quién sabía de qué sería capaz después?

—Deja de pensar que fue tu culpa, novata —dijo Mia. Le puso la mano en el hombro—. No hay nada que pudiéramos haber hecho para evitar esto. No somos responsables de las acciones de estos monstruos. Solo tenemos que reaccionar ante su locura. A menos que puedas leer mentes, esto era inevitable.

Ella lo había escuchado cientos de veces, pero, aun así, nunca le servía de consuelo.

—Pero sí leemos las mentes, Ripley. Se supone que debemos meternos en sus cabezas, entenderlos, intervenir y detener tragedias como esta. Cada vez que un nuevo cadáver llega a nuestras manos, la culpa es nuestra, ¿no?

Mia exhaló profundamente por la nariz.

—No, Dark. Esto no funciona así. Si no puedes entender eso, entonces tienes que decidir si realmente quieres hacer este trabajo o no. Y si me preguntas a mí, lo estás haciendo muy bien; solo necesitas entender que no puedes salvar el mundo. —Se marchó y dejó a Ella mirando el lago. Miró hacia atrás y vio que los técnicos forenses habían regresado a los cadáveres.

Dos nuevas víctimas. Todavía no estaban ni cerca de atrapar a este sudes, ni siquiera de entenderlo. Ella solo esperaba que aquí hubiera algo que insinuara quién estaba haciendo esto. El Zodiaco evadió la detección durante cinco décadas y este criminal era todo lo que el Zodiaco era y más. ¿Y si su legado seguía el mismo camino?

Había una infestación en su cerebro, de palabras y condenas.

«La elaboración de perfiles criminales no es más que una palabrita de moda utilizada por aquellos que tienen demasiado miedo a ensuciarse las manos».

«Para alguien que estudia la supuesta mente criminal, sin duda hoy has hecho algunas malas deducciones».

El sonido de un teléfono resonó en el bosque y apagó brevemente los reproches que aterrorizaban sus pensamientos.

Denton rebuscó en sus bolsillos y encontró la fuente. Contestó y se alejó de la escena.

—Dark, ven aquí —gritó Mia. Ella volvió a subir el sendero a zancadas—. No estamos viendo algo. ¿Qué es? —preguntó Mia.

Ella pensó en todo el asunto. Dos víctimas. Un exceso de brutalidad. ¿Qué más?

—¿Un *modus operandi* claro?

Mia se puso las manos en las caderas y miró hacia arriba y abajo por el camino del bosque.

—No. No ha dejado su marca. Hasta donde sabemos, esto podría ser un acto de violencia al azar de un sudes completamente diferente.

Entonces se dio cuenta.

—Tiene que atribuirse el mérito de esto —dijo Ella—. Aquí estaba solo. No necesitaba apresurarse. Seguramente debería haber dejado su firma.

—Correcto.

Denton regresó de entre los árboles todavía en medio de una conversación. Se despidió rápidamente y volvió con las agentes. La expresión que tenía en el rostro decía que había un avance.

—Damas, esto no es todo. Tenemos algo más.

—Somos todo oídos —dijo Mia.

—El San Diego Tribune acaba de recibir algo en el correo. Otra carta. Y un paquete.

Ella echó un vistazo rápido a la víctima masculina. Los frenéticos ataques del asesino habían reducido su camiseta a tiras. Instintivamente, supo lo que Denton iba a decir.

—Envío por correo algunas de las ropas ensangrentadas de Peter, ¿no es así? —preguntó Ella.

—Acertaste en el primer intento. Vamos, tenemos que hablar con los periodistas del Tribune.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ella se quedó asombrada al comprobar que la redacción del periódico no solo había recibido una carta del asesino, sino que se había publicado en internet inmediatamente. Ella miró su teléfono y volvió a leer la nota de prensa. Una redacción mínima, solo una foto de la ropa ensangrentada, la carta y una transcripción completa.

—¿Saben que estamos yendo? —preguntó Ella desde el asiento del acompañante.

—No, pero eso no nos detendrá —dijo Mia.

«Estimado editor, soy Géminis. Gracias por publicar mi mensaje anterior en su totalidad, y ahora confío en que tengamos un entendimiento mutuo. Cada vez que reciba una carta mía, publicará el contenido inmediatamente. El no hacerlo resultará en un exceso de muertos para que los mezquinos de azul deban limpiar. Mi sed nocturna de sangre se desborda a mis días y ahora es imposible detenerme. Ya no es un deporte para mí, el acto de matar ahora es una compulsión que no puedo controlar. Esta noche acabaré con más vidas, aunque aún no sé quién ni dónde».

A continuación, había otro cifrado en el que se utilizaban muchos de los mismos símbolos, pero algunos adicionales, según observó Ella. Poco después de las 10 de la mañana, se detuvieron en un estacionamiento frente a las oficinas del San Diego Union Tribune. Era un rascacielos de cristal en el corazón de San Diego, o el corazón de las tinieblas, como Mia lo había llamado varias veces durante el

trayecto. Antes de salir del coche, Mia sacó su pistola, quitó el cargador y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Ella. Mia tenía el rostro impregnado de furia.

—Hay dos cosas que odio, novata. California y los periodistas. Uno de los imbéciles de ese edificio acaba de ofrecer a un asesino en serie una plataforma nacional para divulgar su basura, sin consultarnos primero. Cuando lo conozca, me veré tentada a meterle una bala.

Ella asintió con un gesto de comprensión.

—Tiene sentido. Se hace llamar Géminis. Otra referencia al Zodiaco. Primero, es un...

—Olvídate de eso por ahora. Tenemos que encontrar al imbécil que aprobó la publicación de eso —interrumpió Mia. Cruzaron la concurrida calle y entraron en las oficinas del periódico a través de una gigantesca puerta giratoria. El vestíbulo estaba compuesto por paredes y suelos de mármol blanco cegador, pulido a la perfección—. Por Dios, parece que el sol es tan solo la segunda cosa más brillante del universo —dijo Mia mientras se acercaban al mostrador de recepción.

En cualquier otra circunstancia, Ella se habría reído. Una recepcionista de pelo rubio acudió corriendo desde una vitrina que estaba puliendo y se colocó detrás del mostrador.

—¿En qué puedo ayudarles?

—FBI. Tenemos que hablar con el editor ahora mismo. —Mia mostró su placa y Ella la siguió.

La recepcionista comprobó algo en su computadora.

—Lo siento, el Sr. Carter está reunido hasta el mediodía. ¿Quieren volver...?

—No, no me gustaría volver más tarde. Lo siento, cariño, pero somos del FBI. Esto es más importante que cualquier cosa de la que tenga que ocuparse tu editor.

La recepcionista le sostuvo la mirada a Mia por un momento.

—De acuerdo. Déjeme consultarlo. Está en una oficina lateral aquí abajo. —Se acercó a una puerta de cristal que había detrás de ellas y pasó un token para abrirla. Ella miró por dónde iba.

—¿Puedes creer a esta estúpida? —preguntó Mia—. Por eso tuve que quitar mi cargador.

Unos segundos más tarde, la recepcionista asomó la cabeza por la puerta de cristal, claramente tratando de mantener una distancia segura.

—Lo siento mucho, pero dice que...

—Al diablo con esto —dijo Ella, heredando la frustración de Mia. Se dirigió furiosa hacia la recepcionista, abrió la puerta de un tirón y entró en el pasillo. Mia la siguió.

—¿Perdón? No pueden entrar ahí. Voy a llamar a seguridad —gritó la recepcionista tras ellas. La ignoraron. A ambos lados, varias puertas daban acceso a amplios despachos y las mamparas de cristal dejaban ver a sus ocupantes sin necesidad de intromisión. Ella se asomó a la sala donde la recepcionista había metido la cabeza.

—Aquí —dijo Ella. En el interior, una quincena de hombres y mujeres trajeados estaban sentados alrededor de una larga mesa blanca y todos contemplaban un gigantesco monitor situado en el extremo de la sala.

Mia traspasó la puerta sin preocuparse. Naturalmente, todas las miradas de la sala se posaron sobre ella.

—¿Quién de ustedes es Carter? —preguntó con un tono vigoroso.

Las miradas de los espectadores delataron la identidad del hombre, ya que muchos de ellos miraron al hombre a los pies de la mesa.

—Yo lo soy —dijo el hombre mientras se subía las mangas de la camisa. Era de estatura baja, tenía el pelo engominado y las cejas marcadas—. Disculpe, pero ¿quién es usted para venir a irrumpir aquí? Estamos en una reunión.

—Ya no lo están. —Mia mostró su placa del FBI—. Venga con nosotros. Tiene que dar algunas explicaciones.

* * *

La cara de Raymond Carter brillaba con un color rojo intenso. Incluso detrás del bronceado falso, su vergüenza era evidente incluso para el espectador más despistado.

Ella y Mia habían llevado a Raymond a la sala de reuniones adyacente, lejos de las miradas perplejas de los extraños con traje. Sin embargo, Ella estaba segura de que algunos de ellos intentaban escuchar a través de la pared. Las agentes se sentaron frente a él en una pequeña mesa blanca.

—¿Tienen idea de lo mucho que me han avergonzado? Esos hombres de ahí dentro eran ejecutivos de Apple. Voy a demandarlas hasta que se cansen.

Raymond Carter era la definición de una persona despreciable, pensó Ella. Llevaba el pelo castaño engominado, tenía ojos pequeños y dos botones desabrochados en su camisa de rayas. De él goteaba tanta arrogancia como sudor de su frente. Su voz tenía un tono británico. Nacido en Inglaterra, criado en California, pensó ella.

—Sí, eso dicen todos. No se puede demandar al FBI, campeón. Nuestras necesidades son más importantes que la basura de la que usted hablaba allí —dijo Mia.

Raymond se quedó mirándose la yema del pulgar para no darle a Mia la satisfacción.

—Señor Carter, esta mañana ha publicado una noticia que contenía un mensaje de un asesino en serie activo. —Esta vez Ella decidió tomar el control de la conversación antes de que Mia dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Sí, lo hice. Yo di el visto bueno. ¿Quién pregunta?

—Nosotros se lo preguntamos. Debe consultarnos antes de publicar cualquier cosa que esta persona le envíe. Usted está

poniendo en peligro vidas y le está dando a un psicópata narcisista la atención que anhela.

Raymond se rio y golpeó el escritorio con los dedos.

—Lo siento, señora, pero puedo publicar lo que quiera, ¿de acuerdo? ¿Creen que no voy a publicar algo que me pide un asesino? No soy estúpido. Si no lo hago, podría venir a buscarme. Mejor ellos que yo. ¿Y cómo estoy poniendo en peligro vidas? Las estoy poniendo en peligro si no lo publico.

—No, es solo una amenaza para que le den lo que quiere —dijo Mia—. Esta persona va a asesinar independientemente de que se le publique las cartas o no. Estas son piezas de evidencia en un caso de asesinato y deben ser tratadas como tal. No son carne de explotación para aumentar sus ventas.

Raymond hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Bueno, a juzgar por los clics que obtuvimos, yo diría que eso es exactamente lo que es. Ya hemos ganado siete cifras con sus mensajes. Todos me han llamado por teléfono esta mañana. Coco Chanel, Microsoft, Home Depot, todos ellos suplicando por un espacio publicitario en la misma página. Clink, caja.

—Si vuelve a publicar una de sus cartas sin consultarnos antes, lo arrestaremos —espetó Mia—. Y ese dinero no servirá de nada en la cárcel, ¿verdad?

—Sí, da igual —dijo Raymond y miró por la ventana junto a él.

—¿Cómo llegan estas cartas, señor Carter? ¿En el correo?

Raymond se rascó la nuca. Era evidente que se resistía a revelar más información.

—No, en realidad no. No tienen sello. Las dos que hemos recibido fueron introducidas por nuestra ranura de correo.

Ella dirigió una mirada de sorpresa a Mia, pero no le devolvió el gesto. Estaba demasiado ocupada controlando sus reacciones ante este tipo, pensó.

—¿Las está entregando en mano? —preguntó Ella—. Eso significa que estuvo aquí, justo en la puerta de su edificio.

—Bueno, no —dijo Raymond—. Nuestro buzón es una caja grande en el lateral del edificio. No está en la puerta principal.

—De todas formas, las cámaras de seguridad podrían haberlo captado —dijo Ella.

—Me temo que no. Algunos de nuestros periodistas de investigación se apresuraron a comprobarlo. Esta historia los ha entusiasmado enormemente. Las cámaras no captan la ranura del correo y quienquiera que haya hecho esto parece saberlo. Una locura, ¿no? —Una sonrisa se formó en los labios de Raymond, pero la borró rápidamente. Parecía disfrutar con este juego de la muerte.

Mia se levantó de la silla y, por un segundo, Ella pensó que iba a cruzar la mesa y le quitaría a Raymond el bronceado de la cara a bofetadas. Por suerte, no lo hizo.

—Instalaremos cámaras alrededor de la ranura del correo —dijo Mia—. Discretas, desde múltiples ángulos. Si llegan más cartas, usted nos llamará de inmediato, ¿entendido? —Mia lanzó una de sus tarjetas de presentación sobre la mesa.

—Sí, de acuerdo, claro. ¿Ahora por fin me dejarán? Me gustaría decir que fue un placer.

—Oh, no sea tan optimista —dijo Mia—. La agente Dark y yo necesitamos ver estas cartas con nuestros propios ojos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

En el despacho vacío, Ella echó un vistazo a los objetos que había sobre la mesa.

Una carta, dos cifrados, dos sobres y una pieza de ropa ensangrentada en una bolsa de plástico. Ella, Mia y Raymond estaban de pie a su alrededor.

—Esto es todo lo que tenemos —dijo Raymond.

—¿Y no pensaron en dar esto inmediatamente a la policía?

—preguntó Mia, señalando hacia la ropa embolsada.

—Iba a hacerlo, eventualmente —dijo Raymond.

Mia levantó la palma de la mano en su despacho, como si dijera «sal de mi vista».

Para Ella, fue como transportarse en el tiempo. Las cartas eran casi idénticas a las del Zodiaco. Papel A5, letra inclinada, texto negro, cuadrículas perfectamente simétricas. Si pusieran las cartas del Zodiaco al lado de las del ahora llamado Géminis, sería difícil creer que no estaban escritas por la misma mano.

—Bien, ¿qué opinas de esto, Dark?

Ella examinó el primer cifrado. Una cuadrícula de diez por dieciséis que ya había sido descifrada.

—Su primera correspondencia fue un mensaje críptico. Ninguna carta directa. Eso significa que quería que los juegos comenzaran de inmediato.

—Eso, o quería destacar entre las demás confesiones de asesinato que la prensa recibe. —Mia miró a Raymond—. Reciben muchas, ¿verdad?

—Oh, sí. Todas falsas. Buscadores de atención.

—¿Qué hizo que le prestaran atención a esta?

—La falta de un sello y el hecho de que uno de nuestros periodistas dijo que reconocía los símbolos.

—Otro de los locos por el Zodíaco, Dark. ¿Puedes ir a buscar a la persona? —preguntó Mia. Raymond salió de la habitación sin responder.

—Pero con la segunda correspondencia, manda una carta escrita simple y un cifrado.

—Bueno, ha dicho bastante en ese mensaje escrito, así que probablemente no quería frenar su impulso. Si alguien tardaba en descifrar su código, el frenesí que lo rodeaba podría apagarse. Para un tipo como este, eso sería un verdadero golpe bajo.

—En esta, ha deletreado «mensaje» como «menseje». En la primera carta, lo ha escrito correctamente —dijo Ella.

—Y mira «matado» en el primer mensaje. En ambas ocasiones, usó doble «t». En la nueva carta, lo escribió perfectamente.

—El Zodíaco original escribía mal las palabras a propósito. Quería dar la impresión de que no era inteligente para despistar a la policía. ¿Este tipo podría estar haciendo lo mismo?

—Es una posibilidad —dijo Mia.

Ella miró el nuevo cifrado, mucho más pequeño que el primero. Algunos de los mismos símbolos estaban presentes; el medio círculo coloreado, el triángulo, la «K» y la «P» al revés. Pero también había algunos nuevos, incluyendo medias lunas y el propio símbolo del asesino.

—En este no dice mucho —dijo Mia.

—Lo sé, pero ¿qué está diciendo?

La puerta del despacho se abrió suavemente y entró un joven caballero. Pelo negro azabache, gafas gruesas, pantalón ajustado. Parecía tener veintiún años.

—¿Sí? —preguntó Mia—. Estamos ocupadas.

—Oh, siento interrumpir. Mi nombre es Mike Owen. Soy periodista aquí. Raymond me envió.

Ella extendió la mano y la estrechó para no asustarlo.

—No preste atención a mi compañera. El Sr. Carter dijo que usted reconoció algunos de estos símbolos cuando llegó esta carta. ¿Es eso cierto?

—Un poco más que eso. Yo fui el que resolvió ese criptograma. Siempre me han gustado los rompecabezas, así que eso fue como una droga para mí.

—¿En serio? ¿Y tan rápido además? —preguntó Ella.

—Tenía un *software* que me ayudó. Todo lo que tuve que hacer fue introducir esos caracteres en el sistema y ejecutar un descifrador de transposiciones. Obtuve unos seiscientos mil resultados y luego filtré los que tenían más de diez palabras reales. Eso dejó unos trescientos. Luego los revisé y los leí uno por uno.

—Vaya, qué interesante. —Ella estaba bastante impresionada. El Zodiaco original había utilizado cifrados de transposición en sus cartas, pero también había añadido algunos cambios adicionales. A veces, cambiaba las palabras a propósito, sin mencionar que el Zodiaco original cometía muchos errores al transponer—. ¿Y estaba todo claro? ¿Sin errores? —preguntó ella.

—Nada —dijo Mike—. Estaba todo bien. Ah, y he embolsado esa pieza de ropa para ustedes. No quería que nadie más de aquí dejara sus huellas en ella.

—Bueno, gracias. ¿Supongo que está familiarizado con el asesino del Zodiaco, entonces? —preguntó Ella, más por interés personal que profesional.

—Claro que sí —dijo Mike—. Me pasé mis días de universidad intentando resolver sus mensajes. Aunque nunca lo conseguí. Pero quienquiera que esté haciendo esto no es tan inteligente como el original. Bueno, es eso o es mucho más inteligente.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Ella.

Mike sacó un papel doblado de su bolsillo y lo agitó frente a ella.

—Porque también resolví su nuevo criptograma. El mismo proceso. El Zodiaco original solía lanzar unas cuantas bolas curvas,

pero este tipo tiene una precisión militar. —Desplegó el papel y lo puso sobre el escritorio. Las agentes lo inspeccionaron.

«Acabo de volver del lago de los muertos. Esto ha sido lo más divertido. Le dejé las tijeras a la chica porque le recordarán lo que hizo cuando esté en el más allá».

Ella lo leyó una y otra vez, buscó cualquier cosa que pudiera darle una pista sobre la identidad o la patología de esta persona, o cualquier cosa que la llevara a él.

Había una cosa.

—¿De qué habla, de unas tijeras? —intervino Mike.

—No lo sabemos —mintió Ella, no quería darle más munición al periodista a pesar de sus buenas intenciones.

—Señor Owen, gracias por esto. Ha hecho un trabajo fantástico. ¿Podría dejarnos a mí y a la agente Dark a solas unos minutos? Le llamaremos si necesitamos algo.

Mike asintió con la cabeza y salió de la habitación con reticencia. Ella sabía que él debía morirse de ganas de saber todo sobre su conversación.

—Así que escribió la carta antes de asesinar a las víctimas de anoche, y escribió el cifrado después —dijo Mia.

—Eso parece —dijo Ella, mientras desesperadamente se devanaba los sesos para darle un sentido a la relación que había establecido—. Lago de los muertos. Tijeras. Está jugando con nosotros, no puedo... —Ella se detuvo a mitad de la frase.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mia y miró a través de la puerta de cristal para asegurarse de que nadie las escuchaba.

—Santo cielo. Por supuesto —dijo Ella, juntando las manos—. No está hablando de la pareja del lago Dixon.

—¿Eh? Debe serlo.

—Bueno, sí lo está, pero esta pequeña referencia que hace del lago de los muertos es una vieja película de terror de los años cincuenta.

Mia se quedó mirando a Ella sin comprender.

—¿Eso qué tiene que ver con todo?

Ella se inclinó sobre los materiales y los examinó mientras explicaba.

—El Zodiaco hizo referencia al «Exorcista» en una de sus cartas. Este tipo también hace referencia a una vieja película de terror, pero la cuestión es...

—Es un poco forzado, novata. Si me preguntas, solo está tratando de hacer que los asesinatos del lago suenen aún más siniestros.

Otro chispazo. Ahí estaba. Innegable.

—Oh, Dios mío. Acabo de recordar que en la película «El lago de los muertos», un matrimonio se va de acampada. La mujer se vuelve loca y le corta la garganta a su marido. Con...

Mia se animó de repente. Ella ya tenía su atención.

—Unas tijeras —terminó Ella, dándose cuenta de lo que sugería esta revelación. A juzgar por cómo Mia contorsionó los labios, se dio cuenta de lo mismo.

—Por eso Ava llevaba las tijeras en la mano —dijo Mia.

Ella no quería decirlo. Era un pensamiento demasiado angustiante para decirlo en voz alta. Afortunadamente, Mia lo hizo por ella.

—Nuestro sudes la obligó a degollar a su novio.

Ambas agentes dejaron que el silencio hablara por un momento. Ella se frotó los ojos, intentando desesperadamente sacarse la imagen de una joven histérica obligada a masacrar a su propio enamorado.

—Pero esta película no está muy difundida, así que deberíamos investigarla. Puede que la haya visto recientemente.

—De acuerdo. —Mia sacó su teléfono—. Voy a llamar a unos cuantos oficiales para que embalen bien estas pruebas. Tenemos que averiguar quién las ha tocado. Una vez hecho eso, tú y yo vamos a ver una vieja película de terror.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ambas agentes regresaron al edificio de la policía de San Diego cerca del mediodía. En su despacho, Ella buscó todo lo que pudo sobre la película «El lago de los muertos».

—No hay mucho que decir sobre esta película —dijo—. Para empezar, es noruega. Se estrenó en 1958. Tengo algunas imágenes, pero la película completa es bastante difícil de encontrar.

Mia dejó dos cafés sobre su escritorio. Se desplomó en su silla.

—¿Casas de video? ¿De alquiler? Quizá haya alguna tienda por aquí especializada en películas de terror de época. California está llena de mierdas de nicho como esa.

Ella dejó de navegar por la página y miró a Mia por encima de la pantalla de su computadora portátil.

—¿Casas de vídeo? ¿Quieres decir cómo Blockbuster?

—Blockbuster, Video Vision, Movie Gallery. —Mia se llevó el café a los labios, pero se detuvo al percibir la mirada fija de Ella—. ¿Qué?

—Ripley, esas tiendas no existen desde hace años. El último Blockbuster cerró hace una década. Esa es una prueba de tu edad.

Mia se encogió de hombros.

—Bueno, qué importa. Los tiempos cambian. ¿Qué hace la gente hoy en día?

—Reproducción en línea. O la piratería. De cualquier manera, no hay forma real de encontrar a este tipo a través de ninguna de esas rutas. Además, no puedo encontrar ninguna plataforma de *streaming* que contenga esta película. O la obtuvo ilegalmente o vio la película hace años y recordó los detalles. —Las dos agentes se

callaron por un momento. Ella aprovechó la oportunidad para curiosear—. ¿Cuál fue la última película que viste? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, el oficial Denton asomó la cabeza por la puerta y dejó unos papeles sobre el escritorio.

—El informe del forense de las víctimas recientes. Extra rápido —dijo—. Gracias por ir a visitar al Tribune. Nos hemos enfrentado a esos tipos muchas veces en el pasado.

—Gracias, oficial. Cielos, la última película que vi fue «Misery» —dijo Mia—. En el cine.

Denton parecía confundido.

—¿Qué?

—No importa —dijo Mia.

—¿En uno de esos cines de películas clásicas? —preguntó Denton—. Tenemos muchos de esos por aquí.

—No, esto fue alrededor de 1990 —dijo Mia—. Mi exmarido me arrastró allí contra mi voluntad. Algo irónico, teniendo en cuenta de qué trataba la película.

Ella se animó rápidamente.

—Vaya, espera. Cines de películas clásicas. ¿Por qué no se me había ocurrido? —Abrió una página web y realizó una rápida búsqueda: «San Diego, terror clásico, cine, Lago de los Muertos». Su corazón empezó a latir con fuerza cuando vio el primer resultado de la búsqueda.

«Teatro Bizarro. Un cine independiente dedicado al terror olvidado».

Ella hizo clic en la página y se dirigió a la pestaña «Proyecciones». Apareció una lista de títulos, algunos de los cuales reconoció, la mayoría no. «Nightbreed», «Gaslight», «Spider Baby», «L'Inferno», «Eyes Without A Face», etc.

—Demonios, no aparece el «Lago de los Muertos» —dijo.

Mia se acercó y miró la pantalla.

—Bueno, estaría en los listados antiguos, ¿no? —dijo—. No soy una experta, pero dudo que haya un millón de personas que se

mueran de ganas de ver «Spider Baby», así que, seguro que proyectan las películas una vez y luego pasan a otra, ¿verdad?

Ella se dio un golpe en la frente.

—Por supuesto. Tienes razón. —Hizo clic por la pantalla en busca de proyecciones anteriores, pero no pudo encontrar ningún enlace—. Solo muestra las próximas películas. Maldición.

Se desplazó hasta el final de la página y encontró los datos de contacto. Ella tomó su teléfono y marcó el número. Sonó tres veces... cuatro veces...

—Teatro Bizarro —respondió una voz aburrida.

—Buenas tardes, señor. Tengo una pregunta rápida, si no le molesta.

—Claro.

—¿Han proyectado alguna vez una película de terror llamada «El lago de los muertos»?

El hombre del otro lado se rio.

—Perdiste tu oportunidad con esa, cariño.

Ella colocó la voz del teléfono en el altavoz.

—¿Me la perdí?

—Oh, sí. La pasamos anoche.

Mia se apresuró al otro lado del escritorio y tomó las llaves de su coche.

—Dile que ya vamos —dijo en voz baja.

Ella experimentó esa sensación de euforia que tanto le gustaba. No había ninguna posibilidad de que esto fuera una coincidencia. El asesino había estado en ese cine la noche anterior, ella lo sabía.

—Señor, soy del FBI. Tenemos que ir a hablar con usted.

* * *

El Teatro Bizarro era un viejo edificio en Cortez Hill, apenas perceptible entre una cafetería y una licorería. Desde el frente, parecía más una tienda de utilería que un cine independiente. En las

dos ventanas de cristal a ambos lados de la puerta había viejos carteles de películas de Drácula y Nosferatu.

Mia aparcó el coche en la acera de enfrente. Entraron en un pequeño vestíbulo enmoquetado con un par de sofás baratos. En la parte delantera de la sala había un pequeño escritorio junto a un túnel que conducía a lo que Ella supuso que era la sala de proyección.

—¿Hola? —gritó Mia. Se oyeron pasos a través del túnel. Apareció un caballero que parecía venir directamente de la selva. Era un hombre fornido, tenía el pelo largo y rizado pegado al cuero cabelludo y una barba de tres meses. Llevaba una camiseta con una enorme máscara de Jason Voorhees impresa en la parte delantera.

—¿Federales? —preguntó—. ¿Son ustedes?

—Somos nosotros. Soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. ¿Y usted es?

—Derek Riggs, el dueño en este lugar. ¿De qué se trata esto?

—Necesitamos hablar con usted sobre una película que proyectó anoche —dijo Ella.

—Sí, «El Lago de los Muertos» —interrumpió Derek—. ¿Qué pasa con eso?

—Estamos investigando un homicidio en la zona y creemos que el culpable puede haberse inspirado en esta película en particular. Es posible que quien llevó a cabo el homicidio estuviera aquí anoche.

Derek se colocó detrás de su mostrador y apoyó los codos allí.

—¿Inspirado por «El lago de los muertos»? ¿Saben que esa película tiene setenta años? Podría haberla visto en cualquier momento desde 1958. Tampoco es exactamente una película *slasher*.

—Lo entendemos, señor Riggs, pero no podemos descartar esto como una simple coincidencia —dijo Mia—. Al menos no todavía. ¿Tiene una lista de los clientes que acudieron a ver esa proyección en particular anoche?

Derek se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y miró su caja registradora.

—Me temo que no. Todos nuestros clientes pagan en efectivo y no pasamos lista exactamente. Puedo decirles que, por lo que recuerdo, vinieron unas quince personas a la proyección. Los típicos aficionados al terror, una pareja en una cita, algunos clientes habituales. Eso fue todo.

—¿Alguien que llamara la atención? —preguntó Ella—. ¿Alguien que pareciera un poco sospechoso, ansioso? —Revisó la sala en busca de cámaras, pero no vio ninguna.

—Nadie, pero realmente no estaba fijándome —dijo Derek—. Son tiempos difíciles. Solo me aseguro de que paguen la tarifa en su totalidad. En realidad, no le presto atención a la clientela.

—¿Tienen cámaras de seguridad? —preguntó Ella.

—Ojalá pudiera pagar cámaras de seguridad.

—Maldita sea. ¿Volverá a proyectar la película?

Derek negó con la cabeza y empujó hasta quedar de pie.

—No en un futuro próximo. Solo tenemos una pantalla de cine y rotamos las películas a diario. Puede que la volvamos a proyectar dentro de unos meses, pero no la proyectaríamos más de dos veces al año, sobre todo un título de nicho como ese.

—Sr. Riggs, ¿podría darnos los nombres de los clientes habituales que asistieron a la proyección de anoche? Eso podría ser de gran ayuda —preguntó Mia.

—Totalmente. Los anotaré. No les dirán que los he delatado, ¿verdad?

—No lo haremos —dijo Mia.

Por fin una buena pista, pensó Ella. Sentía que las piezas del rompecabezas por fin estaban revelando la verdadera imagen, y cuando todo estuviera unido, estaría mirando al sudes. Este avance parecía un salto más que un pequeño paso, y sentía que la emoción corriendo por sus venas era obstinada e inamovible. Aunque uno de los clientes habituales del cine no fuera el asesino, había muchas posibilidades de que uno de ellos hubiera conversado con él.

Derek tomó un bolígrafo y un papel, y comenzó a garabatear.

—¿Cómo es que alguien se inspira en esta película? No es exactamente «American Psycho».

—No podemos revelar más información, lamentablemente.

Derek asintió mientras escribía.

—Lo entiendo. Yo tampoco la había visto hasta anoche. Bueno, vi la última mitad.

—¿No lo había visto antes de la proyección? —preguntó Ella, más por curiosidad personal que por otra cosa.

Derek le pasó el papelito a Mia.

—No. Pero mi proyeccionista se tuvo que ir corriendo durante la proyección. Dijo que se sentía mal o algo así. Me preguntó si yo podía terminar de cambiar las bobinas, así que pude ver la última mitad de la película. De todas formas, hay una primera vez para todo.

Ella y Mia tenían la misma expresión.

—¿A qué hora fue eso, Sr. Riggs? —preguntó Ella.

Él masticó la punta de su bolígrafo.

—Eh... creo que alrededor de la medianoche. Quizá un poco antes. La función empezó a las diez y media, así que sí, probablemente alrededor de un cuarto para la medianoche. —Derek se congeló, el silencio confirmó los pensamientos de Ella—. ¿No creerán que...? No. De ninguna manera. Matt no. Es un tesoro.

—Necesitaremos su nombre y dirección —dijo Mia.

—Eh, ¿dirección? Todo lo que tengo es su nombre. No sé dónde vive.

—¿No sabe dónde vive su propio empleado? —preguntó Mia.

—No su dirección exacta. Sé que está en algún lugar de East Village, pero eso es todo. ¿Usted conoce las direcciones de sus colegas? —preguntó.

—Es cierto. Su nombre será suficiente —dijo Ella.

Mia le devolvió el papel y Derek anotó los datos. Mia lo recuperó y miró los nombres.

—Ha sido de gran ayuda, señor Riggs. Una última pregunta, ¿cómo es este... —volvió a revisar el papel—, Matt Striker como

persona?

La pregunta pareció tomarlo desprevenido. Frunció la nariz.

—Bastante inteligente. Solía ser militar. Tiene un mal carácter, pero aparte de eso, es estupendo.

—¿Y trabaja aquí todas las noches? —preguntó Ella.

—Oh, no. Este es el segundo trabajo de Matt. Es relojero de día.

—Un trabajo interesante —dijo Mia—. Lo investigaremos.

—Sí, trabaja para una empresa llamada Géminis.

Antes de que Derek pudiera decir algo más, Ella tenía la mano en la puerta.

CAPÍTULO VEINTE

Fuera del cine, Ella actualizó su bandeja de entrada mientras esperaba que llegara el expediente de Striker. Mia había llamado a las oficinas del FBI en Los Ángeles y les había enviado toda la información de Striker.

Ella alzó la vista del teléfono y se apoyó contra el coche. Pensó en el informe del forense.

—La hora de la muerte de ambas víctimas fue entre la una y las dos de la madrugada. Eso le habría dado a Striker tiempo suficiente para salir del cine, dirigirse al bosque y cometer esos asesinatos.

—Absolutamente —dijo Mia—. Sería un viaje de veinte minutos, tiempo suficiente para buscar una víctima potencial y atacar. Es definitivamente plausible.

—Nunca te pregunté qué pensabas de su nuevo apodo —dijo Ella—. Géminis.

—No me sorprende. ¿El nombre en sí? No es importante. El hecho de que se haya asignado un apodo es un movimiento de poder. Quiere controlar su propia narrativa. Incluso si la prensa o la policía le asignan un nombre diferente, siempre será conocido como Géminis de aquí en adelante.

—También tiene vínculos obvios con el Zodiaco —dijo Ella—. Está el vínculo con la astrología y Géminis puede significar dos o tres dependiendo del contexto. Se dice que el Zodiaco estaba obsesionado con esos dos números.

Un nuevo correo electrónico sonó en su bandeja de entrada. Ella lo abrió.

—Lo tengo.

—Yo también —dijo Mia—. Por Dios, este tipo parece un verdadero anormal. Mira su historial.

Ella se movió hasta la segunda página. Matt Striker no tenía antecedentes de arresto, pero había una cosa que destacaba en su informe.

—Estuvo en una unidad de psiquiatría —dijo Ella.

—Sí. Bueno, eso sí que es algo.

Ella se desplazó y llegó al muro de texto. «Matthew James Striker (fecha de nacimiento: 31 de marzo de 1987) fue arrestado el 14 de julio de 2017 y acusado de asalto y agresión a su jefa directa Rachel Hogan. Al parecer, Striker la agredió como represalia por el trato que le dio durante su gestión en Omega Watches Ltd., que citó como injusto e irrazonable. Hogan presentó cargos contra Striker, que fue obligado a someterse a una evaluación psicológica en el centro mental de Hawkins Grove».

—Demonios, atacó a una mujer porque lo trató mal. Sabemos que es la mitad femenina de las relaciones a quienes realmente quiere durante estos ataques de pareja. ¿Tal vez de ahí viene su odio a las mujeres?

—Podría ser —dijo Mia—. Solo me preocupa que no tenga antecedentes de violencia antes de eso. Pero, de todos modos, todo el mundo empieza en alguna parte. Ponte tus zapatos de baile porque iremos a su casa ahora mismo.

Ella no necesitó prepararse. Siempre estaba preparada para encontrarse cara a cara con un psicópata homicida.

* * *

En la entrada del complejo de apartamentos Whitechapel en East Village, Ella tuvo suerte. Cuando salieron del coche y se acercaron a la puerta, uno de los residentes estaba a punto de salir. Ella sujetó la puerta y dio las gracias con la cabeza.

—Número 65. Dos pisos más arriba —dijo Mia. Había un olor a limón en el aire cuando entraron en el pasillo alfombrado. El complejo de Whitechapel era bastante agradable a la vista, algo inesperado teniendo en cuenta lo que sabían de Matt Striker hasta el momento. En el último piso había cuatro puertas. La de Matt estaba al final del pasillo.

Ella alzó la mano para tocar la puerta y luego se detuvo. Acercó el oído a la puerta.

—Ripley, ¿has oído eso?

—No, ¿qué?

Ella levantó el dedo al aire, esperando que mágicamente silenciara el ruido del tráfico que venía de la calle.

—Escucha. Suena como... ¿una arcada? ¿No lo oyes?

—Maldición —dijo Mia—, tienes razón. Podría ser un forcejeo. Podría tener a alguien ahí dentro ahora. No hay tiempo que perder. —Levantó la pierna, golpeó la puerta con fuerza y la hizo oscilar sobre sus bisagras. Dio un paso atrás y volvió a hacer lo mismo, partió el marco de madera con un estruendo ensordecedor. La puerta se abrió de golpe cuando el pestillo metálico de la cerradura salió disparado al interior del apartamento.

Estaban dentro.

—Yo iré delante. —Mia empuñó su pistola y se introdujo en la habitación. Ella no tenía licencia para llevar un arma de fuego en el campo, al menos no todavía. Sabía cómo manejar una pistola, pero la legalidad la mantenía alejada de sus manos.

—¡FBI, alto! —gritó Mia. Comprobó las esquinas y Ella la siguió. El apartamento era un lugar acogedor y lujoso, y tenía un amplio pasillo que conducía a una sala de estar. Ese era su primer punto de atención, pero no había señales de vida allí.

De repente, se oyeron toses y balbuceos. Las voces provenían de otra habitación. Ella regresó y se dio cuenta de que provenían de detrás de una segunda puerta en el pasillo.

—Ripley, aquí —gritó mientras agarraba el picaporte. Ella asintió uno, dos...

Abrió la puerta a la cuenta de tres. Mia apuntó con su pistola a la fuente de los sonidos inhumanos. Ella soltó la puerta y miró a su alrededor.

—Eh... —dijo ella—. ¿Hola?

Un hombre con una bata azul estaba sentado en el suelo del baño, mientras le temblaban las manos al agarrar el asiento del inodoro. Con la mirada perdida, descubrió a las detectives, parecía un ciervo aterrorizado atrapado en una tormenta de nieve. Le brillaban los labios por el exceso de vómito con un tono oscuro de amarillo. No le salían palabras de la boca.

—¿Sr. Striker? —preguntó Mia.

Después de desprenderse del inodoro, asintió con la cabeza, aún lucía como si estuviera esperando una ejecución.

—Sí. Soy Striker —dijo con tono tembloroso.

—¿Está usted bien? —preguntó Ella.

—¿Qué es esto? ¿Por qué están en mi casa? —Striker cogió una toalla y se limpió la cara. Ella no se fijó en el hecho de que se limpiara el vómito y la frente con el mismo paño.

—Eh, quizás esto se trate de un malentendido —dijo Ella. Volvió a surgir la familiar oleada de decepción, pero Ella tuvo que considerar que el sudes al que perseguían era muy inteligente. ¿Striker podría simplemente estar interpretando el papel de un hombre inocente?

—Me encuentro vomitando —dijo Striker—. ¿Han dicho FBI? ¿Qué diablos quieren conmigo?

—¿Sabe qué? Vamos a esperar en el pasillo —dijo Mia. Le hizo un gesto a Ella para que la acompañara y dejaron a Striker para que se limpiara. Las dos agentes no dijeron nada mientras esperaban, sino que aprovecharon la oportunidad para echar un vistazo a la vivienda del hombre. Todo parecía bastante elegante y la mayoría de las paredes estaban decoradas con arte de buen gusto. Ella buscó rápidamente una mesa para escribir o un ordenador, pero no encontró ninguna de las dos cosas.

Finalmente, la puerta del baño se abrió con un clic. Matt Striker estaba allí, empapado de sudor. Se cerró la bata alrededor del torso desnudo.

—¿Podrían explicarse? —preguntó.

—Sr. Striker, soy la agente Ripley y ella es la agente Dark. Somos del FBI. Nos gustaría hablar con usted sobre un incidente de anoche.

—¿Un incidente?

—Un homicidio tuvo lugar cerca del embalse de Dixon. Nos preguntamos si sabe algo al respecto.

—¿Qué? ¿Un homicidio? ¿Están completamente locas? ¿Por qué demonios piensan que tengo algo que ver con un homicidio?

Ella observó las microseñales. Matt Striker mostraba autenticidad de pies a cabeza. El hecho de que dijera dos veces la palabra homicidio sugería que no estaba tratando de ocultar nada. O eso, o estaba muy seguro de poder engañarlas a ella y a Mia. No parpadeó rápidamente, no puso ninguna barrera psicológica entre ellas y él. Hasta ahora, no eran buenas noticias.

—Creemos que nuestro autor se inspiró en una película titulada «El lago de los muertos». Usted participó como proyccionista de esta película en un cine local, ¿correcto?

—Sí, porque ese es mi trabajo. Uno de mis trabajos.

—¿Y abandonó esta proyección temprano, justo antes de la medianoche de ayer? —preguntó Mia.

—Porque estaba a punto de vomitar todos mis órganos, por eso. No tuvo nada que ver con ningún asesinato. Anoche llegué directamente a casa, al baño y no me moví durante unas dos horas. ¿Es suficiente para ustedes?

—¿Alguien puede verificar esto?

Matt se pasó la mano por el pelo y la empapó de sudor. Tenía el rostro rojo y brillante.

—Sí, de hecho, sí. Mi vecina me vio justo después de la medianoche. Estaba fuera paseando a su perro. Nos saludamos. Vive en el siguiente piso.

—Lo comprobaremos, Sr. Striker. Y sentimos lo de su puerta. Haremos que coloquen una nueva hoy.

Ella se acercó a la puerta principal, o a lo que quedaba de ella, e hizo lo posible por colocarla en una posición aceptable. La puerta quedó colgando en el marco y se fue abriendo poco a poco. No fue posible. Se volvió y se disculpó.

—Un par de cosas antes de dejarlo —continuó Mia—. Usted es relojero de día, ¿correcto?

—Sí —dijo, claramente frustrado por su falta de privacidad durante las próximas horas—. Para relojes Géminis. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. ¿Y por la noche trabaja para el Teatro Bizarro? ¿En qué horario trabaja?

—Soy un contratado de Géminis. No me necesitan allí todos los días. Pero trabajo en el Teatro Bizarro todas las noches desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. Tengo los domingos y los lunes libres.

Ella sabía por qué se lo preguntaba Mia. Esto significaba que Matt Striker tenía una coartada sólida para todos los asesinatos y el secuestro de Amanda. Cuanto más hablaba, más claro quedaba que no era su sudes. Y así volvió la punzante decepción para dar un salto mortal en el estómago de Ella y llevar su investigación de vuelta al punto de partida.

—¿Alguien se destacó en el público del «Lago de los Muertos» anoche? —preguntó, buscando desesperadamente una pista de cualquier tipo—. ¿Alguien que pareciera un poco extraño? Tal vez alguien que no hubiese visto antes.

Matt se encogió de hombros.

—No veo a los espectadores. Me paso todo el tiempo en la oficina del proyector. Todo lo que veo es la parte trasera de las cabezas.

Ella no tenía nada más que preguntar.

—Ya no tengo más preguntas. ¿Ripley?

Ripley asintió.

—No, salgamos de aquí. Gracias por todo, Sr. Striker.

Era un callejón sin salida. El asesino todavía estaba suelto y no estaban más cerca de encontrarlo. Hasta donde sabían, podía estar planeando su próximo ataque, e incluso con todo el conocimiento de Ella sobre el Zodiaco, precisar su próximo movimiento era casi imposible.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Ella miró por la mampara de cristal de su despacho a la masa de oficiales de policía que se dedicaban a sus asuntos. Detrás de ella, Mia cerró las persianas de la ventana, lo que impedía que entrara el sol de la tarde y eso teñía la habitación de un oscuro tono anaranjado.

La oscuridad la hizo pensar en los horrores recientes: El cadáver destrozado de Amy Evans en la carretera, los enamorados muertos en su vehículo, la masacre del bosque. El trabajo de Ella consistía en detener a la persona que había cometido esas atrocidades y, hasta el momento, lo único que sabía era que estaba obsesionado con el Zodiaco, y que era confiado y capaz. Nada más. La frustración empezaba a acumularse y temía que aparecieran más cadáveres antes de que ella pudiera intervenir. Y lo que era peor, el asesino había mostrado un apetito de brutalidad que aumentaba en cada escena del crimen.

«No hay nada sistemático en el acto del asesinato. Matar es una cuerda a través del abismo espiritual, entre el hombre y sus aspiraciones fallidas».

Los comentarios de Tobias volvieron a invadir sus pensamientos y le pusieron un signo de exclamación a sus fracasos. Pensó en él en Maine y se preguntó que si él tuviese la información que ella tenía, ¿ya habría descubierto a este sudes? ¿Podría ver a este asesino en su cabeza, entenderlo y calcular su próximo movimiento?

Se volvió hacia Mia, que estaba sentada con el reciente informe del forense en la mano.

—Ripley, ¿qué podemos hacer? Este tipo nos está eludiendo. Tenemos seis víctimas, una de las cuales está viva, y todavía no estamos más cerca de lo que estábamos cuando empezamos.

—Dark, apenas han pasado dos días. El estancamiento ocurre. Los casos pueden calmarse durante meses, años, décadas. Las cosas pueden tardar en aclararse. Hemos puesto un toque de queda. Hemos ampliado la zona de patrulla. Cualquiera que esté fuera después del anochecer acabará en las celdas.

El toque de queda era una idea nueva y buena. Pero ella dudaba que pudiera detener a un depredador como este.

—¿Y si está ahí fuera ahora mismo? ¿Y si ya tiene a alguien en mente? Dada la rapidez con la que trabaja este tipo, no me sorprendería.

—Y estamos haciendo todo lo posible para evitar que eso ocurra. ¿Y sabes qué? Preocuparse por ello no va a detenerlo, ¿verdad?

Ella miró su teléfono. Había un mensaje de Ben. De nuevo, se había olvidado de enviarle un mensaje el día anterior.

«Hola, solo quería saber cómo iban las cosas por allí. Tengo ganas de verte cuando vuelvas, x».

Y como la explosión del fuego, una idea invadió su cabeza. Quizá no supiera mucho sobre ese asesino, pero había una persona que sí podría hacerlo.

¿Podría hacerlo? ¿Era una locura? ¿O era una herramienta constructiva que sería una tontería no utilizar?

—¿Dark? —preguntó Mia y la hizo volver al mundo real.

—¿Eh? —se dio cuenta de que se había perdido en sus pensamientos—. Lo siento. Sí, tienes razón. Estoy siendo derrotista. Supongo que todavía estoy un poco agotada por todo. Dios sabe cuántos cadáveres he visto en las últimas dos semanas. Todo empieza a ser confuso, para ser sincera —dijo, mintiendo a medias.

—Te lo dije, estas cosas pasan factura. Puede que un día te sientas bien, pero al día siguiente todo se te puede venir encima como si fuera una pila de basura. Tómate un descanso. Tómate la

noche libre si quieres. Vuelve al hotel y ten sexo telefónico con ese novio tuyo.

—No es mi novio —contestó Ella rápidamente—, pero un breve descanso podría ser bueno. Podría ir a dar un paseo y tomar un café o algo así.

Mia cerró su computadora portátil y tomó su abrigo.

—Buena idea. A mí también me vendría bien un poco de aire. No hay nada como un paseo por la ciudad en hora pico.

La descabellada idea se desvaneció tan rápido como llegó. Era una tontería pensar siquiera que esa fuera una opción. Estaba desesperada, pero no tanto.

—Te sorprendería lo que puede lograr el hecho de alejarse de todo —dijo Mia—. Cuando dejas que tu mente se relaje, ella hace las conexiones por ti. Esa es la belleza del subconsciente.

Ella recogió su chaqueta.

—Muy bien, veamos qué se nos ocurre.

* * *

Él cruzó la calle para evitar a un grupo de jóvenes en Broadway. Normalmente, los maldeciría en voz baja, por su bullicio, su lenguaje grosero y sus cabriolas juveniles, pero ahora todo era diferente. Estaba en la cima del mundo, era un maestro de la vida y la muerte, una máquina imparable que se había liberado de las ataduras de la sociedad. Ninguna de las personas con las que podría cruzarse en su viaje a la tienda ni siquiera podía acercarse a lo que él era capaz de hacer. En ese momento, se encontraba estudiando a las personas con las que entraba en contacto a diario, imaginando cómo se verían al exhalar su último aliento. ¿Suplicarían? ¿Desafiarían su poder mostrándole el dedo del medio? ¿Aceptarían su destino como peones en su juego de la muerte? Había descubierto que la gente revelaba su verdadero yo cuando la muerte era inminente. La perra del coche luchó con una fuerza que probablemente no sabía que

tenía. Sin embargo, la chica del bosque no pudo descuartizar a su novio lo suficientemente rápido en un intento inútil de salvarse.

Pasó por delante de una ferretería, y contempló los martillos y las sierras de la vidriera. Solo con verlos se le aceleró la sangre por imaginarse el tipo de tormento que podría infligir con un equipo tan fuerte.

Pero no, el cuchillo era suficiente. Si era suficiente para el Zodiaco, era suficiente para él. Y, además, el cuchillo era un sustituto de los órganos sexuales, o eso creían ellos. En lo que a él respectaba, podían seguir creyéndolo.

Esos pobres policías, qué frustrante debía ser para ellos. Se imaginó a un grupo de oficiales uniformados, sentados en sus escritorios repasando la leyenda del Zodiaco, y eso facilitaba mucho las cosas. Sabía dónde buscaban y lo que creían que podía ocurrir a continuación, así que todo lo que tenía que hacer era lo contrario. Le hubiera gustado poder verles las caras cuando descubrieron a la joven pareja en el lago.

¿De verdad creían que podían frenar sus actividades estableciendo un toque de queda? ¿Realmente creían que quitar su cifrado de la página web de Tribune serviría de algo? A menos que lo capturaran y lo ejecutaran, era absurdo creer que podrían hacer algo para detenerlo. Estaba demasiado metido en el juego de la muerte, demasiado involucrado. La siguiente víctima llegaría cuando las estrellas se alinearan, y por desgracia para esa pobre zorra, esa noche llegaría pronto.

Era un objetivo fácil. Él ya sabía todo sobre ella. Sabía su nombre, dirección, lugar de trabajo, historial de relaciones, número de seguridad social, incluso sus tiendas de ropa favoritas. La única dificultad era hacer que pareciera que todo era al azar.

Nada era al azar; era la teoría del caos desquiciada.

Por la calle Broadway, llegó a una cafetería. Un pequeño y adorable local con un bonito toldo bajo el cual la mugre y las alimañas bebían y cotilleaban. No le cabía duda de que, en algún momento de los últimos días, su nombre había aparecido en las

conversaciones de la chusma. Allí vio a un par de mujeres salir de la tienda con bebidas en la mano. Una mayor y otra más joven. La mayor era demasiado alta, demasiado musculosa. Parecía que podía dar pelea.

Pero la más joven tenía unas bonitas gafas y unas zapatillas blancas, y parecía un regalo. Lo que daría por encontrarse con ella a solas una noche. Sin duda, ella pediría clemencia justo antes de que él le clavara un cuchillo en el abdomen. Un asesinato placentero en todos los sentidos.

Estaba a unos centímetros de distancia y ella ni siquiera miró en su dirección. Pasó de largo, mientras charlaba con su amiga sobre Dios sabe qué. Las vio desaparecer por la calle mientras disfrutaba del breve colocón que le proporcionaba su ensoñación.

Oh, bueno, siempre habrá otras. Detrás de la cafetería, observó la caída del sol. El anochecer estaba a solo un suspiro de llegar y eso significaba que la hora de cazar se acercaba. Pero antes de eso, era hora de volver a contactar a la prensa. Ya había redactado la siguiente carta en su cabeza. Solo necesitaba llegar a su casa y poner el bolígrafo en el papel.

Y ya que le habían faltado al respeto eliminando toda mención al cifrado en su página web, necesitaba llevar las cosas al siguiente nivel.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ella se sintió mejor después de alejarse de la agobiante oficina. Le había respondido el mensaje a Ben y se había llenado de cafeína de alta calidad. Se le ocurrieron varias ideas durante el tiempo que estuvo fuera, pero cuando se sentó de nuevo frente a su computadora portátil, se dio cuenta de que eran inútiles.

¿Organizar otra proyección de «El lago de los muertos» en el cine? No, era demasiado obvio. Su sudes se daría cuenta de ello.

¿Una conferencia de prensa para declarar que no se trataba de un imitador del Zodiaco? ¿Un intento de disminuir sus comparaciones con el infame asesino, posiblemente sacándolo de sus casillas? No, eso podría poner vidas inocentes en peligro. Ella estaba dispuesta a ponerse a sí misma en peligro, pero no había ninguna garantía de que él fuera a buscarla. En su lugar, podría descargar sus frustraciones en una representante.

Las cosas no eran diferentes a cómo eran antes de que ella se fuera, solo que era más amargo. Dejó caer la cabeza sobre las manos y miró a Mia a través de las grietas de los dedos.

—Ripley, ¿qué hacemos cuando el rastro se enfría? ¿Qué haces tú?

Mia estaba apoyada en la ventana escribiendo algo en su teléfono.

—Esquivo las preguntas de Edis, igual que ahora. Aparte de eso, bebo. Pero así soy yo. Y no se ha enfriado, así que deja de decir eso. Hay cámaras de seguridad instaladas alrededor del Tribune y del cine. Hay oficiales comprobando los nombres que nos dio Derek.

Están los forenses comprobando las huellas en la pieza de ropa, ¿de acuerdo?

Como si fuera una señal, uno de los oficiales llamó a la puerta de su oficina. Ella no lo reconoció. O, al menos, no había hablado con él desde su llegada. Le hizo un gesto para que entrara, rogando que fueran buenas noticias.

—Agentes, tengo algo que quizás quieran ver —dijo el oficial.

—¿En serio? —preguntó Mia.

—Sí. Bueno, no estoy en su caso, pero acabo de encontrarme con esto. Ha aparecido en Internet hace unos minutos, literalmente.

—El oficial se acercó entre las dos agentes y les mostró la pantalla de su teléfono—. Este es su tipo, ¿verdad?

—Ese desgraciado —gritó Mia y golpeó la mano contra la pared.

* * *

Ella de verdad no quería subir al coche con Mia, y a juzgar por cómo estaba conduciendo, estaba en lo cierto.

Mia consiguió una patrulla de policía para recorrer los quince kilómetros entre la comisaría y el edificio del San Diego Union Tribune. Los vehículos se apartaban para ellas, e incluso así, Mia aceleró a través de la multitud de coches como un cometa en el cielo. Tardaron menos de quince minutos en llegar, incluso con el tráfico de la tarde.

Abandonaron el coche en el exterior del edificio y se apresuraron a entrar. Ella hizo todo lo posible por seguir el ritmo inhumano de Mia. En el enneguecedor vestíbulo no había ninguna recepcionista que abriera la puerta de seguridad. La única alma que había dentro era un conserje que barría.

—Amigo, ábreme esta puerta —gritó Mia.

El conserje levantó la vista de sus tareas y se bajó la gorra.

—No puedo hacer eso, señorita. No está permitido dejar pasar a extraños.

Mia exhaló con fuerza. Con una mano, sacó su placa. Con la otra, su pistola.

—Amigo, soy del FBI, y estoy a cinco segundos de romper esta puerta a tiros. O me dejas pasar o tendrás mucha más basura que limpiar.

El conserje dejó caer su escoba y se acercó corriendo.

—Bueno, ¿por qué no dijeron que eran federales? —dijo. Sacó la cuerda de seguridad que llevaba en los pantalones y lo escaneó para dejarlas pasar. La placa roja junto a la puerta cambió a verde.

—Gracias —dijo Ella mientras Mia entraba furiosa—. ¿Sabe dónde está el Sr. Carter?

—En el tercer piso, pero yo no se los dije.

—Entendido. Gracias. —Ella alcanzó a Mia—. Tercer piso.

Ascendieron por una escalera más ancha que un océano, subieron tres escalones a la vez y llegaron al tercer piso en cuestión de segundos.

—Carter —gritó Mia—. ¿Dónde demonios estás?

Afortunadamente, la mayoría de las oficinas estaban desiertas, a excepción de algunos trabajadores de madrugada. Ella vio unas cuantas caras que se asomaban en las puertas para ver quién hacía semejante intrusión.

Entonces Ella lo vio, su piel aceitunada era evidente bajo la luz fluorescente. Él retrocedió al verlas, pero ya era demasiado tarde.

—Ripley, aquí —gritó Ella. Doblaron en dirección contraria por el pasillo y llegaron a un amplio y lujoso despacho con un escritorio de caoba. De pie junto a la ventana estaba Raymond Carter, intentando cerrar las persianas a tientas.

—No tan rápido, amigo. —Mia abrió la puerta tan bruscamente que rebotó contra la pared—. ¿Lo has vuelto a hacer? ¿Qué te dijimos esta mañana?

Raymond escapó detrás de su escritorio, creyendo erróneamente que eso le daría una pizca de protección contra la arremetida que se avecinaba.

—Soy el editor. Puedo hacer lo que quiera.

—No, no puedes. Has cometido un grave delito y has puesto en peligro la vida de todos los habitantes de esta ciudad.

Sobre el escritorio de Raymond, Ella la vio. La nueva carta. Se apresuró a recogerla, apartando las manos de Raymond cuando él intentó detenerla. Ella se alejó del altercado.

«Estimado editor, soy Géminis. Ha faltado el respeto a mi honor al eliminar mi última carta de su página web. Este comportamiento es inaceptable y su ciudad será castigada en consecuencia. Mi matanza debe continuar».

Debajo de estas líneas había otro cifrado de solo tres líneas.

Ella la colocó en una estantería cercana mientras las voces de Mia y Raymond se mezclaban detrás de ella. No les prestó atención y se concentró en el contenido de la carta. El asesino debía de estar pendiente del ciclo de noticias para saber que su artículo había sido retirado. Claramente era un narcisista y disfrutaba de la atención de una audiencia mundial. Y aquí estaba Raymond, dándosela voluntariamente.

«Faltado el respeto a mi honor».

Extraña elección de palabras, especialmente porque, hasta ahora, el asesino no había mostrado signos de anhelar respeto. Cometía estos asesinatos porque disfrutaba de la emoción sexual y de la sensación de poder que le producía aterrorizar a una ciudad. En todo caso, quería que la gente lo despreciara. Eso solo hacía que la caza fuera mejor.

Pero entonces, Ella se dio cuenta de algo más.

«El honor».

Volvió a examinar todo y notó un patrón.

«Comportamiento».

Detrás de ella, Mia amenazaba al señor Carter con arrestarlo, y probablemente estaba buscando algún tipo de fundamento legal para hacerlo, pensó Ella. Pero los ignoró y volvió a la nota. Tomó su celular y sacó una foto de la carta anterior. Comparó una junto a la otra. La letra era parecida, pero algunas de las letras parecían un poco diferentes. El bolígrafo utilizado para escribir esta nueva carta

era fino, de punta de bola, mientras que la anterior había sido más bien un rotulador.

Algo no cuadraba.

Comprobó si había errores ortográficos, pero no encontró ninguno. En una nota que contenía las palabras «faltado el respeto, comportamiento, inaceptable, castigado y en consecuencia», este asesino habría escrito al menos algo mal a propósito para despistar.

Y también estaba el criptograma. No solo estaba mal dibujado, sino que estaba pegado al mismo trozo de papel que el mensaje escrito. El Zodiaco solo hizo eso una vez en todo su reinado e incluso entonces fue un cifrado muy corto.

—No puedes arrestarme. No tienes motivos para hacerlo —gritó Raymond. Ella se dio la vuelta y lo encontró arrinconado contra la pared del fondo mientras Mia se inclinaba sobre su escritorio.

—Sí podemos —dijo Ella, agitando la nota hacia él—. Ripley, ¿a quién conoces que diga «faltado el respeto»?

—¿Qué?

—Mira esto. —Le mostró a Mia el contenido—. Faltado el honor. Comportamiento. No son las variaciones americanas de las palabras. ¿Quién dice «faltado el honor»? —volvió a preguntar.

A Mia le llamó la atención.

—Los británicos —dijo.

Justo en ese momento, Raymond Carter huyó de detrás de su escritorio, salió del despacho y se dirigió al pasillo. Su figura borrosa pasó junto a los paneles de cristal y fue seguida de cerca por la de Mia. Los pasos retumbaron por el pasillo cuando Ella se unió a la persecución, y cuando llegó a la mitad del pasillo, ambos corredores habían doblado la última esquina. Ella siguió los sonidos y encontró a Mia sola.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Ella.

—Quién sabe, pero no puede haber ido muy lejos. Sigue buscando. Voy a vigilar la escalera.

Había una fila de puertas de oficinas, todas con las persianas cerradas. Ella intentó la primera puerta. Estaba cerrada. Siguió

avanzando por la fila y encontró la siguiente puerta abierta. Dentro había una mujer sentada detrás de su escritorio que se aferraba a él con miedo.

Ella no sabía qué decir.

—Raymond. ¿Lo has visto? —preguntó.

La mujer negó rápidamente con la cabeza. Ella volvió al pasillo y siguió adelante. De repente, algo sonó en otra habitación. Ella lo siguió y redujo el sonido a dos puertas a su izquierda. Tiró de la primera y oyó cómo el cerrojo metálico tintineaba contra la cerradura.

Pero cuando lo hizo, se oyó otro estruendo desde el interior. Volvió a golpear la puerta para alertar al ocupante de su presencia.

—Raymond, no podrás salir de aquí sin que nos demos cuenta —gritó—. Ripley, aquí —gritó por el pasillo.

No hubo respuesta de ninguno de los dos, así que Ella hizo lo único que podía hacer. Retrocedió unos pasos, apoyó su peso sobre una pierna y pateó la puerta con todas sus fuerzas. Los altos techos generaron un satisfactorio eco tras el impacto, pero la puerta permaneció en su sitio. Le siguieron dos patadas más y la fuerza de las mismas le provocó una onda expansiva de dolor en la pierna.

Por razones que desconocía, de repente se imaginó la cara de Tobias Campbell. Volvió a oír esos tonos pastosos que se abrían paso por sus canales auditivos en contra de su voluntad. La invasión invocó un nuevo poder, inyectándole un nuevo impulso y una nueva fortaleza. La siguiente patada derribó la puerta, desintegró la cerradura y dejó a la vista un pequeño armario.

Y frente a ella estaba Raymond Carter, con la mitad de su cuerpo colgando de una pequeña ventana mientras intentaba bajar poco a poco. Antes de que Ella pudiera precipitarse al interior, Ripley apareció a su lado y se hizo cargo. Ella la siguió y ambas agentes sujetaron lo que quedaba de Raymond. La ventana solo dejaba una pequeña abertura, y sin duda Raymond tuvo que contorsionarse para abrirse paso. Ella le sujetó un brazo, Ripley el otro, mientras que Raymond pataleaba en un intento poco eficaz de liberarse.

—Amigo, ¿quieres caer tres pisos y morir? —gritó Mia mientras forcejeaba con él.

La respuesta fueron unos gruñidos apagados. Raymond empezó a zafarse de su agarre, y en el mejor de los casos caería de pie y se destrozaría las piernas. En el peor de los casos, moriría y se llevaría consigo sus respuestas.

Presa del pánico, Ella sostuvo la ventana alzada y la bajó de golpe, atrapando a Raymond contra la cornisa. Raymond chilló en lo que Ella supuso que era una agonía por el impacto contra su columna vertebral, pero al menos eso lo mantenía en su sitio. Mia rodeó la cabeza de Raymond con el brazo y lo introdujo furiosamente al interior con la ayuda de Ella. El cuerpo de Raymond se retorció hasta llegar al armario, y él y Mia aterrizaron en el suelo. Ella cerró de golpe la ventana y se unió a Mia poniéndose de pie sobre su nuevo sospechoso.

Raymond Carter permaneció en silencio, respirando con dificultad como un animal herido. Ella no tenía ni el tiempo ni la energía para andarse con ceremonias. Mia le puso las esposas con un rápido movimiento.

—Señor Carter, usted escribió esa carta, ¿verdad? —preguntó Ella.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ella vigilaba atentamente a Raymond Carter a través del vidrio reflectivo. Él llevaba casi media hora sentado solo en una de las salas de interrogatorio. Tenía las manos esposadas con una cadena de 30 cm de largo que pasaba por un aro en el centro de la mesa metálica que tenía delante. Tanto la mesa como la silla en la que estaba sentado estaban atornilladas al suelo.

Dejar a un sospechoso esperando en una sala de interrogatorios era una técnica psicológica habitual que ofrecía dos ventajas a las agentes. La primera era que ponía al sospechoso ansioso, lo que significaba que era más probable que cometiera errores durante el interrogatorio. En segundo lugar, les daba la oportunidad de observar sus movimientos y su lenguaje corporal. A veces, las fuerzas del orden tenían suerte y cuando el sospechoso se quedaba solo durante un tiempo considerable, se decía algo a sí mismo. Los sospechosos culpables y nerviosos tendían a ensayar lo que iban a decir.

Mia y Denton aparecieron junto a ella.

—Ha estado bastante tranquilo desde que entró ahí, ¿no? —preguntó Denton.

—Sí, pero no es el asesino. Solo es una cretino. Pero sabe algo que nosotros no sabemos y tenemos que sonsacárselo —dijo Mia.

—¿Qué lo delató? —preguntó Denton.

Ella sacó la «nueva» carta de su bolsillo y se la mostró a Denton.

—Ha utilizado britanismos. Ha escrito «faltado al honor» y «comportamiento» en lugar de palabras más utilizadas en Estados

Unidos. Es irónico, teniendo en cuenta que es un maldito editor de periódicos.

—Las viejas costumbres no mueren —dijo Mia.

—Carter es nuevo en la ciudad —dijo Denton—. Acaba de llegar de trabajar en un periódico de Inglaterra. Solo lleva un año en Estados Unidos, aproximadamente.

—Se nota. Es la única persona en California que usa un bronceado falso —dijo Mia—. De todos modos, vamos a ver lo que sabe. Denton, vigílalo desde aquí, ¿quieres?

—Lo haré.

Ella y Mia entraron en la fría sala de interrogatorios. Raymond Carter hizo lo posible por mirarse las uñas, pero los grilletes se lo impedían. Las dos agentes tomaron asiento frente a él.

—Señor Carter, ya sabe por qué está aquí —dijo Mia—. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

Raymond no dijo nada. Golpeó los dedos sobre la mesa de forma rítmica.

—Déjeme adivinar, se está amparando en la quinta enmienda —dijo Mia—. Muy bien, acabemos con esto rápidamente. —Dejó caer una carpeta marrón sobre el escritorio.

—No diré nada hasta que llegue mi abogado —interrumpió Raymond—. Y tengo uno de los mejores que hay.

—Bien, porque necesitará a ese abogado cuando lo detengamos como sospechoso de asesinato. Si no ha falsificado esta nota, me inclino a creer que es usted nuestro asesino, señor Carter.

Ella vio un breve destello de preocupación en el rostro de Raymond. Le temblaron nerviosamente los ojos y movió la nariz. Sabía que era muy poco probable que Raymond fuera el responsable de esos asesinatos y que Mia solo lo estaba provocando para que revelara la verdad.

Mia abrió la carpeta y le lanzó una foto a Raymond.

—¿Ve esto? Amy Evans, 23 años. Descuartizada y abandonada en una carretera. Amy y su madre estaban a punto de mudarse de los barrios bajos a un lugar más agradable, pero usted se lo quitó.

Ahora, su madre tiene que quedarse allí, y como si fuera poco, con una hija muerta. ¿Cómo se siente al respecto?

Raymond no dijo nada. Mantuvo la mirada fija hacia abajo.

—¿Y esta pareja de aquí? —continuó Mia mientras colocaba la siguiente foto debajo de la nariz de Raymond—. Max y Zoe. Dos jóvenes enamorados que solo buscaban pasar un tiempo juntos, ahora están fertilizando margaritas porque algún perdedor no pudo mantener sus impulsos bajo control. ¿Usted tuvo algo que ver con esto?

No hubo respuesta. Ella intentaba calibrar el lenguaje corporal de Raymond, pero él parecía mantener la calma, incluso con las imágenes de cuerpos mutilados que tenía delante. Solo había mostrado un atisbo de preocupación cuando lo amenazaron con la posibilidad de encarcelamiento.

—¿No? Entonces eche un vistazo a estas fotos, señor Carter. —Mia sacó las fotos de la escena del crimen de los asesinatos del lago—. Ava y Peter. Otra pareja joven. Fueron a acampar al bosque anoche. Ava se despertó con el intestino grueso saliéndole del estómago. A Peter le extrajeron la garganta mientras estaba vivo. —Golpeó las fotos con el dedo. Por primera vez, Raymond las miró, pero luego apartó la vista con disgusto.

—No quiero ver eso.

Mia se rio.

—¿No quiere verlo? Raymond, usted lo hizo. Admítalo y con ello se ahorrará un montón de problemas.

Raymond se removió en su silla y eso hizo sonar las cadenas de metal a sus pies.

—¿De verdad creen que he cometido estos asesinatos?

Mia se volvió hacia Ella, incitándola a tomar el relevo. Ella improvisó.

—Sí, señor Carter. Usted ciertamente encaja en los requisitos. A juzgar por la escasa reacción que ha tenido ante estas fotos de la escena del crimen, lo más probable es que esté en lo alto de la escala de psicopatía. Sin remordimientos, sin culpa, imprudente,

egoísta. Muchos psicópatas tienden a ocupar posiciones de poder también. Como editores de periódicos.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienen? —preguntó Raymond.

—Oh, no —continuó Ella—. Esa pobre mujer que usted secuestró, Amanda Huber. Está ahora mismo fuera de la habitación. —Ella señaló el vidrio reflectivo.

—¿Y? Solo publiqué la historia. Nunca la he visto en mi vida.

—Eso no es lo que ella dijo. Dijo que lo reconocía. La misma altura y el mismo acento que el hombre que la secuestró. Por eso no hay que dejar un testigo vivo, ¿verdad? Porque ya han visto su verdadera naturaleza.

Otra vez las palabras de Tobias. Ella se sintió sucia de repente, como si necesitara escupir.

—Y, por si fuera poco —intervino Mia—, están las cartas. En las dos primeras no había variaciones ortográficas británicas porque no había palabras que difirieran de las americanas. Pero en la más reciente, usted se ha equivocado dos veces. Me temo que su herencia ha sido su perdición.

—Y no podrían buscar a otra persona de origen británico, ¿no? ¿Ese pensamiento nunca se les pasó por la cabeza?

—Por supuesto que sí —dijo Ella—, pero creemos en las probabilidades estadísticas. ¿Un asesino en serie británico en California que le envía cartas a otro británico en California? Bastante improbable, ¿no?

Mia agitó la mano hacia el vidrio reflectivo. Hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Parece que tenemos todo lo que necesitamos. Esto parece bastante claro y cerrado para mí. Sr. Carter, tal vez quiera decirle a Apple que su pequeño acuerdo está cancelado. —Mia deslizó su teléfono a través de la mesa—. Mejor dígaselo usted mismo antes de que lean sobre su arresto en un periódico. En otro periódico mejor.

Solo entonces la máscara de Raymond empezó a ceder. Ella lo vio sopesar las opciones en su mente. En cualquier momento,

aparecerían las grietas, y podrían clavar sus garras y romperla. Raymond inclinó la cabeza hacia delante y se rascó la nariz en el hombro.

—Bien, pero quiero impunidad —dijo.

Mia parecía indiferente.

—¿Impunidad de qué?

—De cualquier castigo. Denme impunidad y les diré todo, siempre y cuando mi nombre se mantenga fuera de todo.

—Eso depende de lo que nos vaya a contar, amigo. Si usted confiesa un asesinato, no podemos precisamente liberarlo de una pena de prisión. Podríamos eximirlo de la pena de muerte, tal vez.

—Miren, yo no asesiné a esas personas, ¿de acuerdo? No tuve absolutamente nada que ver con eso...

Ella sospechaba que se avecinaba algo más. Tanto ella como Mia permanecieron en silencio, esperando a que el propio Raymond llenara el incómodo silencio.

—Hice una cosa. Una estupidez. Eso es todo. Lo juro por Dios.

—¿Y eso fue? —preguntó Mia.

—La nueva carta. La escribí yo. Es una sensación mediática y la estoy capitalizando.

Mia se recostó en su asiento y negó con la cabeza en señal de resignación. Miró a Ella como si dijera «¿puedes creer a este tipo?».

—Puso vidas en peligro, Sr. Carter. ¿Cómo cree que reaccionará el verdadero asesino ante una falsificación? —gritó Ella—. Una vez que vea esto, se va a enfadar, y luego va a descargar sus frustraciones con un extraño. Usted hizo eso.

Raymond levantó los hombros y parecía estar a punto de levantar las manos en un movimiento de «¿Qué quieres hacer?». Las cadenas le impidieron hacerlo.

—Lo siento, pero esta era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Este lunático eligió mi periódico como su plataforma y quiero sacarle provecho hasta el máximo. Los clics nunca han sido tan elevados. Estamos ganando cientos de miles de dólares por hora.

Ella tuvo que pensar en cosas tranquilizadoras. Se imaginó a sí misma de vuelta en Virginia, sentada cerca del río en una mañana de invierno con los pájaros cantando y los patos graznando. Cualquier cosa que le impidiera estirar la mano al otro lado de la mesa y reorganizarle la cara a Raymond Carter. Sin duda, el verdadero asesino ya había visto el mensaje falso. Probablemente estaría planeando su represalia mientras hablaban.

—Estoy decepcionada —dijo Mia—. Justo cuando creo que los humanos no pueden ser más estúpidos, o desesperados, o lamentables, aparece usted y baja el listón aún más.

Raymond no pareció tomarse muy bien la crítica, pero Ella vio que se contenía para no refutar. Probablemente para intentar aliviar su castigo.

—Entonces, ¿estoy libre de culpa? —preguntó.

Mia lo consideró.

—Deberíamos acusarlo de falsificación, pero siempre que sea completamente honesto con nosotros, y queremos decir completamente honesto, podemos pasarlo por alto. ¿Hay algo más?

—Prométanme que no se mencionará mi detención en ningún sitio, y tengo otra cosa para ustedes.

Ella se preguntó en qué acabaría esto. ¿Cuánto sabía realmente este tipo?

—Hecho —dijo Mia.

Raymond respiró profundamente antes de confesar.

—Las cartas. No llegaron al buzón del Tribune.

Ella y Mia hicieron una pausa. Definitivamente, Ella no esperaba oír eso.

—Entonces, ¿cómo le llegaron las cartas? —preguntó Mia.

—Mi asistente. Él me las trajo. Dijo que aparecieron en su buzón. En el buzón de su casa.

Ella arqueó las cejas sorprendida.

—¿Está bromeando? ¿Y eso no lo hizo sospechar?

—No. La dirección de mi asistente es fácil de encontrar. Gran parte de mi correo le llega directamente a él.

Mia saltó de su asiento.

—Ojalá nos hubiese contado esto antes, amigo. Se habría ahorrado un montón de problemas. Necesitamos su nombre y dirección. Ahora.

—Stefan Redburn. 10 Springfield Way en Point Loma. No sé el código postal.

—Describalo —dijo Ella.

—Pelo castaño. De alrededor de un metro ochenta. De buena complexión. Nacido y criado en California.

Ella recogió las fotos de la mesa y se dirigió a la puerta. Ella y Mia salieron sin hacer comentarios. Fuera las esperaba Denton.

—¿Van a ver a este nuevo tipo? —preguntó Denton.

—De inmediato. Mantén a Carter en las celdas durante la noche. Dile que, si esta carta falsa no se retira de su sitio web en los próximos diez minutos, entonces lo acusaremos de falsificación y obstrucción a la justicia —dijo Mia.

—Considéralo hecho. Si se niega, podemos hacer que nuestro equipo técnico retire la página —dijo Denton.

—Bien. Vamos, Dark. Algo está pasando aquí y tenemos que averiguar qué.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Él se quedó mirando fijamente la pantalla de su computadora en estado de *shock*. No podía creer lo que estaba viendo.

No era su letra, ni su estilo de escritura, ni su tono. Los símbolos estaban completamente equivocados. Era *amateur* de principio a fin, y el cifrado no contenía ni una sola palabra cuando se descifraba. Ni siquiera eran la pluma o el papel correctos. No era él.

Saltó de su taburete de madera, cerró el puño y lo golpeó contra la pared. Sus recortes de periódico enmarcados se sacudieron, uno de ellos cayó y se desmoronó en el suelo. Algunas astillas de madera le invadieron los nudillos, pero la rabia le impidió sentir cualquier tipo de dolor.

Era evidente lo que había ocurrido. La escoria del periódico había falsificado la carta para hacerse publicidad. ¿Cómo se atrevían a utilizar su nombre para ganar dinero? Era repugnante, enloquecedor, y alguien iba a pagarlo muy caro.

¿Acaso pensaban que no se daría cuenta? ¿Y qué creían que iba a pasar? Podía enviar otra carta alegando que la anterior no era auténtica. Así podría eliminar la marca negra de su expediente y seguir avanzando hacia la verdadera divinidad.

Levantó la imagen estropeada y escaneó las palabras. Era una carta del Zodiaco de 1969.

«Espero que se diviertan mucho tratando de atraparme. Ese no era yo en el programa de televisión, lo que trae a colación una cosa sobre mí. No le temo a la cámara de gas porque me enviará al paraíso mucho antes».

Ese no era él en el programa de televisión, había dicho su ídolo. El Zodiaco tuvo sus propios imitadores y depredadores que trataron de utilizar su nombre para conseguir notoriedad, así que, en cierto modo, el homenaje que se le hicieron a él también era apropiado.

Pero, aun así, la historia diría que esta carta fue escrita por él. Tal vez, cuando ya no existiera, en algún lugar de su propio paraíso, los hechos se confundirían y la gente creería que esta nota era un artículo genuino de Géminis.

No podía dejar que eso sucediera. Hasta ahora, su historial era impecable. Cinco muertos y ningún rastro. La policía estaba dando vueltas en círculos y él estaba viviendo la vida con la que había soñado durante años. Nadie se lo iba a arrebatar, ni la policía, ni mucho menos un periodista de pacotilla.

La muerte tendría que llegar antes de lo previsto. Quienquiera que hubiera falsificado esta nota tenía que entender que las acciones tenían consecuencias. La sangre de la próxima víctima estaría en las manos de ellos, no en las suyas, y cuando terminara, escribiría otra nota, tal vez a un periódico nacional como el New York Times o el USA Today, revelando los verdaderos hechos.

La policía saldría con todo su poder esa noche. Había un toque de queda a las 9 de la noche en un radio de 50 kilómetros, así que eso significaba que tenía que elegir entre dos opciones. Tendría que salir de la zona del toque de queda o arriesgarse a pesar de ello. Como ya tenía localizada a la siguiente víctima, tendría que ser la segunda opción.

El hombre se recostó en su silla y se tranquilizó. Era un fantasma, invisible, inalcanzable. Su ídolo nunca había sido atrapado y él tampoco lo sería. El destino lo había traído hasta aquí y las sombras lo guiarían. Hiciese lo que hiciese, no podría ser atrapado. Simplemente no era posible.

En el exterior, el crepúsculo estaba a un suspiro de distancia. Eso significaba que no tenía mucho tiempo si quería atacar por la noche. Necesitaba llegar al escondite antes de que oscureciera para poder acechar.

De su colección, sacó los objetos necesarios para recordarla. Su bolso, todavía con sus documentos de identidad y fotos dentro.

Y lo más importante, su dirección.

Ella podría haber escapado de él una vez, pero todo eso sería rectificado en cuestión de horas. Esta noche sería la última noche con vida de Amanda Huber.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ella bajó de su coche en Springfield Way.

—Esto está a solo un kilómetro y medio de donde fue asesinada Amy Evans —dijo. Springfield Way era un barrio de Point Loma, bien mantenido y presentable. Mia aparcó su vehículo lejos de la casa del sospechoso para no levantar ninguna sospecha.

—Lo sé. Eso hace que las cosas apunten bastante hacia este tipo. La mayoría de los asesinos empiezan cerca de sus casas porque necesitan la familiaridad.

Eran las siete de la tarde y unas nubes grises habían aparecido en el cielo. La temperatura había bajado a unos manejables dieciocho grados, pero a Ella le sudaban las palmas de las manos como si la historia fuera otra. Se mantuvieron lo más discretas posible mientras se acercaban al número 10. Todas las casas de la calle eran de una sola planta, lo que significaba que el sospechoso tenía pocos lugares donde esconderse si intentaba huir.

—¿Por qué este asesino enviaría mensajes al asistente del editor? —preguntó Ella—. No tiene sentido para mí.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado personal. O este Stefan es nuestro asesino o tiene una conexión con el asesino. No hay más opciones.

El camino se inclinaba directamente conduciendo a la puerta principal del número 10. La casa era pequeña pero decente, tenía un jardín delantero impecable y un Vauxhall rojo aparcado en la entrada.

—Hay alguien —dijo Ella—, pero no hay rastro de un Volkswagen plateado.

—Ese coche desapareció hace tiempo, Dark. Olvídate de él. Entraremos, y si intenta huir, lo agarraremos. ¿Está claro?

—Como el agua —dijo Ella. La descripción que Raymond había hecho de Stefan coincidía con la descripción de Amanda de su atacante. Siendo detective, no se le permitía creer en las coincidencias.

Se dirigieron hacia la puerta y Mia llamó. Ella se colocó al lado de Mia de modo que, si Stefan se asomaba a la ventana, vería únicamente a una mujer sola. Una persona llamando a la puerta podía significar cualquier cosa, dos implicaban que estabas en problemas.

Pero nadie se asomó. Se escuchó un movimiento detrás de la puerta. En la pequeña ventana de cristal, Ella vio una figura vestida de amarillo. La puerta se abrió.

—¿Hola? —dijo el hombre.

Hubo uno o dos segundos de silencio mientras ambas agentes miraban al hombre de arriba abajo. Ella estaba segura de que Mia estaba pensando lo mismo. Este hombre no se parecía en nada a las descripciones de Raymond o Amanda.

Era bajito, rubio, extremadamente delgado y vestía una camiseta de fútbol de Brasil.

—¿Stefan? —preguntó Mia—. ¿Stefan Redburn?

—No —dijo el hombre, prolongando el sonido de la o—. Es mi compañero de piso. No está aquí ahora mismo. ¿Puedo ayudarlas?

—¿Sabe cuándo volverá? —preguntó Ella.

—No estoy muy seguro. Probablemente esté en el trabajo. ¿Quieren que le dé un mensaje de que se han pasado por aquí?

—No, es muy importante que hablemos con él ahora.

Ella vio que en el rostro del hombre se empezaba a notar una preocupación.

—¿Está todo bien? ¿Está en problemas?

—No podemos decir nada —dijo Mia—, es vital que hablemos con él esta noche.

—¿Es por la factura de la luz? Porque les aseguro que fue un verdadero accidente.

—¿Podrías llamarlo para nosotras? —preguntó Mia—. ¿Podrías pedirle que venga a su casa?

El tipo se encogió de hombros.

—Puedo intentarlo. Denme un segundo. —Se retiró al interior de la casa, pero dejó la puerta entreabierta.

Ella estaba un poco sorprendida por la propuesta de Mia. Para ella, decirle a este tipo que había dos mujeres en su puerta constituía una señal de alarma total. Fuera del alcance del hombre, Ella le susurró a Mia:

—¿Llamarlo? ¿Estás segura? ¿Y si solo lo ahuyenta?

—El asesino se ha intensificado con cada crimen —Mia susurró de nuevo—. Él dijo en su última carta real que su sed nocturna de sangre se estaba desbordando a sus días, lo que significa que ahora podría estar tentado a matar durante el día o temprano en la noche. ¿Y si tiene una víctima en este momento? Esta es nuestra mejor oportunidad de salvar una vida.

El hombre de la camiseta de fútbol volvió a abrir la puerta.

—Ya está de camino a casa. Está a dos minutos de distancia. ¿Quieren esperar dentro? Parece que está a punto de llover a cántaros.

Las agentes aceptaron y entraron en la vivienda, directamente en la sala de estar. Se sentaron en el sofá mirando un televisor gigantesco, pero eso no era en lo que Ella estaba concentrada. En la esquina del amplio salón había un escritorio, y en el portabolígrafos había un montón de rotuladores negros. Junto al escritorio había una estantería, en la que Ella vio varios clásicos del crimen real. Charles Manson, Edmund Kemper y, curiosamente, «Zodiaco: La impactante historia real».

Ella echó un vistazo a Mia, que asintió con la cabeza, pues ya se había dado cuenta de lo mismo. De al lado del sofá, Mia sacó una

pila de revistas. «Rompecódigos», «Misterios de rompecabezas», «Palabras en clave». Desde la cocina, oyeron al compañero de Stefan preparando café.

—¿Quieren beber algo? —gritó el hombre.

—No, gracias —respondió Ella. Sabía que en cuanto ese hombre entrara en la habitación tenían que precipitarse. Todo esto era una coincidencia demasiado grande como para que fuera un error.

Ella evaluó la posibilidad de que este individuo, Stefan, fuera el responsable de los horripilantes sucesos que habían visto en los últimos días, y las probabilidades eran algo parecido al lanzamiento de una moneda. Hasta que no viera al hombre, no podría saberlo con certeza, pero las pruebas circunstanciales que tenían decían que este tipo estaba involucrado de alguna manera. ¿Podría haber sido atraído por la posibilidad de reconocimiento mundial? Tenía los contactos, tenía los recursos, y tal vez esto podría haber sido su camino a la fama. ¿O tal vez todo era un paso en la sombra hacia un ascenso o una promoción en el escalafón del Tribune? ¿Fabricar los asesinatos, y luego convertirse en una plataforma para el asesino, obteniendo de alguna manera la correspondencia del asesino?

Ella había visto a las corporaciones hacer algunas cosas turbias durante sus años como funcionaria de la ley, así que tal vez algo como esto supusiera la última etapa en el aborrecible *marketing* corporativo. Solo Dios sabía que no le sorprendería de algunos de ellos.

Y ahora, sentada allí viendo un escritorio, libros de crímenes reales y revistas de rompecabezas, la sensación en sus entrañas le decía que quienquiera que entrara por esa puerta en los próximos minutos tenía secretos que ella debía desenmascarar. Tenía la convicción de que la victoria estaba al alcance de la mano y, a pesar de todas las veces que la victoria le había sido arrebatada, había algo aquí que le decía que estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Y cuando esa victoria llegara, no solo salvaría vidas futuras y tranquilizaría a un millón de mentes, sino que con

eso podría cerrarle la boca a Tobias Campbell y desterrar su constante presencia en su mente.

Sonó una llave en la cerradura. Ella miró por la ventana de la sala de estar y vio que un nuevo coche había aparcado al otro lado de la entrada. Un Volkswagen negro. No plateado. ¿La memoria de Amanda podría estar un poco borrosa, tal vez?

La puerta principal se abrió y una nueva alma entró en la habitación. Ambas agentes lo miraron de arriba a abajo y, según Ella, coincidía perfectamente con la descripción de Amanda. Tenía unos treinta y dos años, medía un metro ochenta y era de complexión robusta. Llevaba una sudadera gris con capucha por encima de unos vaqueros negros y tenía un pelo oscuro que necesitaba de un lavado desde hacía tiempo.

—¿Sr. Redburn? —preguntó Mia, poniéndose en pie en cuanto él entró en la habitación.

—Sí, soy yo. ¿Quiénes son ustedes?

Mia sacó su placa de la chaqueta.

—Soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. Somos del FBI.

Y tan rápido como llegó, Stefan Redburn se fue y solo dejó su mochila. La puerta se cerró de golpe y su silueta borrosa desapareció en la calle.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Mia salió por la puerta lo suficientemente rápido como para ver a Stefan desaparecer más allá de las casas del lado opuesto de la calle. Ella y Mia lo siguieron hasta el lugar donde desapareció.

—Dark, tú ve a la izquierda. Yo voy en línea recta. Él va a doblar unas cuantas esquinas. Intenta bloquearlo.

Ella se fue antes de que Mia terminara de dar sus instrucciones. Detrás de las casas había otra calle, que llevaba a un barrio adyacente. Mia avanzó corriendo a toda velocidad, esquivando por poco la colisión con un taxi. El conductor gritó algo desde la ventanilla, pero Mia estaba demasiado lejos para darse cuenta.

Se adentró a toda velocidad en el barrio y vio hileras de casas adosadas que se extendían más allá de su campo de visión. Había múltiples curvas, lo que significaba que Stefan tenía múltiples opciones disponibles. Cuando alguien es perseguido, la naturaleza humana tiende a doblar en las esquinas en lugar de seguir un camino recto. El cerebro racional creía que eso hacía que el corredor estuviera más oculto, pero no siempre era así.

Mia tomó la primera curva y llegó a otra urbanización con un pequeño parque privado. Dado el trazado de la calle, se trataba de un callejón sin salida, por lo que era imposible que Stefan se hubiera escapado por aquí, asumiendo que estuviera familiarizado con los alrededores.

Pero entonces vio un pequeño camino justo detrás de la zona del parque. Mia se puso en la cabeza del corredor y llegó a la conclusión

de que, si estuviera intentando escapar de alguien, se dirigiría hacia allí. Mia siguió el camino y se encontró en una larga parcela de hierba que se extendía en ambas direcciones. Podía ver cerca de unos treinta metros en ambas direcciones.

A su izquierda, nada.

A su derecha, una figura.

Allí estaba él, apoyado en un árbol a unos quince metros, luchando por respirar.

Incluso desde tan lejos, Mia lo vio salir disparado cuando se dio cuenta de que aún no había conseguido la libertad. Se escabulló por la zona de hierba entre los árboles. Mia no estaba segura, pero creía que había doblado a la derecha.

Lo siguió de todos modos, sin estar demasiado segura. Rápidamente se hizo a la idea de que Stefan podría haberla evadido, pero, aun así, sabía su nombre, su dirección y su aspecto. Ciertamente, no podía permanecer oculto por mucho tiempo.

Mia llegó al final de la parcela de hierba y dobló a la derecha para volver a la calle. Otra zona residencial; una que no reconoció. Se detuvo para respirar. Inspiró por la nariz y espiró por la boca para respirar al máximo. De repente, Mia tuvo un recuerdo de los días en que podía correr kilómetros sin detenerse a recuperar el aliento. Se vio a sí misma superando ampliamente el circuito de obstáculos del campo de entrenamiento del FBI, superando el muro de tres metros, atravesando veinte barras de gimnasia y subiendo a esa red que casi tocaba las nubes. En aquel entonces, era fácil. Ahora, los años de *whiskys* dobles habían apagado gran parte de ese impulso físico.

Después de recuperarse, continuó siguiendo los caminos serpenteantes. Las casas estaban alineadas, así que no había lugar para que Stefan se escondiera entre ellas. También sería poco probable que saltara una valla, teniendo en cuenta que estaría acorralado. Todos sus impulsos primarios le dirían que se quedara en un camino abierto.

Mia de repente tuvo dudas. ¿Por qué Stefan se había apresurado tanto a huir? Seguramente, debía ser culpable, o al menos estaría

involucrado en esos asesinatos. Una persona inocente nunca huye.

Y si era el asesino, seguramente alguien tan organizado tendría un plan de juego, una estrategia de escape, una salida. ¿Y si sus planes incluían escapar a otro estado, a otro país? Si terminaban no atrapando a este asesino, solo Dios sabía dónde podría acabar. No era un sociópata desorganizado que se arriesgaba y esperaba que todo saliera bien. Era muy organizado, metódico y previsor. Se arriesgaba, sin duda, pero ella había visto a muchos sudes similares a lo largo de los años que habían desaparecido de forma similar. Nada impedía que este asesino siguiera el mismo camino.

Mia se encontró de nuevo en la carretera principal, frente a Springfield Way.

—Maldición. Se ha ido —dijo en voz alta. Tenía las manos sobre las rodillas, jadeando.

Miró la calle de arriba abajo, esperando verlo a lo lejos. Nada. Volvió a centrar su atención en la calle del sospechoso.

Movimiento.

Una sudadera gris, con la capucha ondeando al viento.

Aquí estaba Stefan Redburn, corría dando las zancadas más largas que había visto en su vida.

Se dirigía a su casa.

No, a su coche. Por supuesto.

—Maldita sea —gritó.

Mia lo persiguió, pero su mente hizo rápidamente los cálculos. Stefan estaba demasiado lejos y ya estaba a poca distancia de su Volkswagen negro. Vio cómo las luces del coche se encendían y apagaban para indicar que las puertas se habían abierto.

Mia se detuvo, pensando que tal vez podría lanzarse delante del coche para detenerlo.

No, era una sentencia de muerte. Ya había matado a cinco personas. ¿Qué le importaba otra?

Pero entonces Mia vio algo más. Entrecerró los ojos para descifrar la escena que tenía delante.

Otra figura apareció, aparentemente de la nada. De repente, todo el cuerpo de Stefan fue levantado en el aire. Mia se estremeció al ver el punto de impacto.

Un golpe seco.

Oyó la abolladura del capó a cien metros de distancia.

* * *

En la comisaría de San Diego, Stefan estaba encadenado. Todas las salas de interrogatorio estaban en uso, así que el procedimiento se llevó a cabo en su oficina. Ella rotó los omóplatos para liberar parte de la tensión. Golpear el cuerpo de Stefan contra el coche le había provocado un tirón en esa zona.

Stefan tenía un aspecto lamentable. Encajaba perfectamente en la descripción física, y el hecho de que estuviera tan ansioso por huir significaba que tenía algo que ocultar. Ella estaba desesperada por llegar al fondo del asunto, pero más que nada, quería quitarle esa mirada de desdicha con la suela de su bota.

—Entonces, ¿qué? ¿Simplemente volviste al coche? —le preguntó Mia, justo delante del sospechoso.

—Sí. Supuse que volvería allí. —Señaló con la cabeza a Stefan—. Es así de cobarde. Claro que volvería a su vehículo. Obviamente no puede luchar en una pelea justa.

Stefan pasó la mirada entre ambas agentes y luego de nuevo a los grilletes que llevaba en la muñeca.

—Buena decisión, Dark. Buena caída también.

—Gracias. No quise dañar su coche, Sr. Redburn.

—Bueno, lo hiciste —dijo. Eran sus primeras palabras desde que llegaron aquí.

—Lo siento por eso. Realmente, solo quería romper su columna vertebral. Considérelo una represalia por lo que le hizo a ella. —Ella le lanzó la foto de la escena del crimen de Amy Evans a Stefan—. Y a ella, y a esta pareja, y a estos dos. —Ella le lanzó todas las fotos

una a una con furia—. Ahora, será mejor que comience a hablar o hay una celda de prisión muy fría y húmeda en el piso de abajo en la que yo misma podré arrojarlo con gusto.

—No sé de qué hablan. No he asesinado a nadie —dijo, refiriéndose a las fotos que tenía delante.

—¿Entonces por qué ha huido como un perro quemado? —preguntó Mia.

—Creía que esto era por la carta. Lo es, ¿verdad?

—No —espetó Ella—, se trata de cinco personas muertas y tenemos razones para creer que usted las mató.

Stefan negó con la cabeza frenéticamente. Ahora mostraba dolor en la mirada. Sacó fuera el labio inferior como a un niño al que regañan.

—Nunca he matado a nadie. Lo juro.

—¿Y qué hay de la carta, señor Redburn? —preguntó Mia.

—La falsificamos. El Sr. Carter y yo. La escribimos juntos en su oficina esta mañana. Fue su idea. Yo no quería tener nada que ver con eso porque me parecía una locura. Pero eso es todo. De verdad.

A Ella no le gustó su honestidad brutal. Significaba que podía estar diciendo la verdad. Hasta ahora, todo apuntaba a que Stefan Redburn era el culpable. La descripción física, el manejo de la carta, el hecho de que huyera tan repentinamente, incluso el libro del Zodiaco en su repisa. Pero este pequeño exabrupto era contradictorio.

—¿Qué hay de las otras cartas? El Sr. Carter dijo que las verdaderas fueron entregadas en el buzón de su casa, ¿cierto?

—Eh, sí. —Stefan asintió varias veces, hasta el punto de que parecía un muñeco.

—Menuda coincidencia, ¿no? —preguntó Ella—. ¿Por qué un asesino le enviaría cartas a usted específicamente? ¿Por qué no a la oficina del Tribune? ¿O directamente al Sr. Carter? Las cosas no me cuadran.

—Mucha de la correspondencia del señor Carter me llega directamente a mí. La oficina recibe literalmente miles de cartas

cada día. Cualquier carta con el nombre del Sr. Carter es redirigida automáticamente a mí por la oficina de correos de Estados Unidos.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Ella.

—Significa que el Tribune no tiene que emplear a alguien para revisar el correo cada día. La oficina de correos hace el trabajo pesado por nosotros.

—Dios —dijo Mia—. Malditos tacaños. Todo ese dinero y ni siquiera pueden pagar un asistente de clasificación.

Stefan pareció estar de acuerdo.

—Lo sé, ¿verdad? No estoy de acuerdo. Pero podría ser por eso que las cartas llegaron a mi casa. No estaban dirigidas al señor Carter, pero decían «para la atención del editor» en el frente.

Ella seguía sin creérselo.

—¿Y qué pensó cuando llegó la primera carta? ¿Su primer pensamiento fue dársela a Carter y no decírselo a la policía?

—Porque pensé que era falsa. En ese momento, no sabíamos que alguien había sido asesinado. Se la mostré al Sr. Carter y se emocionó mucho. La publicó de inmediato. Le dije que no lo hiciera porque era injusto e irrespetuoso, pero me ignoró. Dijo que traería una locura de dinero.

—¿Y la segunda carta? —preguntó Mia.

—Exactamente lo mismo. Apareció en mi buzón esta mañana y se la llevé directamente al señor Carter. Pero en esta ocasión, me asusté porque tenía ropa ensangrentada. Fui a llamarlos de inmediato, pero él me detuvo y me dijo que esperara.

Ella no lograba entender la verdad. Stefan hablaba como un niño asustado, pero, aun así, la persona a la que estaban cazando entendía cómo funcionaban los humanos. Seguramente sabía que la emoción era la clave del éxito de la manipulación. Buscó signos de que Stefan pudiera haber estado recientemente en una lucha. Uñas rotas, hematomas, cortes, tiritas, sangre bajo las uñas.

Aparte de los daños invisibles en la columna vertebral que indudablemente le había causado el golpe en el cuerpo, no había nada. Era un individuo relativamente sano, para decepción de Ella.

—¿Y la supuesta carta falsa? —preguntó Mia—. Háblenos de ella.

Stefan dirigió su mirada al techo. Instintivamente fue a frotarse los ojos, pero las esposas lo retuvieron.

—Fue idea del Sr. Carter. La escribió él. Yo solo le di el bolígrafo y el papel que se parecía a las cartas anteriores. Que yo sepa, solo él y yo sabíamos que era falsa.

Ella se rio.

—¿Es una broma? Hay alguien más que sabe que es falsa. Piense un poco.

A Stefan le costó un segundo.

—El verdadero asesino.

—Lotería. Tu jefe debe haber enfadado a este asesino, y no me sorprenderá que vaya a por él a continuación —dijo Mia.

—Señor Redburn, necesitaremos verificar su paradero durante las dos últimas noches. ¿Dónde estaba usted?

—En casa. Durmiendo —dijo Stefan rápidamente.

—¿Supongo que su compañero de piso puede verificarlo? —preguntó Ella.

Stefan dudó. Recorrió la habitación con la mirada antes de fijarse en la puerta. Nerviosismo, preocupación, ansiedad, pensó Ella.

—Eh... no. No exactamente.

—¿No?

—Él trabaja en el turno de noche. De diez a seis.

Ella miró a su compañera. A juzgar por la mirada de Mia, tenía las mismas ideas que Ella. Stefan encajaba en algunos aspectos, pero no en todos.

—Qué buena colección de libros de crímenes reales tenía en su casa. Revistas de rompecabezas también. ¿Usted sabe lo que le gusta a nuestro asesino? El asesino del Zodiaco y los rompecabezas —dijo Ella. Probablemente Mia la amonestaría más tarde por revelar complejidades del caso como esa, pero ya no le importaba.

—¿Mi qué? ¿Libros? Ojalá tuviera tiempo para leer. Si no estoy trabajando, estoy mirando los barcos en los muelles. No hago mucho más. Alex y yo compramos esos libros solo para que se vieran bien

en nuestra estantería. Nunca los hemos leído. Alex es el chico de los rompecabezas.

Ella se quitó las gafas y las dejó caer sobre su regazo. En teoría, Stefan Redburn perfectamente podría ser el asesino. Ciertas cosas coincidían y las pruebas circunstanciales constituían un caso sólido.

Pero su instinto le decía lo contrario. Le decía que Stefan era un hombre inocente, una parte inofensiva que había sido arrastrada involuntariamente a este juego por su despreciable jefe. No sabía qué pensar y, a medida que caía la noche, estaba segura de que el asesino iba a volver a atacar en las próximas horas. Miró al techo y quiso gritar de frustración.

—Dark, salgamos fuera —dijo Mia—. Tenemos que hablar con el oficial Denton.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Fuera de su despacho, las agentes volvieron a reunirse con el oficial Denton. Ella no perdía de vista a Stefan a través de la ventana, en busca de los más vagos signos de culpabilidad. Ahora que se había quedado solo, tenía un aspecto lamentable y fijaba su mirada en las manos temblorosas que tenía delante.

—¿Hay alguna prueba sólida contra este tipo? —preguntó Denton a las agentes.

—No. Al menos no todavía —dijo Mia—. Muchas circunstanciales, pero nada contundente.

—Su historia sobre las cartas parece demasiado increíble. Demasiado conveniente —añadió Ella.

—Bueno, lo he investigado y, por lo que veo, está completamente limpio. Un chico perfecto. Ni siquiera una multa de aparcamiento.

Mia se rascó la mejilla y miró a Stefan a través del cristal.

—¿Sin antecedentes penales y saltando directamente al homicidio premeditado? No tiene sentido.

—¿Qué es lo mejor, entonces? ¿Mantenerlo aquí?

—Sí. Podemos retenerlo con un cargo de falsificación durante veinticuatro horas. Retenlo aquí por ahora hasta que hayamos avanzado en esto —dijo Mia.

Ella captó la línea de pensamiento de Mia. Había muchas posibilidades de que el asesino atacara esa misma noche, teniendo en cuenta el pequeño truco de Raymond y Stefan. Así que, si Stefan estaba detenido durante otro asesinato, eso cimentaría su inocencia, al menos en parte.

—Muy bien, lo llevaré a las celdas —dijo Denton. Fue a buscar a Stefan a la sala y lo acompañó fuera, pasando por delante de las agentes y del resto de los oficiales de guardia. En todo momento, Stefan evitó el contacto visual con los demás, manteniendo su estructura atlética agachada y decaída. En el escritorio de Denton, él se detuvo y habló con Stefan sobre algo. Probablemente le dijo cómo iban a transcurrir las próximas 24 horas.

—¿Ves eso? —dijo Mia—. Sumisión total. Si este fuera el asesino, se conduciría con la frente en alto. Miraría directamente a las caras de esos policías y se deleitaría con el dolor que ha causado. Yo no lo creo.

Ella apoyó el hombro en la pared. Su pequeña herida, que ahora era en vano, se reactivó un poco con el impacto. Dobló el cuello para hacerlo crujir.

—Lo sé. Me pareció que decía la verdad. No soy experta en lenguaje corporal, pero no parecía tener nada que ocultar.

—Sí, bueno, yo sí soy una experta en lenguaje corporal y sus microseñales coincidían. Nada sugería que estaba ocultando algo. Sus pies estaban apuntando hacia nosotras todo el tiempo. No puso ninguna barrera entre nosotros. Cuando recordó lo de las cartas, miró hacia arriba y a la derecha.

—Recuerdo visual. Todo sucedió exactamente como lo describió.

—No puedo asegurarlo, pero eso parece —dijo Mia.

El teléfono de Ella sonó. Un mensaje de Ben.

«Hola, ¿cómo van las cosas por ahí? ¿Alguna idea de cuándo vas a volver?, x».

Empezó a escribir una respuesta, pero la borró. Ahora mismo no sabía qué decirle y lo último que quería era darle la esperanza de que podría volver a casa pronto. Se dijo a sí misma que vería lo que ocurriría esta noche y que, si no había avances en el caso, podría decirle que estaría en casa en dos semanas.

Pero, aun así, ¿dos semanas? ¿Era justo hacerlo esperar así?

—Me gustaría poder entrar en la cabeza de este tipo —interrumpió Mia—. ¿Qué está pensando? ¿Cuál es su siguiente

paso?

—Sí, sé lo que quieres decir. No puedo entenderlo —dijo Ella.

—Si hay otro incidente esta noche, significa que Stefan es inocente. Voy a enviarle una foto de él a Amanda para ver si lo reconoce. Quizá también le envíe una muestra de voz. Pero aun así, es una posibilidad remota.

—No me voy a hacer ilusiones. No otra vez. Cada vez que nos acercamos a la línea de meta se aleja aún más —dijo Ella—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Por lo general, dos semanas en el campo. Luego podemos retomar el caso en el cuartel general. Pero lo que suele ocurrir es que llega otro caso y hay que encontrar tiempo para trabajar en los dos. Lo mismo ocurre una y otra vez, y antes de que te des cuenta estás haciendo malabares con diez casos activos. En algún momento es inevitable, Dark.

Ella se hundió más en la pared. Exhaló un fuerte suspiro, su motivación se dispersó junto con el aire caliente. El cansancio le entumeció las piernas y la mareó un poco, despertando todas las heridas que había sufrido en las últimas semanas. Estaba atrapada en esta comisaría mientras un psicópata se dedicaba a cazar por la ciudad en busca de su próxima presa. Este hecho le produjo una oleada de temor por sí solo, pues sabía que al despertar al día siguiente probablemente se encontraría con la temida frase: «Ha habido otro asesinato».

—Todo es demasiado variado. ¿Dónde atacaría alguien así la próxima vez? Especialmente con el toque de queda. ¿Es lo suficientemente audaz como para arriesgarse a salir a la calle después del anochecer? Normalmente, podría predecir a un tipo como este hasta en su ropa, pero no tengo idea de cómo piensa esta persona. Sabemos que se divierte con estos asesinatos, pero también se divierte con el aspecto terrorista. —Mia levantó las palmas de las manos hacia el techo—. No tengo nada.

Ella miró hacia el despacho, y vio a Stefan y Denton desaparecer por la lejana escalera. Ese era su principal sospechoso, que ahora se

desvanecía y se llevaba consigo todas las esperanzas de una captura exitosa. Podrían interrogarlo más, pensó Ella, pero sabía que no se podía extraer nada más de él. No era más que un peón en este juego de ajedrez mortal.

Solo un peón.

Ella se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano.

Ni ella ni Mia entendían a este asesino, pero había alguien ahí fuera que podría hacerlo.

—Ripley, solo necesito hacer una llamada.

* * *

Ella estaba fuera de la comisaría con el número ya marcado en su teléfono. Había oscurecido, una brisa fría la tranquilizaba y le hacía estallar las heridas al mismo tiempo. Pasó por delante de la zona de fumadores, previsiblemente desierta dada la conciencia sobre la salud de la profesión policial. Era un lugar tranquilo, con suficiente espacio para maniobrar en caso de que algún alma errante se entrometiera.

Cada fibra de su ser le decía que era una mala idea.

¿Pero había otra opción? ¿Cuál era el coste de salvar vidas? Sus propios sentimientos no tenían importancia ahora que había entrado en el mundo de las fuerzas del orden. Hacía siete años, en su primer día como analista de la policía de Virginia, juró proteger al público con justicia, integridad, diligencia e imparcialidad. Ahora, más que nunca, necesitaba recordarlo.

El teléfono sonó una vez y luego se cortó.

Se oyó un pitido, como el de un viejo módem telefónico de los años noventa.

—Departamento penitenciario de la prisión estatal de Maine
—dijo la voz. Nada más.

—Hola. Soy la agente Dark de la oficina del FBI en Washington, estaba...

—Número de identificación, por favor —interrumpió la voz. Ella le dio los datos y oyó que tecleaba algo al otro lado—. Gracias, señorita Dark. ¿En qué podemos ayudarla?

—Estuve en su prisión el sábado para visitar al recluso número dos-siete-seis-uno. Me preguntaba si sería posible hablar con él de nuevo.

—¿Por teléfono?

—Sí, por favor —dijo Ella.

Más tecleos del otro lado.

—¿Campbell? ¿Quiere hablar con Tobias Campbell?

—Sí, eso quiero. —De repente, Ella se sintió fuera de lugar. ¿Quién era ella para hacer semejante petición? Pedir acceso inmediato a uno de los presos de más alto perfil del país era un movimiento audaz. Oír la voz al otro lado hizo que todo fuera demasiado real.

—Es una gran petición. Podría llevar un tiempo —dijo el hombre—. No cuelgue, por favor.

Ella fue sorprendida por un pitido. Al observar la zona del patio, le empezó a temblar todo el cuerpo. Se sentía como si estuviera violando algo que no debía, como si estuviera traspasando en una propiedad ajena. No estaba bien. No había forma de que esto funcionara, y no sabía en qué problemas legales podría meter al FBI.

Ella silenció los pitidos y colgó inmediatamente. Respiró el aire de la noche y al instante volvió a San Diego, al mundo real. Por Dios, ¿en qué demonios estaba pensando? Todas las llamadas telefónicas a las prisiones eran grabadas. En algún lugar de Maine ahora mismo, un funcionario de la prisión estaba verificando los datos de Ella con la oficina del FBI. Sabrían que había llamado. No le extrañaría que el director le llamara de inmediato para preguntarle qué demonios se le había pasado por la cabeza.

Y también estaba Mia. Por supuesto que se enteraría. Después de eso, podría despedirse de su carrera en el campo. Mia solicitaría una nueva compañera; alguna otra afortunada sería sacada de un trabajo de oficina para vivir la vida que Ella había soñado. Había

tirado su trabajo perfecto por la borda por un error que fácilmente podría haber evitado.

Ella atravesó el refugio para fumadores y se dirigió a la puerta trasera de la comisaría. Tiró de la barra y el aire caliente del interior la golpeó como un camión a toda velocidad. En el interior, llegó a la escalera y preparó las excusas para hacer frente a Mia.

Tal vez podía haber llamado a Ben. O a su compañera de piso. Cualquiera de las dos opciones funcionaría.

Pero tuvo que detenerse a mitad de la escalera para asegurarse de que no se lo estaba imaginando. Y para asegurarse de su mente ansiosa no le estaba jugando una mala pasada.

El timbre resonó en el hueco de la escalera, rebotando en las paredes y en los pasamanos de acero.

Su teléfono estaba sonando.

La preocupación la paralizó al instante, impidiéndole bajar la mirada y consultar el identificador de llamadas.

Un timbre. Dos timbres.

Con las manos temblorosas, metió la mano en el bolsillo y acercó la pantalla con reticencia.

NÚMERO DESCONOCIDO.

Tres y cuatro.

Después de seis tonos, ya no habría más.

¿Era William Edis a punto de exigirle que volviera a Washington de inmediato?

¿O era otra persona?

Cinco. Ella respiró hondo y pulsó el botón para contestar.

—¿Hola?

Silencio. Luego, ruido de movimientos.

Y aunque no podía ver a la persona que estaba al otro lado, supo que estaba esbozando aquella sonrisa torcida en ese preciso momento.

—Hola, señorita Dark. Me alegro de volver a oír tu voz.

Ella volvió a salir, lejos de oídos indiscretos. Esta vez, no sintió el frío en absoluto. Cada centímetro de la piel le ardía de inquietud.

—¿Tobias? ¿Eres tú?

—Soy yo. ¿Me buscabas?

—¿Cómo puede llamarme? —preguntó Ella, examinando frenéticamente el exterior en busca de señales de vida. Seguía sin haber nadie cerca.

—Me traen un teléfono, como verás. No se me permite mezclarme con la plebe en la zona de visitas.

Su voz era baja y tranquila, pero de todos modos se adentró en ella y cada palabra se deslizó por su canal auditivo como una víbora nociva.

—Oh. Ya veo. Tobias, esto fue un error. No quería llamarte.

—Tonterías —siseó él, articulando las eses—. Me llamaste por ese chico travieso de California. Tiene a la policía persiguiéndose la cola como un perro demente. Quieres ser la que lo inmovilice, lo mire a los ojos y le diga que no puede competir con el FBI. Entonces quieres convencerte de que estuviste un paso por delante desde el primer día, ¿no?

Recordó su sueño. Cómo la hizo sentir este hombre. Se lo imaginó ahora, en su celda, quizás sentado en su cama y deleitándose con que el FBI quisiera su ayuda. Pensar en ello la asqueaba, pero si salvaba una vida, valía la pena el sufrimiento.

—Sí. Eso quiero. —No estaba segura de cómo Tobias conocía el caso, pero no iba a preguntar. Cuanto menos develara, mejor.

—Háblame de él —dijo Tobias—. He oído las noticias, pero los detalles se me escapan.

Ella decidió darle la versión corta. Divulgar detalles confidenciales como estaba a punto de hacerlo, especialmente a un criminal y manipulador de alto nivel como Tobias, suponía el despido inmediato y la inclusión en una lista negra para trabajar en cualquier cuerpo de seguridad del país. Pero ya había llegado hasta aquí. No había vuelta atrás. De cualquier manera, los altos mandos del FBI se iban a enterar de esto.

—La víctima número uno era una mujer sola. 23 años de edad. Apuñalada 42 veces en el borde de la carretera. Las víctimas dos y

tres eran una pareja de adolescentes, apuñalados en un camino de enamorados en su coche. Después de eso, secuestró a una mujer mayor en su coche, pero ella escapó. Y anoche, mató a otra pareja que acampaba en el bosque. Hizo que la mujer matara al hombre y luego los mutiló a ambos. También se ha burlado de la prensa con cartas y rompecabezas.

Tobias inspiró profunda y satisfactoriamente, como si hubiera inhalado una profunda dosis de nicotina.

—Interesante. Tenemos un imitador del Zodiaco.

Cuando Tobias dijo «tenemos», ella volvió a luchar contra el impulso de colgar. La idea de que estuvieran trabajando juntos era un pensamiento nauseabundo. Se tragó su orgullo.

—Sí, eso es correcto.

—Dime, agente Dark, ¿qué has hecho? Tú y tu pequeña banda de soldados de por allí. ¿Cómo han tratado de detener a este perpetrador?

Ella volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie había salido a hurtadillas. No perdió de vista la puerta. No había señales de vida.

—¿Qué quieres decir?

—Al igual que el Zodiaco, este hombre quiere que los medios de comunicación y la policía participen en su historia. Tú eres tan importante para él como los asesinatos que está cometiendo. Sin ti, sus asesinatos pierden un cierto sentido de prestigio. Seguramente disfruta de la gratificación sexual que le proporcionan sus asesinatos, pero jugar en clase es más divertido cuando el profesor está al tanto. Es un juego de poder para él. Los niños no solo quieren un coche de juguete, quieren todo el conjunto. La máxima tragedia significa una emoción más intensa. Ustedes y sus víctimas son juguetes para ser involucrados y manipulados.

—Bien, ¿y? ¿Cómo lo detengo? Hemos puesto un toque de queda en un radio de cincuenta kilómetros. Nadie debe estar fuera después del anochecer a menos que tenga una buena razón.

Oyó de nuevo esa sonrisa de satisfacción.

—Oh, cielos. Y dada la diferencia horaria, eso debería ser ahora mismo, ¿no?

Ella miró su reloj, sin darse cuenta de lo rápido que pasaban las horas.

—Sí, es ahora.

—Bueno, me temo que ya has sellado el destino de un alma desafortunada. Este hombre ve su toque de queda como un desafío a sus habilidades depredadoras. Debes recordar, agente Dark, que este hombre no ve el mundo como tú. Las reglas y las políticas no son más que una forma de demostrar su dominio superándolas y, de paso, superándote a ti también. Pero te diré una cosa, agente.

—¿Sí? Por favor, hazlo.

—Esta noche es tu mejor oportunidad de atraparlo. Tal vez tu única oportunidad de atraparlo.

Ella permaneció tranquila, intentando no pensar en las horas que pasaban.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Al igual que hizo el Zodiaco, este hombre dejará su huella y luego desaparecerá. Es lo suficientemente inteligente como para entender que no se puede llegar más alto que el pináculo. Una vez que haya empapado la ciudad de sangre y cimentado su nombre en los anales de la historia, simplemente desaparecerá del mapa y únicamente usará los recuerdos de su reinado para revivir ese subidón durante el resto de su vida.

—Bien, pero si ese es el caso, ¿cómo debo atraparlo? ¿Dónde estará? ¿En qué está pensando?

—Dime esto, Srta. Dark. ¿Por qué debería ayudarte?

Ella quiso hablar, pero no le salieron las palabras. Se sentía como una pregunta para la que debería tener una respuesta, pero ahora que lo pensaba, Tobias no tenía ninguna razón para ayudarla.

—Puedo conseguirte cosas. Estoy en el FBI. Puedo enviarte...

—No. Por favor, deja de hablar —interrumpió Tobias—. Ya puedo conseguir lo que quiera. Sin embargo, tienes una cosa que nadie más puede ofrecer.

A Ella no le gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué cosa?

—Si me prometes que me concederás este deseo, te diré el lugar exacto en el que estará tu sujeto desconocido esta noche.

—Sí. Lo que quieras —dijo Ella, la emoción nubló su pensamiento racional por un momento. Después de que las palabras se le escaparon de la garganta, se arrepintió de inmediato.

—La agente Ripley —dijo Tobias—. La quiero.

A Ella casi se le cae el teléfono de la mano.

—¿Qué? ¿Quieres que te ponga en contacto con ella?

Tobias se rio tan fuerte que la línea crepitó.

—No, agente Dark. Quiero que la mates por mí.

En ese momento, todo pareció surrealista. Ella pensó que tal vez se trataba de otro sueño y que en cualquier momento se despertaría en su sombría habitación de hotel con el sudor goteándole en la frente.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo? No voy a hacer eso. Obviamente no lo voy a hacer.

—Pip-pip. Bueno, me temo que tengo que dejarte ahora.

—No, por favor, tienes que decírmelo. Haré cualquier otra cosa. Puedo hacer que te transfieran a una prisión más bonita, a una celda más grande.

—Oh, Srta. Dark. Debe ser muy triste para ti. Pasaste tu vida investigando la mente desordenada y sigues estando tan lejos de ella. Tratas de comprender algo incógnito, es bastante como para volver loca a una persona cuerda. Qué ironía.

—Solo dime esto, y luego iré a visitarte de nuevo. Hablaré con la agente Ripley para que también vaya a verte. ¿Sabes que ella también habla de ti?

—Esto es lo último que te voy a decir, luego vuelvo a mis libros.

—Tobias bajó un poco la voz—. Para tu sujeto desconocido, sus víctimas son objetos. Cada asesinato los convierte en tales, despojándolos de lo que alguna vez los hizo humanos. Ahora pertenecen al asesino, y lo harán para siempre. Ahora, agente Dark,

piensa en lo que me has contado antes. Piensa en los detalles. Ya te he dicho dónde estará el asesino esta noche, solo tienes que descubrirlo por ti misma. No tengo duda de que tú y yo volveremos a hablar algún día.

—Pero dónde...

Y la comunicación se cortó.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

En su escritorio, Mia comprobó la hora en su portátil. 21:23. ¿Dónde diablo se había metido Ella? Mia esperaba que no se hubiera perdido en el laberinto que era el edificio de la policía de San Diego.

La puerta se abrió y entró el oficial Denton. Cogió una de las sillas libres y tomó asiento.

—Hice que algunos de mis hombres investigaran a Stefan Redburn. Es decir, una verdadera investigación a fondo.

—¿En serio? —Había un atisbo de esperanza en la voz de Mia.

—Uno de los oficiales revisó su computadora y encontraron que había reproducido algunos archivos alrededor de la una de la mañana del viernes. Lo que significa...

—Significa que estaba en casa durante los asesinatos de Black's Beach.

—Me temo que sí —dijo Denton—. Pero si me preguntas, eso no lo excluye del todo. Yo creo que podría ser él. Que su computadora reprodujera un par de películas no significa que estuviera en casa. Para mí todo es un poco sospechoso.

—No hay suficientes pruebas. Casi ninguna prueba.

—Sus huellas estaban en todas esas cartas. Estamos consiguiendo una muestra de escritura mientras hablamos. Muchos de mis chicos han revisado los detalles y parecen bastante seguros de que Stefan es el culpable.

La puerta se abrió de nuevo. Ella volvió al despacho, con el pelo revuelto y los brazos rojos por el frío. Se sentó sin hablar con Mia ni

con Denton.

—¿Estás bien, Dark? Pensé que te habías perdido.

Ella acercó su computadora portátil y se quedó mirando fijamente la pantalla.

—Estoy bien. Acabo de llamar a Ben y me ha hablado durante mucho tiempo.

No parecía la misma de siempre. ¿Problemas de pareja? ¿Tal vez Ella había terminado con él? Por su aspecto, no quería hablar de ello, así que Mia lo dejó pasar.

—Dark, algunos de los chicos de aquí creen que Stefan es el culpable. ¿Qué dices tú?

Ella tecleó algo y se quedó mirando la pantalla durante unos instantes.

—Yo no lo creo —dijo finalmente—. Y tú tampoco, Ripley.

—Tienes toda la razón. Mi instinto me dice que es un hombre inocente, pero no puedo ignorar algunas de las pruebas circunstanciales que tenemos contra él. Sin mencionar que parece demasiado limpio. Tiene una respuesta para cada cosa que le presentamos. Como si estuviera preparado para ello.

Ella se recogió el pelo y se rascó la nuca.

—No, tiene que haber algo que se nos escapa. Y por cada segundo que perdemos tratando de convencernos de que fue Stefan, más posibilidades hay de que otra persona por ahí sea masacrada esta noche.

—Tenemos patrullas desplegadas al máximo —ofreció Denton—. Cualquiera que esté en la calle será detenido e interrogado.

Ella cerró la pantalla de su computadora portátil con fuerza. Un movimiento inesperado. ¿Qué le pasaba a esta chica?

—¿Y qué le impide mentir? —preguntó Ella, con la voz un poco más alta de lo habitual—. Nuestro sudés nos ha hecho la vida imposible, ¿y creemos que un toque de queda va a detenerlo? Seguro que ya tiene preparadas sus excusas por si lo paran. Probablemente también tenga una identificación falsa.

Mia pensó que probablemente Ella tenía razón. Un toque de queda no haría mucho para detener a alguien tan decidido como su asesino. Era una tirita en una herida de bala.

—Entonces, ¿qué sugieres, Dark? ¿Qué vayamos a vigilar todas las playas de San Diego? ¿Cada lago, cada bosque, cada callejón aislado? ¿Y qué pasa si no ataca en ninguno de ellos? ¿Y si vuelve a ajustar por completo su *modus operandi*?

Ella se levantó y se paseó de arriba abajo cerca de la pared más lejana. Le había pasado algo, pensó Mia. Algo la había alterado. Pero lo que Mia había aprendido de sus dos últimos casos era que siempre que Ella alcanzaba esos niveles insondables de desesperación, era cuando entraba en su elemento. La urgencia sacaba lo mejor de ella, como lo hacía con muchos. Cuando estaba contra la pared, se defendía con fuerza.

—Este sudés ve nuestro toque de queda como un desafío a sus habilidades —dijo Ella—. Él no ve el mundo como nosotros. Este toque de queda es solo una forma de demostrar su dominio.

—Correcto —dijo Mia—. Pero eso no indica dónde podría atacar a continuación.

Ella apoyó la frente contra la ventana de la oficina y habló hacia ella.

—Tal vez lo haga —dijo.

Mia lo pensó, sin poder llegar a ninguna conclusión.

—No, no lo hace. No veo cómo un toque de queda va a ayudarnos a predecir sus movimientos.

Ella seguía de pie dándoles la espalda a ella y a Denton, observando el horizonte nocturno a través del cristal. Para Mia, los pensamientos de Ella eran una corriente de conciencia y no un tipo de deducción racional. Tal vez era su cansancio el que hablaba.

—Estas víctimas son objetos para él. Una vez que las ataca, le pertenecen para siempre —continuó Ella—. Como el Zodiaco original mataba porque quería esclavos para el más allá. Él mató porque quería ir a una especie de paraíso eterno. En su última carta,

nuestro sudés mencionó algo sobre el más allá, así que probablemente comparta las mismas creencias.

Mia repasó las víctimas una por una. Se puso en la cabeza del asesino y trató de imaginar lo que haría al enfrentarse a estas probabilidades. El público en general estaría en sus casas y, aunque podría tener suerte encontrando algunos rezagados en las calles, sería una posibilidad remota para él. ¿Y este sudés se arriesgaría a cazar para luego volver a casa sin haber matado?

No, tenía que matar esta noche. Estaba decidido a demostrarle a los falsificadores de cartas quién estaba realmente al mando. No había ninguna posibilidad de que alguien con tanta fuerza de voluntad lo dejara pasar, ni siquiera por una noche.

Las palabras de Ella aún flotaban en el aire. Mia se volvió hacia ella, dándose cuenta de que había dicho algo increíblemente revelador. Quizá la novata ni siquiera era consciente de ello.

—Dark, ¿qué has dicho?

Ella se volvió con aquella mirada solemne en el rostro. Ciertamente, había angustia en ella.

—Él cree en una especie del más allá, como el Zodiaco original.

Mia negó con la cabeza.

—No, no. Lo otro. Sobre la objetivación.

—Oh. Él ve a estas personas como objetos después de atacarlas. Son sus posesiones. Es como un niño con juguetes.

Mia golpeó las manos en el escritorio y se puso de pie.

—Maldita sea. Por supuesto. Eso es. Dark, eres un genio. ¿Por qué no lo dijiste antes?

Ella lucía como alguien que acababa de ganar la lotería, pero aún estaba en el estado inicial de incredulidad.

—¿Qué? ¿En qué estás pensando?

—No atacará en ningún lugar público debido al toque de queda. Es demasiado arriesgado, incluso para él. Sabe que tendremos ojos y oídos en las calles. La última vez, cuando pensamos que iba a atacar en la fiesta, ¿qué hizo? —preguntó Mia.

—Nos desvió —dijo Ella, formulando la respuesta como una pregunta.

—Exactamente, nos atrajo a un lugar y a un lugar completamente diferente. Esta noche, quiere que pensemos que va a atacar las zonas aisladas de nuevo, pero no creo que lo haga.

—¿No? —intervino Denton.

—No. Como dice Dark, sus víctimas son sus posesiones y puede jugar con ellas cuando quiera. Va a atacar a alguien con quien sepa que no puede fallar. En algún lugar seguro y protegido, lejos de los ojos vigilantes de la policía.

La expresión de Ella cambió de incredulidad a comprensión.

—Oh, diablos, tienes razón. Ahí es exactamente donde va a atacar. Vamos —gritó.

Las agentes agarraron sus chaquetas.

—Denton, vigila las patrullas. Si nos equivocamos es aún más importante que tengamos muchos oficiales en las calles.

—Esperen, ¿a dónde van? —preguntó Denton.

—A algún lugar de La Mesa —dijo Mia—. Te enviaré un mensaje con los detalles en un segundo. Si necesitamos refuerzos, te llamaré.

* * *

Ella hizo todo lo posible por desterrar los pensamientos de Campbell mientras recorrían las calles de La Mesa. La conducción de Mia les hizo ganar valiosos segundos, pero el tiempo no estaba de su lado. Eran las 21:42 y ya había caído la noche. Había muchas posibilidades de que llegaran demasiado tarde.

Por delante de ella, las calles de San Diego pasaban borrosas y apenas había un alma presente gracias al toque de queda. El corazón de Ella latía con la fuerza de mil tambores al pensar en lo que podrían descubrir a continuación. ¿Se encontraría cara a cara con el asesino, o las habría despistado una vez más? La única cosa de la que estaba segura era que él atacaría de nuevo esta noche.

Todo tenía sentido, aunque había sido Tobias quién había plantado la semilla de la idea en su cabeza.

—¿Cuáles son las probabilidades? —preguntó Ella.

Mia tomó una curva tan bruscamente que Ella casi se estrelló contra la puerta.

—¿Probabilidades de qué? —preguntó—. ¿Probabilidades de que estemos a punto de conocer a este tipo? Bastante altas. Rara vez estoy segura de algo en este trabajo, pero apostaría mi vida por esto.

—¿De verdad?

—Cien por cien. El toque de queda, las cartas, la venganza. Si yo fuera él, esto es exactamente lo que haría. Asuntos pendientes.

Si era lo suficientemente bueno para Ripley, era lo suficientemente bueno para ella. ¿Era esto lo que Tobias Campbell había querido decir? Cuando Ella encajó las piezas, todo estaba ahí delante de ella. Su toque de queda había protegido a los ciudadanos de San Diego, pero también significaba que este asesino sabía exactamente dónde estarían las posibles víctimas: en sus hogares. Todo lo que necesitaba saber era la dirección de alguien que encajara con su tipo de víctima, y dadas las pruebas, definitivamente la tenía.

«Piensa en lo que me has contado antes. Piensa en los detalles. Ya te he dicho dónde estará el asesino esta noche, solo tienes que descubrirlo por ti misma».

¿De dónde más podría estar hablando? No había otro lugar que su destino. Todos estaban metidos en esto, y si se equivocaban, entonces perderían otra vida en sus manos. Ella no estaba segura de poder vivir con otra derrota.

El GPS indicaba que su destino estaba a dos calles de distancia. Mia dobló bruscamente a la derecha, salió disparada hasta el final de la calle y frenó en seco.

—Vamos —gritó.

Ambas agentes saltaron del coche y se pusieron a cubierto detrás de los coches aparcados a lo largo de la calle. Se escabulleron

sigilosamente, fuera de la vista, hasta que encontraron el número 4 de la avenida Ravenscourt. Era una casa adosada de buen tamaño que daba al bosque y, por lo que Ella pudo ver, todas las luces de la casa estaban apagadas. Pero el coche en la entrada sugería que su ocupante estaba dentro.

—Vamos —dijo Ella, tomando la iniciativa. Avanzaron hacia la puerta y Ella la golpeó con los puños—. FBI. Por favor, abran.

«Por favor, que no sea demasiado tarde —suplicó en silencio—. Por favor, abran la puerta».

Pasaron unos segundos. Ella volvió a llamar, pero el silencio hablaba por sí solo.

Se asomó por la ventana y vio un salón oscuro y poco más. El pánico se convirtió en su principal emoción. Agarró el picaporte de la puerta y tiró con fuerza, pero el picaporte apenas se movió. Estaba cerrada con llave.

—Esto no me da buena espina.

Ella volvió a la ventana, esta vez golpeando el cristal. Su intrusión probablemente llamaría la atención de los vecinos de los alrededores, pero eso no le preocupaba a Ella. De hecho, sería algo bueno. Más ojos, más oídos.

Entonces, vio movimiento en la oscuridad.

La adrenalina la invadió en oleadas abrumadoras y sintió como si la elevara del suelo.

El movimiento se acercó. Apareció la silueta de una figura que la miraba fijamente con sus brillantes ojos.

—Ripley, hay alguien aquí —gritó Ella, sin estar segura aún de si esto había sido un éxito o un fracaso.

—FBI. Abran la maldita puerta —gritó Ripley.

Ella vio que la figura se detenía, claramente asustada por la orden. Esperó inmóvil como un maniquí, y por un segundo Ella se preguntó si no era eso lo que estaba viendo exactamente.

Pero entonces, para horror de Ella, la figura desapareció fuera de la vista.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El toque de queda estaba en plena vigencia, pero el hombre ya estaba preparado y esperando en posición. Su destino era una casa adosada en la avenida Ravenscourt, y desde su escondite veía exactamente lo que necesitaba ver.

Al final de la calle había una pequeña iglesia, abandonada desde hacía mucho tiempo a juzgar por el destartado exterior. Fuera de la iglesia había un cementerio, igualmente abandonado dado por la hierba que le llegaba hasta las rodillas, las latas de cerveza y las agujas desechadas. Desde allí podía ver toda la calle a través de la verja de hierro forjado y podía refugiarse en las sombras si algún transeúnte se daba cuenta de su presencia.

Sin que la policía lo supiera, el toque de queda facilitaba las cosas. Revisarían los lagos, los bosques, los puntos de encuentro. Perderían su tiempo buscando en los lugares equivocados. Nunca sospecharían que esta vez, él haría algo que el Zodiaco nunca hizo. Esta noche se elevaría por encima del Zodiaco, demostrando que podía adaptar su operación siempre que la situación lo requiriera. El Zodiaco confiaba en las armas, en los ataques furtivos, en los ataques sorpresa. Disparaba cuando sus víctimas estaban de espaldas, y lo peor de todo es que nunca volvía para terminar el trabajo. Tres de las víctimas del Zodiaco sobrevivieron a sus ataques, y ni una sola vez intentó rectificar sus errores.

Este hombre idolatraba al Zodiaco y lo había hecho durante décadas, pero había algunos aspectos de sus crímenes que le dejaban un sabor amargo. Sentía un amor por él, un respeto que no

tenía por ningún otro ser humano. Pero también había cierta contención allí. La historia demostraba que la imitación solo llevaba a una persona hasta cierto punto. Si renunciaba ahora, sería conocido para siempre como el imitador del Zodiaco. Mencionarían su nombre en las discusiones sobre crímenes reales durante años, pero alguien siempre se apresuraría a mencionar las similitudes con su inspiración original.

Solo si iba más allá de lo que había hecho el Zodiaco podría ascender a un nuevo nivel y convertirse en legendario. Por eso esta noche era tan importante. Al matar a esta perra, lograría dos cosas. Demostrar al mundo que era mucho más que un imitador del Zodiaco, y le daría el dedo del medio a los periodistas del Tribune que pensaban que podían falsificar sus cartas y salirse con la suya. Después de esa noche, todos los residentes de San Diego sabrían que no estaban a salvo. Los reporteros cargarían por la culpa por haberlo provocado, como corresponde, y con toda la suerte del mundo, la culpa los llevaría a la locura.

Se oyeron motores en la distancia. Lo oyó débilmente, ampliándose gradualmente a medida que el vehículo se acercaba a la vista. Se asomó a través de la verja de hierro para observar y vio pasar una patrulla de policía. El conductor miró perezosamente por la ventanilla y luego siguió su camino. Él se ocultó tras el muro hasta que el sonido del motor se desvaneció.

Era el momento. Su oportunidad. Era el tiempo más largo antes de que pasara otra patrulla. Según sus cálculos, eso le daba quince minutos para entrar, y luego todo el tiempo que quisiera para salir.

Se dirigió a la parte trasera del cementerio y atravesó el hueco de la valla metálica. Salió a la calle y caminó por un callejón lateral hasta la parte trasera de las casas. Todas daban a un pequeño trozo de bosque. No había ningún camino, solo arbustos y ortigas. Con la capucha de su chaqueta sobre la cara, se abrió paso en silencio entre el follaje. Pasó junto a una mujer que fumaba en su jardín, completamente ajena a su presencia. Las luces de la segunda casa estaban encendidas, pero las siluetas del interior le indicaban que

nadie había visto sus movimientos. Las sombras lo guiaron hasta donde tenía que estar, tal y como sabía que lo harían. Era tan invisible como siempre. Era demasiado inteligente para fracasar, demasiado capaz para tropezar en el último obstáculo.

Entonces llegó a la casa número cuatro de la fila. Miró dentro y vio una oscuridad absoluta. No había luces encendidas, pero supo que había alguien en casa. Su vehículo estaba en la entrada. El de ella y solo de ella. No tenía novio, ni marido, ni compañero de vida. Dentro estaban solo ella y su hija pequeña.

Una moriría, la otra viviría. Y dentro de veinte años, cuando esa niña tuviera edad suficiente para entender lo que había sucedido, él le escribiría una carta personal. Tal vez incluso le enviaría un paquete con el corazón de su madre dentro. Eso sí que sería emocionante.

Había una puerta que conducía directamente al jardín, pero no podía arriesgarse a que el metal sonase y delatara su ubicación. En lugar de eso, saltó la valla y cayó en un terreno de tierra. Aterrizó en silencio, luego se agachó por debajo de la altura de la valla y se colocó detrás de un árbol. Esperó a que el polvo se asentara, mirando las ventanas cercanas para asegurarse de que nadie lo estuviera viendo.

No había nadie. Al amparo de la oscuridad, se dirigió a la puerta trasera y comprobó si había alguna indicación de un sistema de alarma. Odiaba generalizar, pero esta zona no era especialmente adinerada. La gente de por aquí apenas tenía cerraduras en sus puertas, y mucho menos sistemas de alarma.

Junto a la puerta trasera había una ventana que daba a la cocina. Como ya eran casi las diez de la noche, sin duda la mujer estaba durmiendo, o recuperando el sueño antes de que su hija la despertara a una hora incómoda. Eso jugaba mucho a su favor.

De su chaqueta, sacó su primer objeto. Su cuchillo, que ya había consumido suficiente sangre como para llenar el ascensor de «El resplandor», pensó. Se rio de la metáfora antes de deslizar la hoja entre la puerta y el marco. Allí, sintió la resistencia en forma de una

cerradura y un cerrojo. No quiso arriesgarse a tirar de la manilla de la puerta por si alertaba a la mujer que estaba dentro.

A continuación, sacó su pequeño destornillador plano. Lo introdujo suavemente en la cerradura y buscó un reborde en el tambor. Con la punta de la hoja presionada contra la cerradura, la empujó suavemente hacia la derecha mientras giraba el destornillador.

El impulso fue suficiente para que el tambor reaccionara. Una vez que la cerradura se había movido unos milímetros, utilizó la hoja de la cuchilla para forzarla a salir de su sitio. La cerradura se abrió con un pequeño golpe. No era suficiente para llamar la atención, pensó.

Y estaba dentro.

* * *

Tuvo que descansar unos minutos antes de continuar. Se quedó en la cocina, inhalando aire frío en la oscuridad absoluta. Este era un territorio nuevo para él y quería asegurarse de hacerlo bien. Incluso con su confianza y crueldad, todavía estaba un poco ansioso por hacer esto correctamente. La mujer conocía esta casa mejor que él, así que esta vez era él quien estaba en desventaja. Por no mencionar que había gente en las casas a ambos lados, y que el más mínimo ruido podría convocar a las fuerzas del orden allí.

Pero las desafiantes probabilidades eran las que hacían que fuera tan perfecto. Se imaginó las expresiones que tendrían la prensa y la policía mañana cuando descubrieran un asesinato suburbano impecable durante un toque de queda en toda la ciudad. Se asombrarían de cómo lo había conseguido, de cómo había irrumpido en la casa con tanta maestría. Algunos empezarían a creer que era una especie de fantasma, tal vez una entidad sobrenatural que podía desaparecer a voluntad.

Se puso los guantes para asegurarse de mantener la piel alejada de cualquier superficie. Había permanecido inmóvil durante un

tiempo incalculable. Podían haber pasado dos minutos o diez. Lo que había comprobado era que el tiempo se aceleraba o se ralentizaba durante el acto del asesinato. Pero nadie se había movido en la casa, ni había habido pasos extraños en el piso de arriba. Todos los habitantes de la casa estaban profundamente dormidos.

En la sala de estar, utilizó sus sentidos para navegar. No había luces, tocaba lo mínimo. No pudo ver todo como esperaba, pero sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad. Pateó accidentalmente un sofá y luego pisó el oso de peluche de una niña. Decidió aminorar el paso y cada vez que algo golpeaba su pie, se reincorporaba. En pocos segundos se encontró en el pasillo al pie de la escalera.

Esta iba a ser la parte más difícil, pensó. Las escaleras eran la parte que más crujía en cualquier casa, y aunque había practicado con sus propios escalones hasta niveles obsesivos, todavía había factores que no podía tener en cuenta. Subió el primero, manteniendo los pies lo más cerca posible de la pared exterior. Allí era donde era menos probable que se produjeran los crujidos.

Y llegó arriba. A mitad de camino, oyó movimiento en una de las habitaciones. Salivó al pensar que solo unos metros más adelante, su víctima yacía allí, completamente inconsciente de que el portador de su muerte estaba a poca distancia. Se quedó quieto, imaginando que era uno con la oscuridad. Una vez que los sonidos se apagaron, siguió adelante.

La zona del rellano era una pequeña franja de moqueta de la que salían tres puertas. Dos estaban abiertas, una no. Vio el baño por la luz de la luna que entraba por la ventana. La misma luz iluminaba la puerta cerrada, mostrando una princesa de dibujos animados. Debajo se leía «HABITACIÓN DE CHLOE».

La tercera puerta era su destino. De repente, el mundo exterior se sintió como si estuviera a un millón de kilómetros de distancia. Hacía menos de treinta minutos que estaba en el cementerio, pero le parecía que se había aventurado a cruzar océanos y llanuras desérticas para llegar hasta allí.

Entró en el dormitorio principal. Las cortinas de la mujer estaban ligeramente abiertas, dejando entrar un breve resplandor de luz de luna. Vio la figura en la cama, un brazo sobresalía de las sábanas. Reconoció su olor de la última vez; aquella combinación de sudor y perfume. Era un poco más baja de lo que recordaba, pero el pelo era igual.

Su mano buscó su cuchillo casi por instinto. Era como si algo más lo guiara, tal vez la fuerza omnipotente que lo había mantenido a salvo hasta ahora. Dio un paso tranquilo hacia ella y levantó el cuchillo en alto.

¿Debía despertarla primero? ¿Debería saborear el terror de su mirada?

¿O debería matarla de forma rápida y limpia?

Su corazón quería lo primero, pero su lado lógico le decía lo contrario. Si ella gritaba, podría alertar a los demás. Tal vez despertaría a la niña y también tendría que soportar sus gritos.

De todos modos, esto tenía que alcanzarle.

Agarró el cuchillo con las dos manos y lo hundió con una fuerza incesante. En el tejido carnoso de su cuello.

Se sentía duro, rígido, diferente a los demás.

No había sangre.

La mujer ni siquiera se movió.

Retiró el cuchillo y golpeó el cráneo de la mujer.

Entonces su mundo se le vino abajo. La luz por encima de él de repente ardió con más intensidad que mil soles juntos. Era visible, estaba expuesto. Apenas tuvo tiempo de asimilar los nuevos acontecimientos cuando una ensordecedora voz detrás de él gritó y lo hizo entrar en un pánico inducido por la rabia.

—Quédate ahí —gritó la voz. Delicada y femenina, pero decidida—. Si te mueves, te meto una bala en la cabeza. ¿Entiendes?

Esto no debía ocurrir. Su historia no podía terminar así. Levantó las manos en señal de rendición y se dio la vuelta lentamente.

Ella. La había visto antes.

CAPÍTULO TREINTA

Ella no tuvo tiempo de temblar o estremecerse. Mantuvo su pistola firme apuntando al intruso. A la frente de él. Lo único que quería era apretar el gatillo y librar al mundo de ese monstruo de una vez por todas, pero la muerte sería el último recurso. Lo necesitaba entre rejas. Necesitaba que las familias de sus víctimas lo vieran pudrirse en la cárcel. ¿Y quién era ese hombre? No podía verle la cara del todo, pero no era nadie a quien reconociera. Ninguno de los sospechosos. Era alguien completamente fuera de su radar. Eso era un hecho inquietante, pero lo importante era que ahora estaban compartiendo el mismo territorio espacial.

—Tira el arma. Hazlo ahora —exigió Ella.

—¿Dónde está la mujer? —gruñó—. ¿Dónde está? La necesito.

Tenía una voz áspera y grave. Había desesperación en el tono. Alguien le apuntaba a la cabeza con una pistola y él preguntaba por su víctima.

—Se ha ido. Está a salvo. También su hija. Se acabó. Tira el arma o disparo.

Solo unos minutos antes, Mia había escoltado a Amanda y Chloe Huber por el frente de la casa. A decir verdad, ambas pensaban que Amanda y Chloe vivirían en otro lugar por el momento, pero Amanda había tomado la decisión de regresar a su casa. Según ella, había comprado «protecciones» y las había escondido por toda la casa. En el dormitorio y en los baños. Mia dijo que iría con Amanda y Chloe a un lugar seguro y que enviaría refuerzos inmediatamente.

Pero Ella no quería refuerzos. Quería un poco de tiempo a solas con esta basura. Eso era la culminación de todo por lo que había trabajado, no solo en los últimos días, sino en toda su vida. Eso era lo que hacía que todas las dudas y decepciones valieran la pena, porque eso era lo que se sentía al salvar vidas. Eso era lo que se sentía al cambiar el mundo para mejor. Por las venas le corría el terror y la convicción a partes iguales, y era el subidón que tanto perseguía. Todo su cuerpo se estremeció con una sensación que ninguna otra experiencia en la tierra podría igualar. Era un momento que recordaría el resto de su vida, sin importar lo larga que fuera.

—¿Se ha ido? No, no puede haberse ido —su voz retumbó. Se le retorció todo el cuerpo mientras gritaba y cada movimiento hacía que Ella estuviera cada vez más cerca de apretar el gatillo.

—Está a salvo de ti. Nunca la verás, señor... ¿Cómo te llamas? ¿O debería llamarte Géminis?

El hombre ignoró su pregunta. Giró violentamente el cuerpo y miró fijamente a la muñeca de la cama. Ella había elegido la más grande de la colección de Chloe.

—¿La has sustituido por una muñeca? —gritó el hombre, con la frustración creciéndole en la voz—. ¿Creíste que podrías engañarme?

—Sí. Entonces te esperé en este rincón. Un desvío, ya ves. Tú sabes mucho sobre eso, ¿no? Ahora, te lo pediré una última vez. Si no sueltas esa arma en los próximos cinco segundos, te meteré una bala entre los ojos.

Ella vio cómo le temblaban las manos. Ahora estaba aceptando la realidad. La miró de arriba abajo como si fuera un artefacto en un museo.

—Te he visto antes. Te he visto hoy. Esta tarde.

El aire se le escapó de los pulmones de golpe. ¿Cómo podía haberla visto este hombre? ¿Era algún tipo de juego mental? Ella no le creyó.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó.

—Fuera de una cafetería en el Bulevar. Estabas con una mujer pelirroja. Te miré e imaginé lo divertido que sería masacrarte.

A Ella se le hizo un nudo en el estómago. Sí, había sido ella. Pasó por delante de ese desgraciado, tan claro como el día. Ese pedazo de basura que la había hecho sufrir y preocuparse más veces de las que podía contar únicamente en los últimos dos días había estado justo ahí, a su lado. Estaba a un comentario más de apretar el gatillo. Al diablo con una sentencia en prisión, este imbécil merecía morir por todo lo que había hecho.

—Eso no va a suceder. Lo que va a pasar es que vas a poner ese cuchillo en el suelo. Luego te vas a dar la vuelta y te voy a esposar. ¿Entiendes?

—No.

Un simple desafío a las órdenes. No era una palabra que mucha gente dijera cuando le apuntaban con un arma.

—¿No?

—Me niego a salir así. Esto no termina así. Simplemente no puedo ser capturado. Soy un fantasma en la noche. Soy un fantasma de la muerte. Inatrapable, impalpable. ¿Realmente crees que una mujer diminuta como tú va a detenerme? He hecho que la policía dé vueltas en círculos durante tres días. ¿Supongo que eres una oficial de policía?

—Soy una agente del FBI. Tengo todo un equipo especial en camino hacia aquí ahora mismo. No hay manera de que salgas de esta casa. No eres el asesino del Zodiaco, eres una farsa.

—No, no soy el asesino del Zodiaco. Soy mejor que él. Él nunca sería capaz de hacer lo que yo.

Ella se rio. Estaba dudando sobre qué hacer. Quería hablar con ese hombre, pero también lo quería en grilletes. ¿Había algo que le impidiera hacer ambas cosas?

—El Zodiaco nunca fue atrapado, ¿verdad? No fue capturado. Cincuenta años y contando. Pero el pobre Géminis fue capturado después de unos días. Eso debe doler mucho.

—¡No! —gritó él. Se dio la vuelta y pateó el armazón de la cama. Clavó su cuchillo en el colchón. La ansiedad la quemaba de pies a cabeza. Le temblaban las manos. Sabía que tendría que dispararle a

este hombre para mantenerlo a raya. Estaba claro que no escucharía razones.

—Iba a ser mejor que él, ¿ves? —Sacó el cuchillo del colchón y se lo acercó al pecho—. El Zodiaco mató a treinta y siete personas. Yo iba a matar a treinta y ocho, por todo el país. Iba a moverme de ciudad en ciudad, alcanzar mi número y luego retirarme a las sombras. Tú lo has arruinado.

Ella se sintió confundida. ¿Esta persona estaba alucinando o realmente pensaba eso?

—¿Treinta y siete? El Zodiaco mató a cinco personas. Tú has matado a cinco personas. Eres igual. Pero la diferencia es que a ti te han atrapado.

La rabia de Géminis se desbordó. Ella trató de mantener el punto de mira en el torso, pero era demasiado errático. «Es inútil —se dijo a sí misma—. Tienes que disparar».

De una sola zancada, el hombre estaba sobre ella. Su reluciente cuchillo estaba justo delante de ella, y Ella no tuvo más remedio que apretar el gatillo. Su Glock explotó con un disparo ensordecedor, el retroceso le sacudió los hombros durante un breve instante. Cuando la explosión disminuyó y sus sentidos volvieron a la normalidad, Ella se dio cuenta de que el hombre seguía en pie.

Detrás de él había un agujero astillado en la pared.

Entonces sintió todo el cuerpo de él sobre ella, estrellándolos contra los armarios y haciéndolos caer al suelo. Ella maniobró desesperadamente para situarse en una posición de disparo clara, pero él era demasiado robusto. Él la sujetó, sujetándole la mano con la que disparaba por la muñeca y levantó su cuchillo con la otra.

La visión de Ella se oscureció. Lo siguiente que oyó fue su sangre goteando en las tablas del suelo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Estuvo inconsciente un par de segundos, pero le pareció una eternidad. El dolor la paralizó, distorsionó su visión, y en la inmensa oscuridad vio cosas que ahora solo existían en su mente.

Cadáveres mutilados, padres afligidos, su padre muerto, un amor joven arrasado por el derramamiento de sangre, Tobias Campbell sentado en su celda con esa sonrisa amarilla.

Ella abrió los ojos de golpe, borrando la ráfaga de imágenes y sustituyéndolas por un único plano. Un plano del hombre que la había tirado al suelo y la había apuñalado en el hombro. Él tenía el cuchillo en alto de nuevo, y la promesa de la muerte fue suficiente para resucitarla para hacer un último intento de supervivencia. Se abalanzó con las rodillas sobre la espina dorsal del hombre, luego las envolvió a ambos lados de las costillas de él y apretó. Eso le dio el tiempo suficiente para estirar la mano, agarrarle la muñeca y mantenerlo alejado.

Él tenía suficiente fuerza, pero no tanta como para que ella no pudiera igualarla. Ella se hizo rodar hacia delante con las rodillas clavadas en las costillas de él, aprovechando el impulso para apartar a Géminis y hacerlo caer por el suelo. Ella se puso en pie de un salto, sintiendo de repente el grado de su lesión. La sangre le brotaba del hombro, del cuello y del brazo. Era una sensación cálida, incómoda y pegajosa. No podía ver la herida a través de la ropa, pero sabía que la sangre le salía rápidamente del cuerpo. Ella se mantuvo erguida utilizando los armarios, y no fue hasta ese

momento en que se dio cuenta de que la pistola se le había caído de las manos.

Se agachó para recogerla, pero Géminis llegó antes. Él se deslizó hacia ella, apartándola de la habitación de una patada y dejando a Ella desarmada. Una sonrisa enfermiza se dibujó en el rostro del hombre al darse cuenta de su ventaja, pero algo en su postura le decía a Ella que él no era a un buen luchador.

—No estás acostumbrado a luchar uno contra uno, ¿verdad?
—preguntó Ella mientras adoptaba la posición de lucha cuadrada. Sin duda, Géminis la atacaría con su cuchillo, así que necesitaba una firme posición defensiva. Atacar no servía de nada si él simplemente podía cortarla.

Sin responder, Géminis hizo exactamente eso. Agitó su cuchillo de carnicero con ferocidad y con poca puntería, probablemente con la esperanza de que los cortes aleatorios fueran suficientes para someterla. Ella dio un salto hacia atrás y se apresuró a ir al otro lado de la cama. Se agachó y levantó el armazón metálico, haciendo que todo el conjunto se desplomara contra su atacante. La cama se estrelló contra él, enterrándolo contra los armarios y rompiendo algunos muebles en el proceso.

Ella salió de la habitación y buscó su pistola en el rellano. La luz era mínima, y todo lo que encontró fueron juguetes y trastos de niña. Unos pasos retumbaron detrás de ella, Géminis apareció desde la oscuridad y desde atrás le rodeó el cuello con el brazo. Él se levantó hasta una posición de pie, y el instinto de Ella le dijo que le agarrara las muñecas para que él no pudiera maniobrar el cuchillo.

Lo agarró, pero esa posición le dio a él la ventaja. Él le acercó la hoja al estómago, y lo único que Ella pudo hacer fue mirar. El aire no les llegaba a los pulmones. Él le había bloqueado las vías respiratorias, y la falta de oxígeno nuevo la debilitaba poco a poco.

—Esos chicos del bosque. No serán nada comparado con lo que te voy a hacer a ti —susurró.

En ese momento, Ella vio su pistola a escasos centímetros de sus pies. Movié el pie para agarrarla, pero sus esfuerzos fueron en vano.

Géminis se dio cuenta de sus intenciones, dio un paso atrás y pateó la pistola por la escalera hacia abajo.

Estaba indefensa.

Así era cómo moría, pensó.

No le bastaron las manos alrededor de la muñeca del hombre. Su cuchillo se le iba acercando al abdomen, amenazando con abrirlo en cualquier momento. Pensó en Mia, en Ben y en su compañera de piso. Pensó en su padre y se preguntó si estaría orgulloso de que su hija muriera en combate.

¿A qué distancia estaban los refuerzos? Mia dijo que tardarían unos ocho minutos. Eso fue hace cinco minutos.

¿Podría ganar tiempo? ¿Qué podía decir o hacer para mantenerse con vida unos minutos más?

Había algunas cosas que podía decir, pero hablar era imposible. A medida que la vida se le escapaba, se encontró considerando la idea que se le había ocurrido en el momento en que ese hombre la agarró. La idea que fácilmente podría matar a uno o a ambos, teniendo en cuenta que había un cuchillo de carnicero entre ellos.

Era una maniobra desesperada, pero si iba a morir de todos modos, bien podría echarlo a la suerte. Ella levantó la pierna y el movimiento hizo que la punta del cuchillo se le clavara en la piel. Ignoró el dolor, se dijo a sí misma que era una herida superficial y continuó con su plan. Con el pie apoyado en la pared del rellano, empujó hacia atrás con la última pizca de fuerza que le quedaba en el cuerpo.

Géminis retrocedió, llevándosela consigo. Un paso.

Dos pasos.

Sintió cómo él se esforzaba por mantener el equilibrio, y menos de un segundo después de su empujón, el pie de Géminis tropezó con la escalera. La falta de visibilidad ayudó, porque, aunque se sintió caer dando vueltas junto con el hombre, no vio el mundo girar mientras caían. De repente, Ella pensó en su primer paseo en montaña rusa de niña y en cómo cerró los ojos al llegar las vueltas.

Ella sintió que se golpeaba el cráneo contra la pared dos, tres veces. Mientras arrastraba los pies por la pared opuesta, sintió como si el torso de Géminis amortiguase su golpe. Como no podía controlar la caída, solo rezaba para que la gravedad estuviera a su favor y el cuchillo de Géminis no acabara en su carne.

Entonces todo se detuvo. El oxígeno volvió a sus pulmones y respiró con pánico varias veces. Ella se levantó del suelo de madera, sintiéndose mareada, magullada y herida, pero finalmente viva.

Lo más preocupante era que no veía a Géminis por ninguna parte.

Había sentido el torso de él contra el suyo cuando aterrizaron. No podía haber ido muy lejos. ¿Cómo se levantó y desapareció tan súbitamente?

Ella buscó por su pistola en el suelo. Él la había pateado hasta allí abajo, así que debía estar en alguna parte. No había nada y cada segundo que buscaba era un segundo que este hombre tenía para escapar.

Revisó la puerta principal, pero seguía cerrada con llave. No podía haber salido por ahí. Eso significaba que estaba en la casa. No había oído que se abriera o se cerrara ninguna otra puerta, pero la distribución de la planta baja era un misterio para ella. Había entrado por la parte delantera y había subido directamente al segundo piso.

Ella se adentró con cautela en la sala de estar. Se detuvo y escuchó en busca de cualquier señal de vida, pero solo pudo oír el sonido de los latidos de su corazón. Le brotaba sangre del hombro, aún peor tras su caída desde el último escalón. Ignoró el dolor. No era el momento de morir.

Ella examinó rápidamente la habitación y la cocina contigua, pero no vio nada ni a nadie. Con las manos encontró su teléfono en el bolsillo. Lo sacó y encendió la linterna. Iluminó la habitación y el resplandor despertó algo en las sombras. Desde detrás del sofá más alejado, contra la pared, la figura se levantó una vez más.

En ese momento, Ella se sintió más indefensa que nunca en su vida. Géminis tenía la pistola en sus manos. Había cinco balas cargadas allí. Su linterna proyectaba la sombra de él contra la pared que tenía detrás.

—No hay escapatoria ahora —dijo—. Mantén esa luz sobre mí. Muévete y dispararé.

A la izquierda estaba la escalera. A la derecha, una puerta cerrada. Podía huir y esperar lo mejor, pero incluso aunque fuera un tirador inexperto, sus posibilidades de sobrevivir eran bajas.

¿Los refuerzos estaban cerca? No podían estar a más de un minuto de distancia. ¿Y qué pasaría cuando irrumpieran a la fuerza por la puerta? Él le dispararía, matándola como un último dedo del medio a la policía.

¿Había alguna forma de salir con vida de esto? Ella empezó a hablar sin ningún tipo de dirección, con la esperanza de encontrar su camino.

—¿Un arma? ¿Por qué usar un arma ahora? —preguntó.

—No me importa. No cuentas como una de mis víctimas.

—No. Todo el mundo lo sabrá. Así es como termina tu legado. Tratando de salir a tiros de un rincón acorralado. ¿Realmente quieres eso?

—Cállate —gritó. Se apartó del sofá y bloqueó la salida de la sala. No había forma de escapar—. Esta es mi historia y la contaré como quiera.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Ella—. ¿Por qué mataste a esos inocentes?

—Porque siempre fui mejor que los demás —dijo con seguridad.

—¿Cómo es eso?

Géminis se acercó unos pasos a ella. Por un segundo, pensó que estaba a punto de disparar.

—Más inteligente. Más capaz. Más trabajador. Pero la sociedad me mantuvo en el fondo. Decidí que ya había tenido suficiente. Fue entonces cuando decidí empezar a hacer las cosas a mi manera.

Desde la habitación de la derecha, Ella podía oler los productos químicos. A lejía.

¿Qué había dicho Amanda más temprano?

Tuvo una idea. Podría estar sellando su destino, pero era mejor que morir rendida. Todo lo que necesitaba era una distracción.

—¿Qué te pareció el «Lago de los muertos»? —preguntó—. La has visto, ¿verdad?

Géminis parecía confundido, incluso impresionado.

—¿Te diste cuenta de eso? —preguntó y durante el más breve de los momentos, bajó su arma un centímetro.

Ella se precipitó.

Guardó el teléfono convertido en linterna en su bolsillo para oscurecer de nuevo la habitación y corrió hacia la puerta de su izquierda. Al agarrar el picaporte, dos balas atravesaron la pared detrás de ella, dejándola momentáneamente sorda.

Y ya estaba en la habitación. Era un baño en la planta baja, la habitación era apenas más ancha que un armario. Buscó frenéticamente un interruptor de la luz y encontró un cordón. La habitación se iluminó. Afuera, los pasos de Géminis retumbaban en el suelo. Ella se sentó en el retrete y apoyó los pies en la puerta. Géminis tiró del picaporte y luego embistió la puerta con todo su peso. El impacto le provocó oleadas de dolor en los pies y los tobillos, pero estaba muy cerca de sobrevivir.

—La he trabado, idiota —gritó Ella.

La embestida se detuvo y Ella tuvo unos segundos de libertad. Sabía lo que estaba a punto de suceder. Si él tenía algo de sentido común, simplemente dispararía a través de la puerta.

Ella bajó la mano al suelo y buscó la supuesta protección de Amanda.

No había nada allí.

Diablos, ¿dónde más podría estar?

—Bien —dijo él—. Me gustaría ver la expresión de tu rostro cuando mueras, pero esto bastará.

Ella sabía que tenía unos cinco segundos antes de que llegara la lluvia de balas. Se puso de pie y exploró cada centímetro de la habitación. Finalmente, como último recurso, levantó la tapa de la cisterna del inodoro.

Una bolsa con cierre.

Con las manos temblándole, la sacó y extrajo lo que había dentro. Sintió el peso, unos tres kilos, supuso.

Estaba cargada.

Se oyó un golpe en la puerta. Ella no podía ver al otro lado, pero estaba segura de que era Géminis apoyando la cabeza de la pistola contra ella.

No tuvo tiempo para pensar, ni siquiera para apuntar. Dirigió la recién comprada Springfield XD de Amanda hacia la puerta y apretó el gatillo.

Y luego otra vez.

Cuatro veces más hasta que las balas se vaciaron.

El humo llenó la pequeña habitación. A Ella prácticamente se le rompieron los tímpanos. Le ardía la muñeca por el retroceso de la explosión. Se sentó a medias en el lavabo, a medias en el suelo, escuchando, esperando una señal de que su plan no había funcionado.

Pasó una corta eternidad. Había un zumbido constante en sus oídos, como si hubiera una línea telefónica ocupada. No podía estar segura, pero le pareció oír el crujido de las tablas del suelo, el inconfundible sonido de otra alma en la casa.

Ese fue su último disparo. Ahora estaba indefensa. Si Géminis había evitado su ataque, el juego había terminado.

Entonces vio algo.

Entre las heridas y el terror, el corazón casi le dejó de latir.

En uno de los agujeros de bala de la puerta apareció un globo ocular.

Ella apoyó la cabeza en las manos e hizo todo lo posible por disimular su llanto.

—Agente Dark, ¿está bien ahí dentro?

Un tsunami de alivio se llevó el horror. Por primera vez en todo el tiempo que podía recordar, exhaló un suspiro completo.
Todo había terminado.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Ella estaba sentada en la acera de la avenida Ravenscourt, en ese momento estaba realmente sufriendo, al menos físicamente. Su hombro seguía chorreando sangre, que desde entonces se le había esparcido por la cara y el cuello. Incluso diez minutos después, seguía sintiendo una alarma que le sonaba en la cabeza. Un funcionario médico la examinó, le vendó el hombro y le dio algunos analgésicos.

Todos los residentes de la calle habían salido a observar el procedimiento. Un par de oficiales uniformados hicieron todo lo posible por mantenerlos alejados, pero las cámaras de sus teléfonos inteligentes superaron las posibilidades de los oficiales.

Podía oír el revuelo proveniente del interior de la casa. Los oficiales entraban y salían, pero aún no había rastro del cuerpo del asesino. Quería verle el rostro, imaginarlo en la escena del crimen, ver las heridas que le había infligido. Pero al mismo tiempo, no quería hacer nada de eso. Entonces, como la batalla había terminado, la finalidad le trajo una cabeza despejada. El colocón de adrenalina disminuía y veía el mundo con claridad. Ella se dio cuenta de que realmente había hecho todo lo que podía para encontrar a este criminal, y comprendió que no había estado muy equivocada desde el principio. Fue el anhelo de aquel colocón, pensó, lo que trajo consigo las dudas.

—Fue un trabajo increíble —dijo una voz. La agente Ripley apareció y se sentó a su lado—. ¿Cómo ha ocurrido todo esto?

Ella rotó el hombro y sintió cómo la sangre se aplastaba bajo las vendas. Repasó los acontecimientos en su mente, sin saber muy bien por dónde empezar. Desde que se abalanzó sobre Géminis en el dormitorio, los acontecimientos que siguieron se confundieron todos en uno.

—Lo tiré por las escaleras —dijo Ella. Fue lo primero que se le vino a la mente y la única parte de su batalla que recordaba con detalle.

—Y no estás bromeando —dijo Mia—. Hay sangre por toda la escalera.

—Eso debe ser mío.

De su bolsillo, Mia sacó su Glock 19. La misma Glock 19 que le había prestado a Ella antes de irse.

—Supongo que esto no sirvió de nada, entonces.

Ella dejó escapar una sutil risa.

—No. Me la quitó de la mano. Me siento muy estúpida por eso.

—Ja. No te sientas así. A mí también me ha pasado cientos de veces. Solo hace falta un momento de debilidad.

Ella suspiró.

—Por suerte, encontré otra. En el baño.

—¿Qué?

—Amanda dijo que había escondido algunas armas en su casa. Dijo que las había escondido en sus baños. El asesino me acorraló y corrí al baño de abajo. Encontré una Springfield allí. Si no fuera por Amanda, probablemente estaría muerta.

Mia negó con la cabeza.

—No, te adaptaste. Pensaste sobre la marcha. Esa es una característica de un buen agente. Deberías tener la cabeza bien en alto.

Ella aceptó a regañadientes sus elogios, al menos superficialmente. En su interior, se sentía muy diferente. A diferencia de las víctimas de este asesino, Ella había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado. Otros la habían ayudado en este camino; ella solo era el vehículo que pudo ejecutarlo todo.

Tobias le había dicho cómo encontrar a este hombre. La previsión de Amanda le había puesto el arma en las manos. Si la hubieran librado a su suerte, todavía estaría persiguiendo a este fantasma.

—¿Está muerto? —preguntó, era la pregunta que la atormentaba desde que habían llegado los oficiales. Desde aquel globo ocular en la puerta que ella confundió con el del asesino. En realidad, era el de uno de los oficiales que llegaron.

—No estoy segura —dijo Mia—. Estaba respirando cuando llegamos. Le diste en el pecho, pero no le diste en el corazón. Estaba sangrando mucho.

Ella no estaba segura si lo quería vivo o muerto. Lo único que importaba era que no pudiese cobrar más vidas.

—Solo disparé a fondo —dijo Ella—. Apreté el gatillo hasta que no quedó nada. No tenía ni idea de si le había dado o no. Solo recuerdo que pensé que era mi última oportunidad de sobrevivir.

Mia le dio un golpe en la espalda. El impacto le dolió, pero no lo demostró.

—No lo pienses demasiado. No juegues al juego de los «y si» —dijo Mia—. Si no hubieras estado aquí, este tipo seguiría ahí fuera ahora mismo. Has atrapado a un asesino. Muy pocas personas en el mundo pueden decir eso. Deja de analizarlo todo y disfruta del momento.

Ella asintió.

—Gracias.

En un instante, toda la calle se quedó en silencio. Todas las miradas, incluida la de los oficiales de guardia, se dirigieron a la escena de la puerta principal del número 4 de la avenida Ravenscourt.

El oficial Denton salió de la casa. Pero no estaba solo. El sospechoso, el asesino Géminis, estaba esposado hasta el cuello. Tenía las muñecas esposadas y los pies encadenados. Sus movimientos eran lentos y se acompañaban de la fuerza de elevación de los agentes para mantenerlo en pie. Daba la impresión de que si lo soltaban se iba a desplomar en pedazos bajo el peso de

sus heridas. Le habían quitado la camisa y la chaqueta, dejando al descubierto la herida de bala en el pecho. Parecía mucho menos amenazante encadenado.

—Bueno, ese es él. No parece gran cosa, ¿verdad? —dijo Mia.

No era la primera vez que lo miraba de arriba abajo, pero era la primera vez que realmente lo veía. El hombre no podía tener más de treinta y cinco años, tenía el pelo oscuro pegado a la frente por el sudor y la sangre. Ojos grandes, negros como el carbón. Una barba que debía haberse arreglado hace tiempo. Su figura era robusta pero atlética, tenía unos hombros fuertes que denotaban que era un trabajador manual. Incluso en su postura desplomada, parecía que podía dar pelea. Ella lo había descubierto por las malas.

Ella no le dijo nada a Mia. Observó cómo Denton acompañaba a Géminis hasta una patrulla que lo esperaba mientras evitaba a propósito acercarse a Ella.

—Espera —gritó. Se puso en pie y se acercó a ellos junto al coche de Denton. Ella quería hacerle una pregunta. Desde que empezó el caso, Ella estaba tan concentrada en la obsesión del hombre por el Zodiaco que no pensó ni por un segundo que hubiera una rivalidad. Siempre imaginó que quería ser tan bueno como él, pero no mejor.

—Agente Dark, no es preciso que estés aquí —dijo Denton—. Por favor, vete a casa y descansa. Esto ha terminado.

—No. Necesito saber algo.

Géminis mantuvo la cabeza gacha. No quería la atención, no de esta manera. Entrecerró los ojos cuando la miró.

—No voy a hablar contigo. No me conoces. Has tenido suerte.

—Puede que haya tenido suerte, pero me he dado cuenta de algo antes —dijo Ella—. Amanda Huber. La dejaste escapar de tu coche a propósito, ¿verdad?

Algo en el rostro del Géminis le dijo que tenía razón. Él no respondió a su comentario.

—Orquestaste un escenario en el que podías superar al Zodiaco. Hacer algo que él nunca hizo. No tenías intención de asesinar a

Amanda la noche que la secuestraste, ¿verdad?

Géminis bajó la mirada hacia el agujero que tenía en el pecho. Tosió un glóbulo de sangre y lo escupió a los pies de Ella.

—No, no lo hice.

Ella dejó que el momento quedara en suspenso entre ellos. Tal vez sí podía ver dentro de la mente de los criminales tan bien como los propios criminales. Pero aun así, tenía sus dudas. Necesitó de la ayuda de Géminis para plantar la teoría, pero al final lo consiguió.

—Sácalo de aquí —dijo y volvió a caminar hacia Mia. Ella echó un último vistazo a la casa en la que había ocurrido todo. Desde el exterior, no parecía nada especial. Pero el interior había sido destrozado.

—Buena deducción, Dark. Eso nunca se me pasó por la cabeza. ¿Eso fue lo que te dijo?

—Dijo que iba a ser mejor que el Zodiaco. Fue entonces cuando me di cuenta de que se nos había escapado algo. Todo este tiempo, pensamos que solo estaba copiando al Zodiaco. Tal vez porque el Imitador de Luisiana hizo exactamente eso. El Imitador solo quería igualar lo que hacían sus héroes, pero este tipo quería ir más allá.

Ella rotó los hombros para sacudirse parte del dolor. Incluso sin el bombeo de adrenalina para adormecer el dolor, no la estaba afectando tanto como lo haría en otras circunstancias. El éxito de la captura se sentía demasiado bien. ¿Debería haber esperado a que Mia volviera antes de enfrentarse a este sudes? Podría haberlo hecho, pero se alegraba por no hacerlo. No necesitaba que Mia la llevara de la mano, ni quería que lo hiciera.

Mia rodeó a Ella con un brazo.

—Excelente trabajo. Has resuelto este, pero ahora necesitas un descanso. Vete a casa, a ver a ese novio tuyo.

—No es mi novio —dijo Ella.

—Lo que sea. Vamos, Amanda ha vuelto a la comisaría. Tenemos que disculparnos con ella. Bueno, tú debes hacerlo.

—¿En serio?

—Sí. No fui yo quien destrozó su casa.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Justo después de la medianoche, Ella y Mia estaban sentadas en la comisaría de San Diego con Amanda. Chloe estaba dormida en su cochecito y abrazaba el abejorro de peluche que había robado de la caja de juguetes.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Ella a Amanda. A pesar del enrojecimiento de sus ojos, Ella vio que la preocupación de Amanda se había disipado. Se le dibujó en los labios una sonrisa que sugería alivio y optimismo.

—Mejor que tú —dijo Amanda—. Me alegro de que ahora él esté entre rejas. ¿Qué creen que le pasará?

—Basándome solo en esta noche, cadena perpetua —respondió Mia—. Una vez que confirmen que fue responsable de cinco asesinatos, lo que no será muy difícil dadas las pruebas que tenemos, yo diría que se enfrenta a la pena de muerte. Después de todo, esto es California. Los jueces de aquí lanzan la pena de muerte como si fuera papel picado.

—Mientras no pueda hacerme daño a mí o a mi hija, me parece bien.

—No hay posibilidad de que lo haga —dijo Ella—. Y sobre tu casa... lo siento.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Amanda, con apenas una nota de preocupación en su voz.

—La he destrozado. Destrocé tus armarios, rompí tu escalera, hice algunos agujeros en tus paredes.

Amanda se rio.

—Suenas como que lo pasaste bien. No te preocupes, necesitaba redecorar de todos modos.

—Solo estaba bromeando, Dark —dijo Mia—. Tu casa estará como nueva en unos días, señorita Huber. Todos los gastos pagados. Puedes elegir la decoración que quieras.

—Bueno, gracias. Al menos algo bueno ha salido de todo esto.

—Se podría decir que sí —dijo Mia—. Ahora, por favor, ve y quédate en un hotel hasta que esté todo terminado. ¿La pequeña Chloe podrá dormir en un hotel? Le conseguiremos una cuna de viaje.

—Oh, no te preocupes por este demonio. Dormirá en cualquier sitio.

—Debe ser agradable —dijo Mia.

Amanda se levantó y se dirigió a la puerta con el cochecito. La abrió de un tirón.

—Gracias, agentes. Si no hubieran aparecido en mi puerta esta noche, podría estar muerta ahora. Y Dios sabe lo que podría haberle pasado a mi hijita.

—No, gracias a ti por poner esa pistola en tu cisterna —dijo Ella—. Si no lo hubieras hecho, yo también estaría muerta.

Amanda sonrió, abrió la puerta y sacó el cochecito.

—Y él no le habría hecho daño a Chloe —dijo Ella—. Me lo dijo.

Se detuvo. Ella sabía que Amanda no sabía qué decir. ¿Y qué podía decir? Realmente no había una respuesta apropiada.

—Cuídense, agentes. Si necesitan algo, estaré disponible.

Asintieron con un gesto de agradecimiento y Amanda se fue. Se esfumó por la comisaría en dirección a una vida mejor.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —preguntó Mia.

Ella decidió ser sincera.

—No. No lo era. No tengo ni idea de cuáles eran sus intenciones con Chloe. —Esperaba que Mia la regañara y que le diera una lección de moralidad. Pero no fue así.

—Lo dijiste porque no querías que se preocupara el resto de su vida. Lo entiendo. Buena decisión.

—Exactamente. Como dijiste, el juego del «y si» es malo. Puede volverte loca. Parece que lo juego mucho y no le desearía ese estrés mental a nadie.

Mia recogió sus pertenencias. Enrolló los cables alrededor de su computadora portátil y la puso en su bolso.

—Sinceramente, has hecho un trabajo fantástico, novata. Aunque quizá tenga que dejar de llamarte novata ahora. Si no te hubieras dado cuenta de que veía a sus víctimas como posesiones, nunca habríamos llegado hasta aquí.

Ella recogió sus propias pertenencias. Recogió ordenadamente el expediente de su caso y lo metió en su mochila.

—Sí, supongo.

—No lo supongas. Definitivamente es así. Lo descubriste y luego investigaste hacia atrás. Te metiste en su cabeza y de eso se trata este trabajo. Esta mañana, dudabas de poder hacerlo. Quince horas después, lo habías hecho. Eso es bastante extraordinario si me permites decirlo.

Ella no se sentía merecedora de los elogios. La revelación no era suya; venía de la mente de Tobias Campbell. No solo era la persona que Mia más despreciaba, sino que su conversación con él seguía siendo un secreto bien guardado.

¿Era el momento de decírselo? Si no era entonces, ¿cuándo? Nunca sería tan receptiva con ella como lo era en ese momento. Tenía que hacerlo.

—Ripley, he hecho algo y no estoy segura de que te vaya a agradar.

—¿Qué? —dijo Mia, metiendo el resto de sus pertenencias en su bolsa—. Ahora mismo, no me importa lo que hayas hecho. Este caso ha terminado y podemos irnos de una vez por todas de California.

—Estoy hablando en serio. He concertado una visita con alguien. Mia se incorporó rápidamente. Ahora Ella tenía su atención.

—¿Quién? ¿Con quién has concertado una visita?

La mirada de Mia fue suficiente para que la ansiedad se apoderara de Ella. Estaba claro que Mia adivinaba a quién se refería.

No. No podía decirlo. No podía decírselo, nunca. Tendría que seguir siendo un secreto durante el resto de su tiempo juntas. Ella se lo dijo a sí misma, y por un segundo creyó ingenuamente que sería posible. Se maldijo por ser tan optimista.

—Esa mujer. La que le escribió las cartas a mi padre. Voy a conocerla en persona.

—¿Qué? ¿Por qué no me iba a gustar eso? —preguntó Mia—. ¡Es fantástico!

Ella se echó para atrás.

—Ah, ¿sí? Creía que habías dicho que era una mala idea. Quizás estoy recordando mal. Lo siento, aún soy un desastre. He ido a la guerra.

—Ciertamente lo has hecho. ¿Cómo están tus tímpanos?

—Mal. Pitidos constantes. ¿Se me ha estropeado el oído para siempre?

Mia volvió a reírse y se echó la bolsa al hombro.

—No, pero dura unos días. Consulta a uno de los médicos del FBI cuando vuelvas. Es doloroso, pero desaparece. Eso sí, no te acostumbres a escuchar ráfagas de armas sin protección.

—No lo haré. ¿Nos vamos?

—Tenemos el vuelo de la una de la mañana a Washington. Vamos a despedirnos y a salir de aquí.

Era el momento de volver a casa. Aunque el peso del caso se había le quitado a Ella de la conciencia, todavía había una serie de problemas que la abatían. Cuando volvieran a Washington, tenía que resolverlos.

Todos ellos. Sin importar lo difíciles que fueran.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Ella se despertó en su apartamento alrededor de las siete de la tarde de la noche siguiente. Tras bajar del avión al amanecer, su primera parada fue el Hospital de Virginia para una revisión. Su estado era estable, sus glóbulos rojos se habían reproducido rápidamente y los vendajes mantendrían alejada cualquier infección. Le dijeron que tuvo suerte. Si sus laceraciones hubieran estado unos centímetros más a la izquierda, las cosas podrían haber acabado de forma muy diferente.

A las dos de la tarde ya estaba en su casa, donde se desplomó en la cama y olvidó los acontecimientos de los últimos días durmiendo. O al menos eso intentó. Cuando se despertó, todo se le vino encima. Los cadáveres, Géminis, Tobias Campbell, su engaño. El dolor también seguía presente.

Según un mensaje de Mia, el verdadero nombre de Géminis era Ramsey Coolidge. Trabajaba como conserje en una escuela local y eso fue todo lo que pudieron encontrar sobre él. No tenía antecedentes penales, ni incidentes previos de agresión sexual. Era un don nadie que veneraba al Zodiaco y eso era todo.

Ella se levantó de la cama, asegurándose de no cargar innecesariamente su hombro. Cogió su teléfono de la mesita de noche. Tres mensajes nuevos. Todos de Ben. El pánico la golpeó. Había olvidado por completo que había quedado con él esa noche.

«Hola, ¿has vuelto a casa?, x».

«¿A qué hora esta noche, cariño?, x».

«Oye, ¿todavía estás ahí? ¡No digas que ya te has rendido conmigo!, x».

Ya estaba oscuro afuera y su cuerpo le decía que quería desayunar a pesar de la hora de la noche. No pensaba dormir tanto tiempo. Su ritmo corporal se vería alterado durante los próximos días.

Pero lo más preocupante era su falta de ganas de reunirse con Ben. Le gustaba mucho, pero había algo que no cuadraba para ella. Pensó que tal vez sus ganas de reunirse con él aparecerían cuando volviera a Virginia, pero nada había cambiado en el viaje en avión o en el taxi hacia su casa.

Era como si fueran de dos mundos diferentes. Él era un artista, alguien que interpretaba un personaje para el entretenimiento de los demás. Pero cuando terminaba, podía volver a ser su verdadero yo, y todo el mundo simplemente aceptaba que su personaje en el *ring* era una actuación. En el mundo de Ella, a veces también interpretaba un personaje, pero tenía que reservárselo para sí misma. Cuando salía del trabajo, no podía ser otra persona. Los sucesos que ocurrían en su vida profesional se trasladaban a la personal, y ningún tipo de distanciamiento del personaje podía evitarlo. No esperaba que Ben lo entendiera, ni estaba obligado a hacerlo.

Junto a su cama tenía las cartas de su padre: las que le había enviado una mujer misteriosa hacía más de veinte años. En ese momento, con su identidad y su ubicación descubierta, lo único que Ella quería hacer era visitarla, dado que ya estaba de nuevo en su casa. El deseo ardía más que cualquier otro y engullía cualquier anhelo de ver a Ben.

Comenzó a escribir una respuesta, sin saber muy bien qué decir. No había hecho esto ni una sola vez en sus 29 años de vida.

«Ben, lo siento. No puedo ir esta noche. Odio decir esto, pero creo que tú y yo deberíamos apaciguar las cosas. Quería decírtelo a la cara, pero no quería hacerte perder el tiempo. Como estoy fuera

tan a menudo, no creo que funcione. Espero que lo entiendas. Eres un gran tipo y encontrarás fácilmente a alguien que te haga feliz».

De forma reticente, presionó «Enviar» con el dedo.

Ella se volvió a desplomarse en la cama y cerró los ojos, esperando la inevitable respuesta. En algún lugar ahí fuera, Ben estaba pasando por esa aplastante decepción que ella misma había sentido bastantes veces en el pasado.

Empezó a volver a dormirse, pensando en las cartas y en la misteriosa escritora. La respuesta de Ben nunca llegó.

* * *

A la mañana siguiente, Ella condujo los ochenta kilómetros hasta Richmond para encontrarse con una mujer llamada Samantha Hawkins. Ella tenía su nombre y dirección, y Samantha no estaba al tanto de la inminente llegada de Ella.

Apenas dos semanas antes, Ella había descubierto las cartas entre las posesiones de su padre en su depósito. Después de que él muriera en el año noventa y siete, Ella había llevado sus pertenencias de un lugar a otro y siempre encontraba un lugar donde guardarlas. Hacía poco tiempo que se había armado de valor para clasificarlas por completo. Sabía que no podría conservarlas para siempre, y algunos de los objetos más grandes debían ser arrojados a la basura.

Entre los naipes desgastados y los adornos oxidados, Ella había encontrado una serie de cartas que habían sido escritas a su padre, todas ellas firmadas por Samantha. Las cartas estaban fechadas entre el noventa y cinco y el noventa y siete, y su contenido era informal y animado. Samantha se dirigía a Ken como si fuera un amigo íntimo, tal vez un amante, pero era difícil determinarlo solo con las palabras escritas.

Ella había cogido una de las cartas que encontró entre las cosas de su padre y había pasado la firma por el programa de grafología

de la sede central del FBI. Había descubierto que la firma coincidía con varias facturas y documentos legales, y que todos declaraban la misma dirección en Richmond, Virginia.

Ella no sabía qué esperar, ni tampoco sabía si esta persona, Samantha, recordaría a su padre. Pero existía la posibilidad de que compartieran algunos de los mismos recuerdos, y había algo en esa idea que atraía a Ella hacia esta misteriosa mujer. Podría tener algunas historias, o algunas fotos, o cualquier cosa que pudiera resucitar a su padre en su mente por un breve momento.

Aparcó a unos seis metros y se quedó mirando fijamente la casa. Le pareció una casa de dos plantas, una reliquia de los años ochenta. Era una casa bonita, imaculadamente cuidada, aunque un poco pequeña. Había un Toyota rojo en el estrecho camino de entrada.

No sabía qué iba a decir exactamente. ¿Esta mujer siquiera recordaría a su padre? Podría haber sido solo un breve romance, un beso en la oscuridad. ¿Quizá hacía tiempo que había pasado página y había desterrado a Ken Dark a las profundidades de su memoria? ¿Y cómo reaccionaría esta mujer ante la aparición de una desconocida ante su puerta en medio del día?

Ella apretó la llave en el contacto, pensando que todo esto era una idea tonta. Pero algo más adelante la hizo cambiar de opinión. Una mujer salió de la casa y puso una bolsa de basura en su cubo. Iba arreglada, como si estuviera a punto de salir. Ella vio que el Toyota de la mujer se encendía.

Casi inconscientemente, Ella saltó de su vehículo y se acercó a toda prisa a la casa. La mujer, de baja estatura y pelo rubio claro, claramente teñido para disimular las canas, subió al asiento del conductor. Si suponía que tuviera más o menos la misma edad que tendría ahora su padre, había envejecido considerablemente bien.

Ella se paró junto a la entrada del coche. El motor del Toyota se puso en marcha y la mujer le hizo un gesto a Ella como diciendo «pasa primero». Ella no se movió.

La mujer bajó la ventanilla.

—Vamos, cariño.

Ella decidió hacerlo de una vez. Esta mujer podría no ser la persona adecuada, pensó.

—¿Eres Samantha Hawkins? —preguntó Ella.

La mujer parecía un poco asustada. Ella había aprendido que la gente de cierta edad desconfiaba naturalmente cuando alguien conocía detalles que no estaban del todo claros a simple vista.

—Puede que lo sea. ¿Y tú quién eres?

—Samantha, siento mucho asustarte así, pero me llamo Ella Dark. ¿Te acuerdas de mí?

La mujer pulsó el botón de cierre automático.

—¿Ella? —La mujer buscó en su memoria, frunció los labios y negó lentamente con la cabeza—. Lo siento, no me suena. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Intentas venderme algo? Porque te puedo decir ahora mismo que no voy a comprar.

Ella entró en pánico y levantó las palmas de las manos para intentar asegurarle a Samantha que no era una vendedora.

—No, no estoy vendiendo nada. Podría estar equivocada, pero creo que conocías a mi padre. Hace mucho tiempo. Ken Dark.

La cara de la mujer era inexpresiva.

—¿Estás segura de que tienes a la persona correcta? —preguntó—. Lo siento, pero no conozco a nadie con ese nombre.

Otra capa de dolor a la pila que Ella estaba acumulando. Si esta mujer no lo decía en serio, era una buena actriz. ¿Pero cómo podía equivocarse Ella? Tenía la firma, el nombre, la dirección.

—Lo siento, señorita, pero tengo que irme. Lamento no poder ayudarla. —La mujer puso marcha atrás y miró por el espejo retrovisor.

Un último intento, pensó Ella. Todavía no podía afrontar el viaje de vuelta a casa.

—¿Así que no se acuerda de haber escrito esto? —preguntó Ella. Sacó una de sus cartas, la desdobló y se la pasó a la mujer por la ventanilla del coche.

La mujer la examinó con minuciosidad, como si estuviera mirando un artefacto extraterrestre. Ella mantenía una mirada atenta a sus microseñales y buscaba cualquier signo de familiaridad.

Ella no tuvo que esforzarse en buscar.

La mujer bajó la carta a su regazo y se llevó los dedos hacia los ojos. Negó con la cabeza rápidamente de un lado a otro.

—He hecho todo lo posible para olvidarme de esto —dijo.

Ella casi no podía creerlo. Incluso después de todo, no parecía real.

—¿La has escrito tú? —preguntó Ella, desesperada.

—Sí, la escribí yo.

Era ella.

—Siento mucho lo que pasó —continuó—. Pero, por favor, no me culpes por ello.

Ella no esperaba eso.

—¿Qué? ¿Culparte a ti? ¿Por la muerte de mi padre?

La mujer apagó el motor del coche y salió de él con reticencia.

—Será mejor que entres.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Ella le impresionó el orden de la casa de Samantha. Era pequeña pero bien cuidada, encerada a la perfección, más limpia que el silbato de un barco. Se sentaron en la mesa de la cocina de Samantha, un café para Ella y una copa de vino para Samantha. La carta de Ken estaba entre ellas.

—No tenía ni idea de que estas cartas aún existían. Pensé que yo las había destruido todas.

—No —dijo Ella—, hay bastantes.

Samantha tomó un sorbo de su vino blanco. Ella pensó que era mejor no mencionar que apenas había pasado el mediodía.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Samantha, que solo movía la mirada entre la carta y su bebida.

—Pusiste tu firma en ellas. Las pasé por el *software* de reconocimiento de escritura en el trabajo.

—Inteligente —rio Samantha—. ¿Dónde trabajas?

—En el FBI.

El comentario tomó a Samantha desprevenida.

—Oh, diablos. Eso es increíble. Ken habría estado muy orgulloso.

—¿Lo estaría? —preguntó Ella, sin saber realmente la respuesta.

—Por supuesto. Tú eras su mundo entero. La última vez que te vi, él te estaba enseñando a jugar al ajedrez en el porche. Debías de tener unos cinco años, ¿no?

Ella lo recordaba con claridad. En el maltrecho porche, jugando y viendo pasar los vehículos.

—Más o menos.

—Te encantaban los tractores —rio Samantha, levantando por fin la mirada para mirar a Ella a los ojos—. Había una granja al final de la carretera y los tractores iban y venían. Perseguías a los que llevaban animales, y Ken y yo teníamos que correr detrás de ti.

Ella lo recordaba muy bien.

—¿Cómo era él? Solo lo conocía como mi padre, pero debía tener otras facetas.

Samantha tomó un trago de vino y revivió los recuerdos en un abrir y cerrar de ojos.

—No, tú eras todo. Después de que tu madre desapareciera, te convertiste en su mundo. Siempre fue un tipo duro, de clase trabajadora hasta los huesos, pero tenía un corazón de oro. Podía construir un cobertizo en tiempo récord y haría cualquier cosa por cualquiera. Ese era Ken.

Ella ya lo sabía, pero era emocionante escucharlo de otra persona. Siempre pensó que tal vez idealizaba los recuerdos de su padre, pero las afirmaciones de Samantha le decían lo contrario. Aquel simple pensamiento era reconfortante. Algo que había estado esperando más de veinte años para escuchar.

—¿Tú y él eran pareja?

Samantha negó con la cabeza.

—No del todo. No estoy segura de cómo lo llaman ustedes hoy en día, pero nos cortejamos durante unos meses. No fue nada oficial. Lo conocí en tus clases de karate, aunque no lo creas.

Era *bōjutsu*, pensó Ella, pero lo dejó pasar.

—¿Tus hijos también iban a esas clases?

—Oh, no. No tengo hijos. Llevaba a mi sobrino. Ken y yo nos pusimos a hablar y le tomé cariño inmediatamente. Por desgracia, yo viajaba mucho por trabajo durante la semana, así que no tenía tiempo de ver a Ken muy a menudo.

—Por eso no me acuerdo de ti —dijo Ella. Apoyó las manos en la taza de café para calentarlas.

—Más o menos. Probablemente te vi tres o cuatro veces como máximo. Tu padre tenía bastantes amigos cercanos, así que

probablemente pensaste que yo era uno de ellos.

Ella miró sutilmente alrededor de la cocina, buscando algo que pudiera darle un vistazo a la vida actual de Samantha. No quería ser descortés y preguntar. Había cuatro tazas y cuatro vasos colocados encima del fregadero. La vajilla era mínima. Unas cuantas placas dispersas. Había dos cuencos para gatos y una bandeja sanitaria en el suelo. Según lo que Ella podía ver, Samantha vivía sola.

—¿Qué querías decir con eso de culparte? —preguntó Ella.

Samantha terminó su copa y se sirvió otra.

—Lo siento. Hablé demasiado pronto. Instantáneamente pensé que como me habías encontrado, también me habrías investigado.

Ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No, lo único que sé es tu nombre y tu dirección. No he investigado tu pasado.

Samantha puso ambas manos con las palmas hacia abajo sobre la mesa. Era un gesto que decía «voy a decirte la verdad ahora».

—Cuando conocí a Ken, yo tenía marido —dijo Samantha.

Ella se sorprendió un poco ante la revelación.

—¿Papá y tú tenían una aventura?

—No exactamente. Yo estaba separada. El divorcio se estaba tramitando, pero no se había concretado. En ese momento, no le conté nada de esto a Ken. No quería espantarlo.

—Claro —dijo Ella. Recordó que su padre siempre la presionaba para que fuera sincera, incluso cuando era niña. Supuso que a él no le habría gustado este engaño.

—Después de un par de meses, mi exmarido se enteró de que estaba viendo a alguien nuevo. No se alegró por ello. El divorcio no fue amistoso, ¿sabes? Pensó que estaba viendo a Ken mientras él y yo estábamos juntos. Y ese mismo día, Ken también descubrió que yo estaba casada.

Ella rápidamente hizo la conexión y eso la llevó al borde de las lágrimas.

—Por favor, no digas... —comenzó.

—No. Bueno, no lo sé —dijo Samantha—. Ese día, mi ex, Richie, fue a la casa de Ken y le dijo lo que pensaba. Richie era un verdadero patán. Un buscapleitos. Siempre entraba y salía de la cárcel. Él y Ken se pelearon. Ninguno de los dos cedió. No estuve allí para verlo, pero aparentemente no fue bonito.

Ella no tenía idea de que su padre se hubiera peleado con alguien. Si sucedió, ella no estaba al tanto.

—Bien. ¿Y luego?

—Richie se echó atrás y se marchó.

Ella no quería hacer la pregunta.

—¿En qué fecha fue esto?

—El dieciséis de marzo. Año noventa y siete.

Ella se llevó la mano hacia la boca.

Solo dos días después, su padre había sido asesinado mientras dormía.

Los recuerdos se agolparon y Ella sintió que las lágrimas le apagaban el fuego de los ojos. Sabía todo lo que era posible saber sobre la muerte de su padre, tanto por su memoria como del informe policial. Solo Dios sabía que había repetido los acontecimientos una y otra vez en su cabeza, intentando constantemente establecer conexiones y deducir nombres del posible asesino de su padre. ¿Pero esta persona, Richie? No se había encontrado con ese nombre en su investigación.

—¿Richie? ¿Y su apellido?

Samantha se rascó la mejilla.

—Richard Cassidy.

Ella no necesitó anotarlo. El nombre ya se había grabado en su mente.

—¿Y no sabes nada más de él? ¿Dónde podría estar?

Samantha levantó las manos en señal de rendición.

—Lo juro. No lo he visto ni he sabido nada de él desde ese año. Nuestro divorcio se produjo poco después de la muerte de Ken. Richie desapareció. Nadie sabía nada de él. Incluso he preguntado a amigos comunes desde entonces y se ha esfumado por completo.

Ella se echó el pelo hacia atrás y cerró los ojos para bloquear las lágrimas. No funcionó. La muerte de su padre tenía un nombre y, de alguna manera, hacía que todo el conjunto de acontecimientos fuera más real de lo que había sido durante veinte años.

Apretó las manos alrededor de la mesa y se dio cuenta de que se estaba poniendo de pie.

—¿Y juras que no has sabido nada de él? ¿Incluso durante su divorcio? ¿Solo se peleó con mi padre y luego... desapareció?

Había elevado la voz. Se calmó, comprendiendo que Samantha no había hecho nada malo. Levantó las palmas de las manos en señal de disculpa. Sintió que Samantha se alejaba de ella, con una ligera inclinación hacia la izquierda.

—Lo juro por Dios —dijo Samantha—. No tengo ninguna razón para protegerlo. Hasta donde sé, podría no estar vivo. Era un bebedor empedernido, gran fumador. Tenía arrebatos violentos. No me sorprendería descubrir que alguien hubiera hecho justicia por mano propia con Richie.

Ella tenía preguntas y muchas. Tantas que no sabía por dónde empezar. Todas convergían en una gigantesca oleada de palabras y pensamientos, que martilleaban sus sienes con furia desenfrenada. Pero lo que quedó claro era que tenía un sospechoso, un sospechoso con un motivo y un historial de violencia. La perfiladora que había en ella aplicó naturalmente el mismo proceso de pensamiento que aplicaría en cualquier escenario de asesinato, pero hacerlo en un caso tan personal se sentía como una violación.

Pero no pudo evitarlo. Las piezas encajaban y creaban una imagen muy clara.

Este Richard Cassidy tenía que ser el hombre que había matado a su padre.

Y en ese momento, sentada en la cocina de esta mujer con lágrimas en los ojos y rabia en las venas, juró encontrarlo.

EPÍLOGO

Menos mal que no había conducido hasta el bar, porque apenas podía ver con claridad cuando el aire fresco de la noche la golpeó. Caminó los cinco kilómetros hasta su casa y se detuvo en el camino para admirar el río Shenandoah. Pensó en las víctimas de Géminis, que ahora podían descansar en paz. A estas alturas, sus familias habrían sido alertadas de la captura del asesino, por lo que podrían comenzar el proceso de duelo plenamente.

Ella regresó a su complejo de apartamentos justo después de la medianoche. En la puerta principal, buscó a trompicones las llaves en su bolso y no pudo encontrarlas. «Maldita sea». Como no conducía, debía de haber olvidado traer las llaves por completo. Pulsó el timbre de su apartamento y esperó que Jenna aún estuviera despierta. Normalmente lo estaba a estas horas.

—Jennaaaaa —dijo, pensando que podría convocarla mágicamente para que se despertara. No hubo respuesta—. Diablos. Esta era única vez que la necesito y no está por ningún lado. Típico.

Por suerte, alguien apareció por el otro lado de la puerta y la dejó entrar. Un hombre con un gorro de lana que nunca había visto en el edificio. Debía ser nuevo. Él le sonrió al pasar a su lado.

—No te preocupes. No soy una ladrona —le dijo—. Vivo en el número 35.

—Bueno, tal vez yo sí lo sea —rio él y continuó su camino.

Ella subió con dificultad las escaleras hasta el último piso y rezó para que su puerta siguiera abierta. Si no lo estaba, quién sabe lo

que haría. Tal vez dormiría en el pasillo o iría a un hotel, si es que lograba llegar tan lejos.

Cuando dobló la esquina hacia su pasillo, se quedó paralizada en un *shock* absoluto. Todo el alcohol de su organismo desapareció de repente y fue sustituido por un miedo que ya conocía demasiado bien.

Fuera de su puerta había un charco de líquido rojo.

Y había algo más.

Ella se agarró a la puerta del pasillo para apoyarse, sin querer aventurarse más cerca por miedo a descubrir la verdad. Entrecerró los ojos para distinguirlo.

¿Un animal?

¿Qué demonios?

Lentamente, se acercó y cada centímetro alimentaba un poco más el horror. Se detuvo a unos metros de la puerta de su casa, viendo con claridad la escena completa.

Un gato colgaba de la puerta y tenía una soga atada al cuello.

Era una cosa enorme y negra, ciertamente no era una de las mascotas de los residentes. Tenía un corte a lo largo del estómago, que goteaba sangre sobre el suelo de color crema.

Ella dio un paso atrás y sacó su teléfono. La policía tenía que investigar esto. Fue a marcar el 911, pero se detuvo en su lista de llamadas recientes. La última que había hecho era a la prisión estatal de Maine.

Entonces se produjo aquel familiar chispazo que se encendía cada vez que pensaba en incidentes de asesinatos históricos. Pero esta vez se trataba de ella.

¿Qué le había dicho a Tobias Campbell hacía solo unos días?
¿Cómo había sido su conversación?

«¿Te gustan los caballos, agente Dark? Te ves cómo alguien así. Podría verte con un atuendo ecuestre: una chaqueta sin mangas y botas de montar».

«Nunca me interesaron. Siempre me gustaron los gatos».

No. No podía ser.

Ella sintió que un escalofrío helado entumecía todo su cuerpo. Un miedo atroz le hizo un nudo en el estómago. Las rodillas le temblaban hasta el punto de tener que agarrarse a la pared para apoyarse, intentando decirse a sí misma que todo era un sueño o una alucinación. Sin aliento, se apretó la cara como si intentara deshacer lo que acababa de ver.

Pero era inútil.

Juró que podía oír la risa de Tobias desde su celda en la prisión.